



**DESEO Y FUNCION MATERNAL: UNA COMPRESION DESDE LA DIMENSION  
DEL NARCICISMO**

Tesis de Investigación Para Acceder al Título De  
Psicóloga  
Universidad del Valle, Palmira

Brenda del Socorro Riascos Angulo

Julio 2016.



**DESEO Y FUNCION MATERNAL: UNA COMPRESION DESDE LA DIMENSION  
DEL NARCICISMO**

**Tesista**

**Brenda del Socorro Riascos Angulo.**

**Director de Tesis**

**Francisco Javier Rojas Martínez.**

**Psicólogo.**

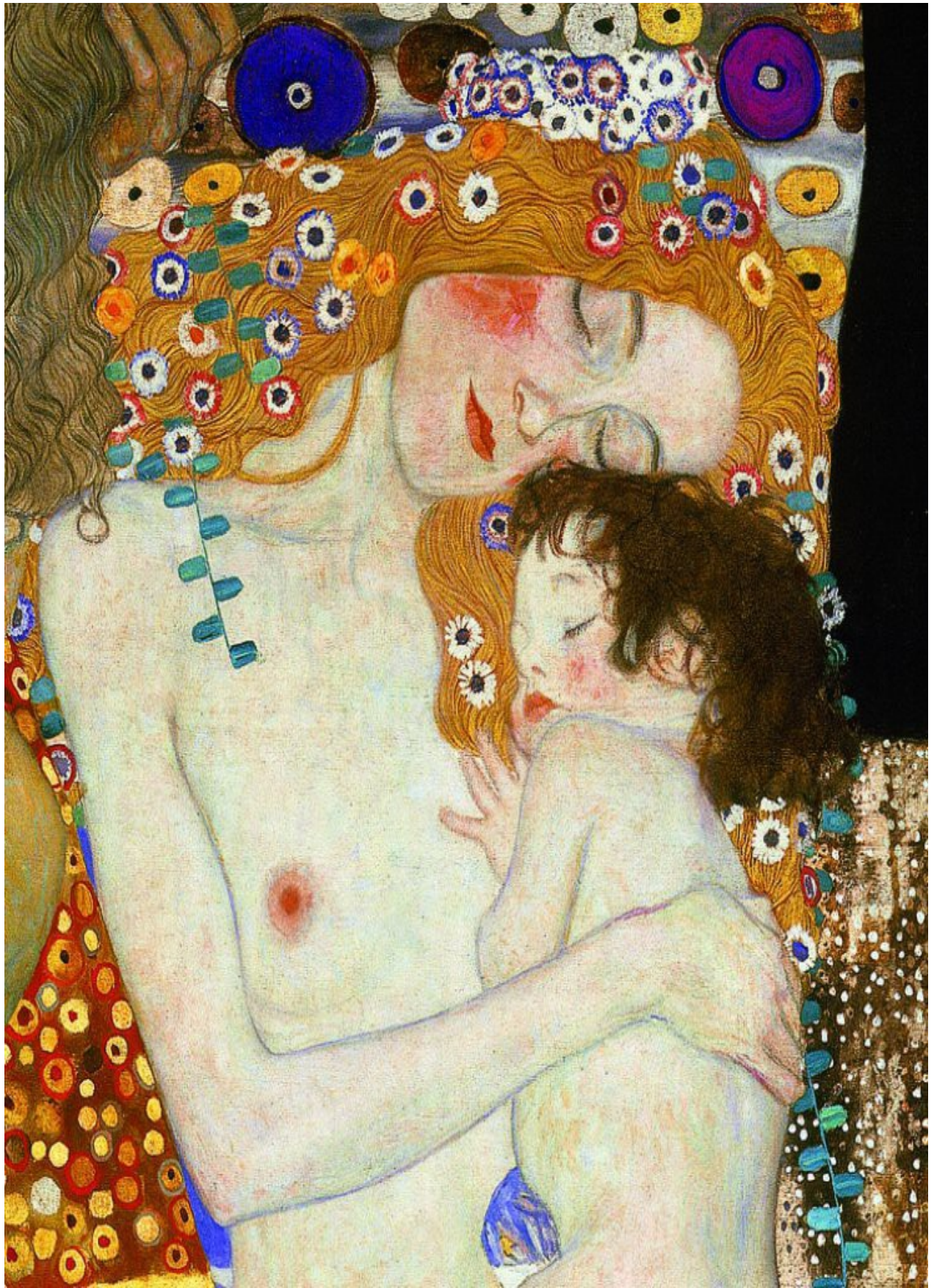
**UNIVERSIDAD DEL VALLE SEDE PALMIRA**

**INSTITUTO DE PSICOLOGÍA**

**Programa Académico: Psicología.**

**Palmira, Colombia.**

**2016.**



“Las tres edades de la mujer” Gustav Klimt. 1905.

## **Dedicatorias.**

Dedico este trabajo a todas las grandes mujeres que me han acompañado en la vida y me han educado. A mi madre, tía, hermana y prima, que siempre me han acompañado y que han influido en mi formación personal y profesional.

A David por su compañía, paciencia y colaboración.

A mis amigas y amigos por su acompañamiento y motivación.

A todas las madres por su contribución y amor incondicional a sus hijos.

A la memoria de mi abuela Delfina.

## **Agradecimientos.**

Agradezco al Instituto de Psicología de la Universidad del Valle, por permitirme aprender a construir conocimiento crítico y analítico de los sujetos psicológicos.

A la Sede Palmira, por brindarme los espacios necesarios para el aprendizaje universitario.

A mi director por su interés en esta temática y su gran aporte de conocimiento que me permitió ampliar mis conocimientos en psicoanálisis.

A la biblioteca Mario Carvajal por sus espacios de aprendizaje y su gran contenido bibliográfico que me permitió acceder a los contenidos necesarios para esta investigación.

A mi madre por su ayuda constante, su incondicional apoyo, y porque su fuerza y ejemplo me inspiraron a estudiar y comprender lo importante de la maternidad.

A todos mis profesores que contribuyeron a mi formación profesional, y me enseñaron construir una forma de pensar responsable y ética, que aporte a la construcción de una mejor sociedad.

A mis compañeros y compañeras por facilitar espacios de discusión y análisis que me motivaron a investigar desde el campo del psicoanálisis.

A mis amigas por nuestras cátedras académicas, donde juntas construimos conocimiento y encontramos una pasión y motivación por el aprendizaje de la psicología.

A David Martínez por su presencia, su motivación, su alegría y cariño que me ayudaron a esforzarme y dar lo mejor de mí en esta investigación para obtener el tan anhelado resultado conseguido.

¡Gracias a todas las personas que con su cariño me inspiraron!

## **Resumen.**

La presente es una monografía de investigación que se inscribe en el campo del psicoanálisis. En el recorrido sobre el análisis de la maternidad, se descubre que el amor y el instinto maternal son construcciones sociales que datan su aparición en occidente alrededor del siglo XVIII. La devoción que se conoce a la maternidad actualmente viene impulsada por la intención de supervivencia de los infantes.

La función materna, es una función que no viene estrictamente estipulada por lo biológico. La maternidad tiene un componente de subjetivación que impacta sobre lo femenino. En esta investigación la función materna se comprende desde la particularidad del deseo de la madre, y los límites que puede alcanzar dicho deseo para la formación psíquica de los hijos.

El narcisismo es comprendido como fuerza que anuda la relación de la madre con sus hijos, y según esa vertiente se acerque en mayor o menor fuerza al ideal materno, así mismo la madre investirá con su deseo al hijo que represente su ideal. La idealización del hijo por parte de la madre, tiene para esta la intención de un deseo narcisista de perpetuación sobre sus hijos, y mediante estos inmortalizar su yo ideal. Los hijos ubicados en el lugar del falo imaginario satisfacen el ideal fálico de sus madres y mediante estos las madres pueden tener una completud fálica. La madre en la mirada que refleja en sus hijos, tiene una imagen omnipotente que enaltece su narcisismo. Dicha madre exaltada de narcisismo y con el exceso de su deseo, puede verse desbordada por su estrago, y su deseo como la boca de un cocodrilo puede cerrarse y dejar atrapados a sus hijos como objetos de su propio yo.

**Palabras Clave:** Narcisismo, Deseo materno, falo imaginario, objeto a, estrago materno.

## Tabla de Contenidos.

Introducción.....	9
Planteamiento del Problema.....	11
Objetivos.....	15
Justificación.....	16
Metodología.....	18
Marco Conceptual.....	20
Capítulo de Apertura: Maternidad: constructo psíquico social y cultural.....	28
Línea del Tiempo Historia de la Maternidad.....	31
Capítulo I: Historia de la Maternidad en Occidente.....	32
1.1 Maternidad en la Antigüedad: Herencia Griega y romana.....	33
1.2 Maternidad Herencia Judeo-Cristiana.....	39
1.3 Maternidad en Occidente: Edad media siglos XIII – XVII.....	45
1.4 Maternidad en Occidente: Siglo XVIII “La Ilustración”.....	51
1.5 Finales del Siglo XVIII – Siglo XIX: <i>La Responsabilidad Maternal</i> .....	58
1.6 Repensar la Maternidad: Finales del Siglo XIX - Siglo XX “El Baby Boom”....	66
1.6.1 La Herencia Freudiana: El Impacto del Psicoanálisis para la Función Maternal.....	74
1.6.2 Las Transformaciones del Siglo XX.....	80
1.7 Maternidad en el siglo XXI: Una nueva perspectiva.....	82
1.8 Historia de la Maternidad en Colombia.....	85

Capítulo II : Mujer y maternidad en psicoanálisis, un recorrido a través del inconsciente femenino.....	89
2.1 El Complejo de Edipo.....	90
2.1.1 El Complejo de Edipo en el Varón.....	91
2.1.2 El Complejo de Edipo en la Niña.....	97
2.2 La Relación Primaria: Madre-Hijo.....	104
2.3 Tipos ideales e identificación.....	109
2.4 Simbología de lo maternal.....	119
2.5 Apuntes sobre la sexualidad femenina.....	128
Capítulo III: Del narcisismo al deseo materno.....	137
3.1 Del Narcisismo y sus implicaciones.....	139
3.1.2 Estadio del Espejo: esencial en la formación del Yo.....	147
3.2 Del Penisneid al falo imaginario.....	156
3.2.1 El Hijo como objeto a.....	161
3.3 El Deseo Materno.....	166
3.3.1 La partición en lo femenino: entre la mujer y la madre.....	171
3.3.2 Sobre el deseo narcisista de perpetuación.....	176
3.4 El Estrago Materno.....	183
3.4.1 Sobre las figuras de la madre y el problema del estrago.....	193
IV Conclusiones.....	200
Referencias Bibliográficas.....	212



## INTRODUCCION

La presente investigación monográfica, se enmarca hacia el conocimiento y comprensión del deseo y la función materna desde la teoría psicoanalítica, abordando como eje central un entendimiento de este fenómeno desde el narcisismo.

La maternidad en tiempos contemporáneos, es un estado que confiere un sin número de significaciones sociales, culturales, económicas y psíquicas, que hacen de la mujer madre la indiscutible portadora de una función y poder únicos e irremplazables en el ejercicio de su función maternal. Desde la postura de la teoría psicoanalítica la relación madre-hijo, representa la primera relación de subjetivación en el niño gracias a la experiencia de satisfacción vivenciada con la madre, por lo cual es desde esta relación sobre la que primordialmente se constituye el psiquismo humano.

En la actualidad, Las facultades de cuidado, necesidad, protección, tranquilidad etc., son cada vez más y más exaltadas, en la responsabilidad parental hacia los bebés y niños (como lo dice Freud: *his majesty the baby*), demuestran el arraigo cultural que tiene la maternidad y su función en la sociedad occidental; función que representa una responsabilidad cultural en el cuidado y bienestar integral del hijo (bienestar físico, social y psíquico). Bajo este panorama la mujer adquiere una serie de significaciones sociales ideales (ideal del yo) que la constatan como portadora primordial en el cuidado y desarrollo de los hijos; dichos ideales culturales se asientan en el psiquismo femenino, y realzan a la maternidad como un ejercicio indispensable para el desarrollo de los seres humanos.

En la actualidad pese a las transformaciones y cambios culturales el rol de la mujer ha trascendido a muchos otros ámbitos, más allá del privado y casero; para la mujer hoy en día más allá de sus logros tradicionales, se han ido imponiendo otras metas sociales y culturales a alcanzar más allá del ejercicio de la maternidad, *pero a pesar de estas circunstancias dentro de las realizaciones personales de muchas mujeres aún sigue prevaleciendo la ilusión de verse ser madres*<sup>1</sup>. La maternidad es un tema atravesado por lo político, lo económico, lo ideológico, lo tecnológico entre otras cosas,

Esta investigación busca comprender los componentes inconscientes del deseo materno y su función, desde un abordaje psicoanalítico, realizando un amplio abordaje teórico y conceptual que permita un acercamiento en la comprensión de la maternidad y sus significaciones, una comprensión desde la vivencia de la maternidad, la relación edípica en la mujer y su influencia en su constitución psíquica, el narcisismo femenino enaltecido con la maternidad, el deseo del hijo, la atribución de este como falo imaginario, la incidencia del sistema de ideales (ideal del yo-yo ideal) en el desarrollo de la maternidad y el exceso del deseo como condición del síntoma dado por el estrago materno. Este abordaje teórico se iniciara desde los planteamientos del padre del psicoanálisis Sigmund Freud, y se continuará con posturas psicoanalíticas fundamentales como la de Jacques Lacan, planteamientos del psicoanálisis de niños como los de Françoise Dolto, Melanie Klein, Winnicot, entre muchos otros autores.

---

<sup>1</sup> La cursiva es propia.

## **PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA**

### **Problema de investigación:**

*¿Se puede atribuir un deseo narcisista de perpetuación y una ilusión imaginaria de continuidad del yo, en la función materna?*

La femineidad y su constitución psíquica, se caracterizan desde siempre por estados de falta, renunciadas y heridas narcisistas. Desde estados muy tempranos del desarrollo de la niña, esta se ve confrontada con situaciones ante las cuales, en comparación con el niño varón, la hacen notar diferencias anatómicas significativas lo que conlleva a cuestionamientos e interpretaciones en el inconsciente de la niña en cuestiones relacionadas con su relación edípica con ambos progenitores, su relación con el falo y la ilusión de poseerlo, la desilusión y herida ante la falta, entre otros. Debido a estas dinámicas, el inconsciente femenino se caracteriza por presentar enigmas y dinámicas de intereses significativo para el psicoanálisis.

La relación establecida entre una madre y su hijo marca en la vida psíquica de la mujer una condición irremplazable, donde la mujer hecha madre realiza una estrecha filiación con su hijo desde el vientre, esta construcción reforzada por los ideales culturales de protección, respeto y admiración a la mujer embarazada enaltecen el narcisismo femenino, pues la mujer de modo inconsciente en una representación simbólica atribuida a su propia figura se sabe fálica, desde ser ella misma el falo (captando todas las miradas y atenciones) hasta poseerlo en el interior de su vientre; logrando con la maternidad de forma imaginaria realizarse como una mujer fálica y con esto “creyendo lograr su completud”.

De acuerdo a lo expresado por Carril (2000) “La maternidad como actividad exclusiva y privilegiada, promueve que el lugar psíquico de ese hijo tenga una dimensión narcisista. Las

mujeres para quienes la maternidad ha sido la mayor o única fuente de gratificación narcisista, los hijos son representados en ocasiones como productos propios retoños de su propio deseo, hijos partogenéticos” (p.3)

Según lo planteado por Carril (2000), existen casos donde para las mujeres la maternidad se ha constituido como la mayor o única fuente de gratificación narcisista, lo que puede manifestarse en futuras patologías en los hijos, a causa de madres que los consideran como una parte más de sí mismas, como hijos nacidos de ellas mismas sin la colaboración de un otro. No puede generalizarse y certificar que para todas las mujeres la maternidad es la única fuente de gratificación narcisista, pues como se verá más adelante a lo largo del desarrollo de esta investigación, los cambios históricos han generado impacto en la concepción de la maternidad a nivel social, cultural y psíquico en las mujeres.

En la diada primaria, tanto en el hijo como en la madre la relación construida a través del deseo plantea una satisfacción y un placer incomparables. Desde el polo del hijo, el amor de su madre le brinda todo el placer que necesita, desde el polo de la madre, ese hijo es la muestra de su grandeza única de crear vida, lo que le da su status y le permite tener la idea de una “completud”; toda esta relación tanto del polo madre como del polo hijo está construida a través del deseo, para cada uno con significaciones psíquicas distintas.

La madre además de una función de cuidado y protección, es la primera en introducir a su hijo a la cultura, también es la que posibilita la entrada al padre y a su función de interdictor y separador, es él quien finalmente marca la salida del hijo a vivir una vida propia separada de su madre; de acuerdo con Berenstein (1991):

“la vertiente narcisista marca las discontinuidades de una función normatizada enmarcada por la función materna, por lo tanto se presentan fracturas, en este marco a raíz de una marcada corriente narcisista maternal, personificadas en diferentes fantasías: madre devoradora, madre fálica, madre desamparante. Se trataría de una función materna desligada del contexto paterno y ligada en cambio a un objeto interno idealizado”. (P.65)

Como lo plantea Jacques Lacan<sup>2</sup>, no hay narcisismo sin objeto. No podríamos pensar en la idea de una perpetuación o gratificación narcisista sin la idea de una relación diádica entre madre e hijo, donde la madre establece una relación objetal con ese hijo, atribuyéndolo como ese pequeño objeto *a* perdido pero vuelto a encontrar en esa experiencia de la maternidad, aunque de forma parcial, nunca del mismo modo ; “En el inconsciente femenino los hijos pueden ser representados por el *objeto a*<sup>3</sup>” (*ese objeto de la falta, pero que a la vez brinda una ilusión de completud*<sup>4</sup>). Para el hijo la madre es ese objeto omnipotente cargado con todas las virtudes necesarias para satisfacerlo, en el hijo no hay una separación con la madre, desde la construcción psíquica del hijo, la madre y el son un solo ser, pues el niño a través del pecho de su madre construye todos su universo psíquico, y a partir de aquí surge la relación bidireccional entre madre e hijo, en esta relación ambos se brindan mutuamente una serie de deseos y pulsiones, los dos brindan lo necesario para “completarse”.

Esa relación primaria en principio viene marcada por sucesos biológicos en el niño como pueden ser la supervivencia, y en la madre por sucesos psíquicos, como lo plantea Manzo et.al (2011) “En principio, la relación madre-hijo tiene un carácter de sobrevivencia respecto al bebe, y a la madre le proporciona un anclaje entre el deseo inconsciente y su historia particular”. (p.2)

---

<sup>2</sup> Citado por Berenstein (1991).

<sup>3</sup> C. Calcagnini (2003).

<sup>4</sup> La cursiva es propia.

Como lo plantea de Gomel (1991), “En la relación especular con el otro, el sujeto queda ubicado en posición de objeto: es el yo. Desde esta perspectiva el narcisismo corresponde a la relación especular, coetánea con la primera articulación del yo, en la cual el sujeto humano no es más que el reflejo de un deseo exterior a él” (p.60). La relación primaria enmarcada por el deseo, marca la posición del hijo como sujeto a partir del deseo de su madre, pues es ella como sujeto deseante, es quien inscribe a su hijo en el deseo, pues es por medio de ella que se brinda la pauta para la constitución psíquica de su hijo. El narcisismo abarca todas las relaciones entre sujetos, pues estas surgen a través del deseo, la posición de un sujeto se da a partir de la ubicación frente al deseo del otro, por lo que la relación primordial además de tener una función esencial para el desarrollo, constituye el primer paso en la constitución del yo, esto en el caso del hijo surge a partir de los vínculos primordiales.

El siguiente interrogante surge como punto de partida para analizar las significaciones que un hijo puede tener para una madre, y se buscara desarrollar varias respuestas a lo largo de la investigación, para complementar el problema de investigación central, descrito en el principio de este apartado. *¿Qué sucede cuando la madre se aferra a la significación de su hijo como un apéndice de su propio yo?*

## **HIPOTESIS:**

El deseo materno conlleva en la mujer madre un deseo de perpetuación narcisista, una intención de perpetuar su yo ideal a través de su hijo.

## **OBJETIVOS**

### **General:**

- Indagar desde la teoría psicoanalítica, las dinámicas inconscientes presentes en la función maternal, que derivan en la mujer-madre un deseo narcisista de perpetuación y una continuidad imaginaria de su yo.

### **Específicos:**

- Identificar el desarrollo de la dinámica entre madre – hijo, en su relación especular e imaginaria.
- Analizar la función materna en su simbología inconsciente, desde la función ideal del yo – yo ideal.
- Comprender las dinámicas del deseo materno desde la dimensión del narcisismo.

## **JUSTIFICACION**

La presente investigación monográfica, se enmarca en una reflexión académica desde la teoría psicoanalítica, con el fin de enriquecer conocimientos teóricos en torno a la temática de la función maternal y su estrecha relación con el narcisismo.

La importancia de esta investigación tiene como finalidad establecer un análisis interpretativo mediante la compilación teórica de fuentes bibliográficas en la teoría psicoanalítica, que destaquen la importancia de la función maternal en el desarrollo psíquico del ser humano, función que debe entenderse más allá de la función nutricia y de cuidado, sino reconocerse como una de las principales fuentes estructurantes del psiquismo humano.

Con esta investigación se pretende profundizar y aportar a la teoría psicoanalítica, desde un análisis bibliográfico en profundidad, conocimiento sobre las dinámicas de la feminidad y la maternidad como estados de interés para el estudio clínico del inconsciente femenino.

El estudio de la clínica del narcisismo en relación con la feminidad, aporta al psicoanálisis hacia la comprensión del inconsciente femenino y sus dinámicas, para el caso de la presente investigación se aborda el lugar de la maternidad en la cultura, y se busca contrastar a partir de los cambios culturales, el impacto y cambio que ha tenido la función maternal.

La relevancia teórica que constituye el estudio de la maternidad desde el narcisismo, implica comprender no solo las dinámicas existentes en el inconsciente femenino, sino la valiosa importancia que tiene esta función para el desarrollo de los sujetos humanos.



La relación trídica primaria surgida entre la madre, el padre y el hijo, deriva una serie de interrelaciones desde el inconsciente de cada participante, lo que constituye un conjunto de registros inconscientes, donde las identificaciones, el deseo y el narcisismo son la base que constituye la trama edípica, concepto crucial en el psicoanálisis. De esta triada, la relación primordial ejercida entre una madre y su hijo denota una construcción fundamental en torno al deseo, lo que realza la validez de este proyecto en cuanto a destacar la importancia de la función maternal, pues desde esta donde surgen el entramado de significaciones existentes en el inconsciente, y es a partir del estrago surgido del deseo materno que se pueden presentar consecuencias patológicas en los sujetos. Pues si bien la mujer madre no tiene resueltos aspectos propios de su dinámica inconsciente las consecuencias de su estrago recaerán en su hijo. Las relaciones primarias y sus consecuencias para la vida de los sujetos marcan el camino desde el cual los mismos se relacionan con otros en una dinámica constituida primordialmente desde el narcisismo.

## **METODOLOGIA**

Investigación Monográfica. Donde se compilarán posturas teóricas presentes en la teoría psicoanalítica en cuanto a la función y el deseo materno, el narcisismo, la relación de objeto, las funciones ideales, la libido etc. Se realizará una exegesis y un análisis desde una perspectiva teórica, a partir de las posturas de diferentes autores, donde cada postura teórica se contrastará con otra, y se consideraran los puntos de inflexión y confluencia que se presenten para responder a la pregunta de investigación, y a partir de lo brindado en la teoría confirmar o falsear la hipótesis planteada.

El desarrollo interpretativo que permitirá el análisis de esta investigación, se realizará a partir de tres ejes centrales: El primer eje, enfocado en el narcisismo y los ideales donde se analizara desde la teoría Freudiana, los primeros planteamientos del autor en los referente a estos conceptos. El segundo eje enfocado en la función materna, el deseo materno, las dinámicas psíquicas propias de la feminidad y la maternidad, desde posturas como las de Françoise Dolto, Juan David Nasio, Isidoro Berenstein et.al, entre otros. Tercer eje, objeto de la falta (*a*) desde la teoría Lacaniana, análisis de la dinámica del ser y el tener, comprensión de las dinámicas de la función materna en la sociedad actual, conclusiones y discusión.

Con un propósito académico, se busca establecer un sólido recorrido argumentativo en torno a la temática a abordar, y realizar desde una perspectiva crítica un análisis interpretativo que genere un valor teórico complementario, a través de una reflexión crítica, en cuanto a la insuficiencia de la teoría psicoanalítica en un desarrollo a mayor profundidad de esta relevante función y sus consecuencias, en el desarrollo psíquico, social y cultural de los sujetos.

Un elemento a destacar en la pertinencia de esta investigación es la relación preedipica establecida entre la madre y el hijo, pues será el eje temático central desde el cual se desarrollara la investigación, y a partir del cual se derivaran las conclusiones que permitirán corroborar o falsear la hipótesis planteada.

Esquema de organización del trabajo de grado: desarrollo por capítulos:

- *Capítulo Introductorio*

En este capítulo, se aborda a manera de introducción una comprensión de la maternidad, a través de la significación femenina, y el lazo emocional primario en la diada madre-hijo.

- *Capítulo I: Historia de la maternidad en occidente*

En este capítulo, se realiza un análisis histórico de la función materna en occidente desde su significado psíquico, físico y cultural.

- *Capítulo II: Mujer y maternidad en psicoanálisis: un recorrido a través del inconsciente femenino.*

En este capítulo, se realiza un análisis del concepto esencial del psicoanálisis: El complejo de Edipo, sobre este se analiza las diversas resoluciones que los niños y niñas resuelven en esta fase. Posteriormente se analizan las funciones ideal del yo y yo ideal en relación a la maternidad. Finalmente en este capítulo se abordan algunos conceptos de la sexualidad femenina como el penisneid, y el masoquismo femenino.

- *Capítulo III: Del Narcisismo al deseo materno.*

En este capítulo se desarrollan las temáticas centrales de la investigación. Se analiza el concepto de narcisismo y su relación con la maternidad. Se aborda desde la perspectiva Lacaniana el deseo de la madre, y se analiza la ecuación simbólica del hijo como falo imaginario asumiéndolo como un posible objeto *a* para la madre. Finalmente se plantea el problema del estrago, como ese mas allá del deseo de la madre que investirá al hijo en el exceso. Se analizan las consecuencias psicopatológicas que dicho estrago puede dejar para la madre y sus hijos.

- *Capítulo IV: Conclusiones*

En este capítulo se presentan las conclusiones sobre los hallazgos encontrados en la teoría. Se analiza el aporte del trabajo para la psicología, y se plantean preguntas de investigación sobre las dinámicas actuales de la maternidad, para futuros desarrollos académicos sobre el tema.

## **MARCO CONCEPTUAL**

Como concepto central de esta investigación está el narcisismo, Se dará en primera instancia una definición de este concepto desde Freud. En su texto *Introducción al narcisismo* (1914) Nos presenta lo siguiente:

“Hay un camino que lleva a las mujeres al pleno amor de objeto. En el hijo que dan a luz se enfrentan a una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño (*pero a la vez atribuido*)

*como propio*)<sup>5</sup> al que ahora pueden brindar desde el narcisismo, el pleno amor de objeto” [...] Si consideramos la actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado [...] prevalece una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfecciones y a encubrir y olvidar todos sus defectos. Pero también prevalece la proclividad a suspender frente al niño todas esas conquistas culturales cuya aceptación hubo de arrancarse al propio narcisismo [...] El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia, no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. *His majesty the baby*. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres”. (p.86, 87,88).

La idealización de los padres hacia su hijo, se enmarca primariamente desde el narcisismo, establecido, como el núcleo por el cual los padres derivan en el niño un desmesurado cuidado, esperando cumplir por medio de esa pequeña parte de ellos mismos (que es el hijo) todos sus sueños, deseos, y por medio de este resarcir las heridas narcisistas dejadas por sus propias vivencias.

De la idealización de los padres se derivan las funciones ideales, dos conceptos claves para el desarrollo de esta investigación, dichos ideales son los de ideal del yo y yo ideal, Definidos por Laplanche y Pontalis (2004) en su diccionario de psicoanálisis de la siguiente forma:

---

<sup>5</sup> La cursiva es propia

“Término utilizado por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico: instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las Identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos”.(p.180)

El ideal del yo, de acuerdo al planteamiento anterior puede considerarse como una instancia de la personalidad, derivada del propio narcisismo de los padres, esto dado por una transmisión generacional atravesada por los ideales culturales, que designan los comportamientos, conductas y actitudes esperados por el sujeto inmerso por una cultura e inmerso e inscrito en un marco familiar y social, del cual su vertiente narcisista se compone por el narcisismo de los propios padres, donde demandan en su hijo una serie de idealizaciones incumplidas por ellos, pero que esperan que su hijo pueda cumplir. En palabras de Laplanche y Pontalis (2004):

“En la Introducción al narcisismo (1914) aparece el término «ideal del yo» para designar una formación intrapsíquica relativamente autónoma que sirve de referencia al yo para apreciar sus realizaciones efectivas. Su origen es principalmente narcisista: «Lo que [el hombre] proyecta ante sí como su ideal es el substitutivo del narcisismo perdido de su infancia; en aquel entonces él mismo era su propio ideal». Este estado narcisista, que Freud compara a un verdadero delirio de grandezas, es abandonado, especialmente a causa de la crítica que los padres ejercen acerca del niño. Se observará que ésta, interiorizada en forma de una instancia psíquica particular, instancia de censura y de autoobservación, se distingue, a lo largo de todo el texto, del ideal del yo: ella « [...] observa sin cesar al yo actual y lo compara con el ideal»

Siguiendo el planteamiento de Freud (1914), en introducción al narcisismo, en lo relacionado al sistema narcisista y el ideal del yo, plantea lo siguiente:

“El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño.”  
(p88).

La relación objetal constituida de una madre hacia su hijo, permite en esta realizar una perpetuación de su yo ideal por medio de ese hijo, el hijo es la garantía de esa inmortalidad y continuidad del yo de la madre, a través de una extensión de su propio narcisismo primario, el hijo se vuelve una prolongación de sí misma, la garantía de una perpetuación de su yo ahora inmortalizado en su hijo; estas situaciones se pueden ver manifiestas en eventos de la vida cotidiana, donde la madre proyecta su narcisismo y sus ideales no cumplidos, y los implementa en los de su hijo; por ejemplo en cuestiones sobre la profesión a ejercer del hijo, los gustos y habilidades que tiene su hijo, y otras características con las cuales se sientan identificadas con sus hijos y por medio de estos tener la satisfacción y la garantía de una perpetuación de su yo.

La ilusión de continuidad del yo y perpetuación narcisista de los genitores hacia su hijo, es una retrospección a su infancia, donde el niño por si solo basta para ser su propio ideal, pero en las castraciones, y los momentos de pérdidas y heridas narcisistas vividos en la infancia, como la experiencia del complejo de Edipo, que marcan la salida de ese narcisismo infantil primario, para vivir y cumplir con los parámetros del ideal del yo de los padres, y las demandas sociales exigidas.

Siguiendo con el análisis de los ideales, el concepto de yo ideal, se encuentra estrechamente relacionado con el de ideal del yo, ambos estructurados desde el narcisismo

parental. El concepto de yo ideal, comprendido como un estado de omnipotencia del narcisismo primario es definido por Laplanche y Pontalis de la siguiente forma:

“Formación intrapsíquica que algunos autores, diferenciándola del ideal del yo, definen como un ideal de omnipotencia narcisista forjado sobre el modelo del narcisismo infantil”. (p.471)

Esta instancia de la personalidad busca un reencuentro o una reconquista de ese estado de omnipotencia alcanzado en la infancia, pero ¿algunas madres con una elevada vertiente narcisista pretenden revivir su yo ideal por medio de sus hijos?

Sobre la idealización de la madre hacia sus hijos, surge el siguiente interrogante ¿hay una idealización bidireccional (madre-hijo hijo-madre)? Para responder a esto se define desde Laplanche (2004) el concepto de idealización entendido como:

“Proceso psíquico en virtud del cual se llevan a la perfección las cualidades y el valor del objeto. La identificación con el objeto idealizado contribuye a la formación y al enriquecimiento de las instancias llamadas ideales de la persona (ideal del yo, yo ideal). La idealización, en especial la de los padres, interviene necesariamente en la constitución, dentro del sujeto, de las instancias ideales; Pero no es sinónimo de la formación de los ideales de la persona; en efecto, puede afectar a un objeto independiente: por ejemplo, idealización de un objeto amado. Pero se observará que, incluso en este caso, se halla siempre fuertemente marcada por el narcisismo: «Vemos que el objeto es tratado como el yo propio y que, por consiguiente, en la pasión amorosa se derrama sobre el objeto una cantidad importante de libido narcisista»” (p.182)



El amor objetal establecido en la relación primaria, con un marcado componente narcisista, implica en la madre enaltecer a su hijo como un objeto idealizado, que desde un imaginario, le brinda una ilusión de completud, la cual le permitirá encontrarse con ese estado de omnipotencia primaria en su vivencia de maternidad, pues el objeto-hijo se asume como propio, y al cual se le inviste con una carga elevada de libido narcisista.

La idealización en el hijo hacia la madre surge de la primera experiencia de satisfacción, en la cual el hijo empieza a experimentar el placer y el deseo por el otro, primordialmente la madre o quien ejerza esta función.

Con los planteamientos de Calcalgnini (2003) se da soporte al planteamiento de la idealización de la madre por parte del hijo; la autora nos plantea lo siguiente: “En los primeros tiempos del niño, la demanda se dirige a la madre. La frustración en el origen sólo es concebible como la negación de un don en la medida que el don es símbolo de amor. Al llamar el don se da o no se da. Lo cual ubica de movida a la madre primordialmente omnipotente, y no porque lo contenga todo como suponía M. Klein sino porque es ella quien decide dar o no dar” (p.3)

En los primeros estadios del desarrollo del niño surge por parte de este, una idealización a través de la demanda (a la madre o a quien ejerza esta función), lo que da pie al surgimiento del deseo a partir de la experiencia de satisfacción, momento desde el cual en la dinámica del dar y recibir surge el amor ideal de ser un todo con la madre, imaginario constituido por parte del hijo. En esta relación de correspondencia e idealización bidireccional, se presenta una idealización simbólica, que de parte de la madre constituye también una demanda en ese hijo, el cual representa desde su imaginario la imagen y semejanza de su yo. Lo que posiciona a la madre como un ser omnipotente, dotado de perfección, sin carencia alguna.

En la relación primaria establecida entre la madre y su hijo, junto con la idealización, se constituye un proceso de identificación primaria, el cual es definido por Laplanche (2004):

“Modo primitivo de constitución del sujeto sobre el modelo del otro, que no es secundario a una relación previamente establecida en la cual el objeto se presentaría desde un principio como Independiente. La identificación primaria está en íntima correlación con la relación llamada incorporación oral. El concepto de identificación primaria, aunque forma parte de la terminología analítica, tiene acepciones bastante diferentes según las reconstrucciones que efectúan los autores de los primeros tiempos de la existencia individual. Esta forma de ligazón del niño con otra persona se ha descrito como primera relación con la madre, antes de que se establezca sólidamente la diferenciación entre el ego y el alter ego. Esta relación vendría evidentemente marcada por el proceso de la incorporación. Con todo, conviene señalar que, en rigor, resulta difícil adscribir la identificación primaria a un estado absolutamente indiferenciado o anobjetal. Es interesante observar que Freud, que rara vez utiliza la expresión «identificación primaria» (2 b), designa por ella misma una identificación con el padre «de la prehistoria personal» tomado por el niño como ideal o prototipo. Se trataría «de una identificación directa e inmediata, que se sitúa antes de toda catexis de objeto» (p.189)”.

Esta identificación que se constituye primaria, desde el polo del hijo se da una incorporación con la madre, desde la posesión del pecho materno, lo que en un estadio preedípico como lo plantea Freud (1921): se presenta “como forma originaria del lazo afectivo con el objeto. Se trata aquí de una identificación preedípica, marcada por la relación canibalística, que desde un principio es ambivalente”; dicha relación canibalística constituye una

identificación surgida desde la función nutricia. Dicha identificación primaria se constituye por una relación de objeto, marcada por el hecho constitutivo de una relación de una incorporación, donde el objeto hijo, al objeto madre y viceversa, se constituyen como referentes idealizados en una integración corporal, simbólica e imaginaria.

## CAPITULO DE APERTURA

### *MATERNIDAD: CONSTRUCTO PSIQUICO, SOCIAL Y CULTURAL*

*“La maternidad es un largo camino que reencuentra un tesoro dejado en la infancia, pero construido durante esa etapa. La madre es un secreto de infancia... es un asunto del inconsciente”*

*(Delassus, 1998)*

La mujer comprendida desde el significante de la falta, intenta resarcir dicha falta mediante el significante de la maternidad, aquí es donde cabe hacerse esa pregunta sobre la cual este trabajo se va a edificar, y es principalmente ¿qué es ser madre? ¿Qué significa ser madre? la función de la maternidad en su función única, pero no definitiva implica en la mujer que decide hacerse madre o que no lo decide pero le sucede esa condición, una confrontación personal, que la lleva a una transformación tanto físicas, culturales, y psicológicas

De acuerdo con Alicia Oiberman (2004):

“Ser madre en la especie humana, excede el hecho biológico y tiene un significado a nivel social, cultural, histórico y psicológico. La maternidad implica una sucesión de secuencias complejas: pubertad, fecundación, embarazo, parto, lactancia, crianza, educación y separación. Por lo tanto se podría parafrasear que las mujeres próximas a ser madres inician “un viaje hacia la maternidad. Es un viaje sin retorno, aun cuando no se concrete” p.(116)

La maternidad es una revolución psicoafectiva y psicobiologica, la cual tiene un marcado componente inconsciente, el cual, en la experiencia de la maternidad refleja los eventos que

hayan impactado la constitución psíquica de la mujer-madre. Parafraseando a Oiberman (2004), la relación de una madre con su hijo se desarrolla a partir de una experiencia y una realidad concreta experimentada por cada mujer, la cual tiene la base o el trasfondo de las relaciones fantasmáticas del pasado, las cuales vuelven al presente incorporándose en la relación atravesada por el deseo de una madre con su hijo; pero no solo el deseo como componente edificante de esta relación endogámica interviene, si no las propias dinámicas vividas por la madre, vienen a confrontarla, lo que impacta esta relación primordial enriqueciéndola o comprometiéndola. En cada mujer esta vivencia de la maternidad es distinta, pues desde su propia experiencia inconsciente impactara la vida anímica de su hijo, pues es con ella que se inicia el mundo de la relación con el Otro, donde la madre es para ese hijo el gran Otro, pero ese hijo acarrea las mismas significaciones en el desarrollo psicoafectivo para la madre. Racamier (1975) citado por Oiberman (2004) dice: “*La madre del hijo, es al mismo tiempo el hijo de su madre.*” (p.195). Tanto en el hijo como en la madre se presentan infinidad de sensaciones, experiencias, significaciones, que marcan un precedente en la vida anímica de ambos.

El amor y el deseo maternal, generan procesos y etapas que vienen acompañadas, de expectativas sociales, culturales y personales, que a la hora de verse ejecutadas en la vivencia de la maternidad, acarrea para la madre en la relación con su hijo una complejidad surgida desde el inconsciente femenino en la vivencia del complejo de Edipo.

Esta complejidad manifestada en el amor maternal, se expresa de una forma ambivalente y ambigua, cargada de conflictos, frustraciones y confrontación. Contrario a lo que presupone el imaginario colectivo en el cual la mujer por su condición biológica está preparada para asumir y sacar adelante la maternidad, donde se presupone que todas las mujeres tienen un instinto maternal intrínseco a su condición de mujer. Por lo anterior, esta la importancia de reconocer el

impacto psíquico y no solo biológico que tiene la maternidad para la mujer, por lo que se considera a este, un fenómeno “psico-biológico”.

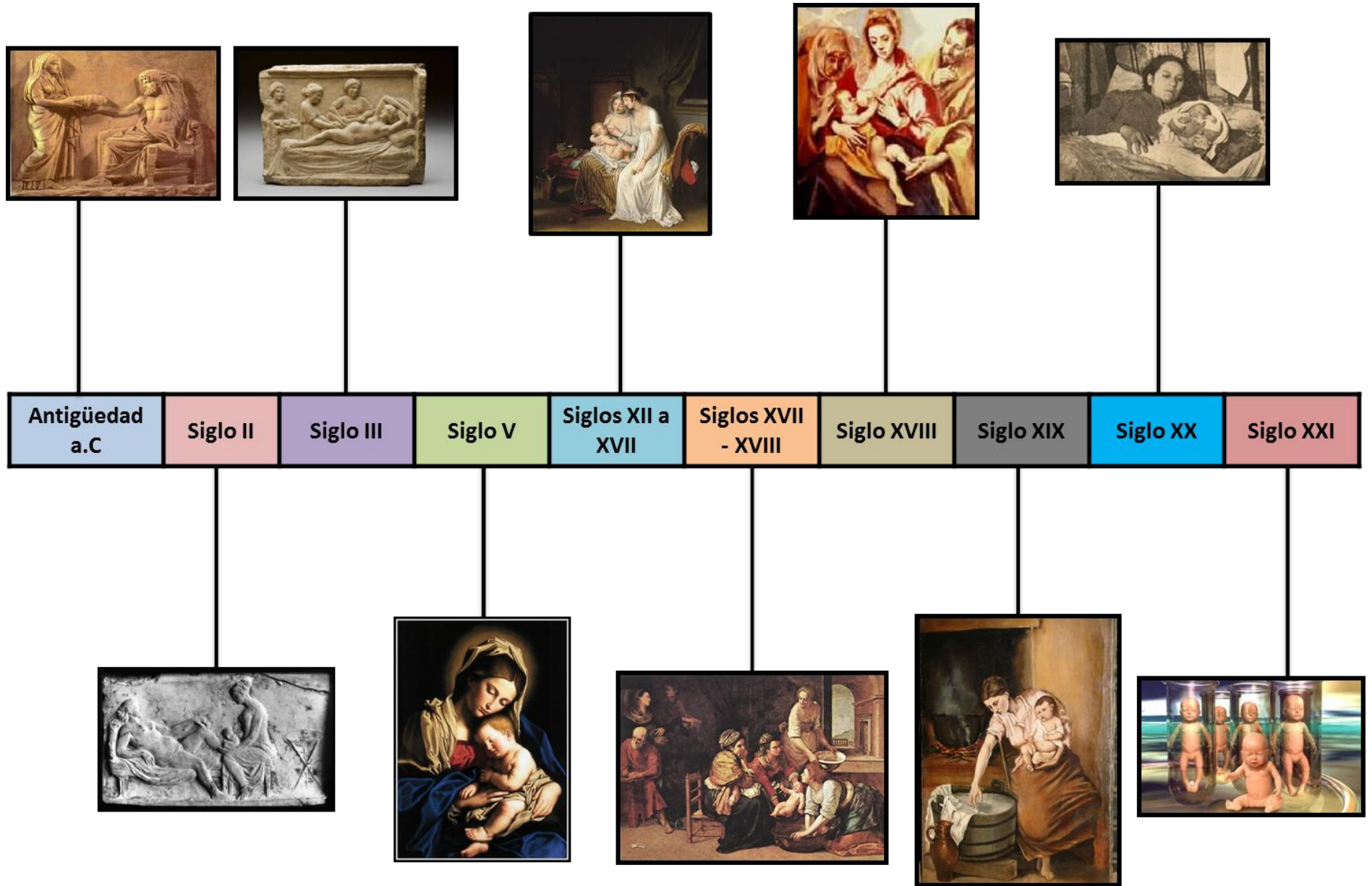
La relación de la mujer con la maternidad, viene marcada por la influencia de la relación identificatoria que esta haya establecido con su madre, pues la mujer se constituye en un tipo de madre según la propia experiencia vivida con su madre. Para explicar mejor esta idea, Oiberman (2004), plantea lo siguiente:

“Sobre estas imágenes viene igualmente a insertarse la imagen que la mujer ha tenido en su infancia, ella debe identificarse con su madre y amarla para resolver la ambivalencia. Por lo tanto la maternidad es una fase del desarrollo psicoafectivo de la mujer que supera ampliamente el acontecimiento biológico”. (p.117)

Siguiendo con los planteamientos de Oiberman (2004) la maternidad no es un sentimiento puro, ideal, perfecto y predeterminado por lo biológico, es un sentimiento, que combina e incorpora el amor, el deseo, la agresividad, la investidura, el narcisismo, la identificación, el reconocimiento del otro y la confusión con él. Los imagos infantiles de los referentes que haya tenido la mujer entran a proyectarse sobre esa representación introspectiva que realiza sobre la madre que ella es, y el niño que ella tiene.

El sentimiento de lo materno, y la interacción con el hijo, plantean la incorporación de aspectos reales, simbólicos e imaginarios; lo que proviene del psiquismo materno y es eyectado a su hijo en forma de amor, donde el cuerpo materno y las significaciones que da a su hijo, le dan un lugar de otro para la madre, otro que recibe de la madre y experimenta la satisfacción de su cuerpo libidinizado, pero que ese otro niño le devuelve a ella una respuesta que complace su deseo y completa su ideal.

**LINEA DEL TIEMPO HISTORIA DE LA MATERNIDAD**



## ***1. HISTORIA DE LA MATERNIDAD EN OCCIDENTE.***

**L**a maternidad considerada como un estado natural, intrínseco a la condición de la mujer, ha pasado por diversos momentos de acuerdo al momento histórico y cultural donde se haya enmarcado. La mujer, la feminidad, la maternidad, son conceptos anclados a la creación de vida, y al bienestar general de los nuevos seres que llegan al mundo.

La importancia y trascendencia de la función materna, viene establecida primordialmente como una obligación social y moral, perteneciente de manera casi exclusiva a la mujer, debiendo cumplir con su función de forma irreductible. La maternidad puede considerarse tanto como un mecanismo de control a la mujer, como un logro social de gran aceptación y enaltecimiento a la mujer, pues durante el transcurso de la historia en muchas culturas el modelo de mujer madre, fue y es considerado como el modelo ideal de buena mujer.

La identidad y reconocimiento de la mujer, durante muchas épocas de la historia de la humanidad estuvieron definidos por su capacidad reproductiva, y además de esto las capacidades de crianza y buena educación que tuviera sobre sus hijos. El discurso social, político y cultural del destino de la mujer, estuvo definido, dominado y marcado por el hecho biológico de la reproducción, En palabras de Chalmeta et.al (1995):

“... hay un establecimiento de la maternidad y de la perpetuación de la especie como la suprema misión de la mujer. Al priorizar la maternidad como destino de la mujer, las



otras opciones de vida de las mujeres quedaron sometidas al ejercicio prioritario de la maternidad. Así la diferencia sexual se establece en el terreno biológico y de allí se traslada al terreno de lo social.” (p.202)

La condición biológica de la mujer en un primer momento la posiciona en el terreno privado cumpliendo con la gestación, la alimentación de los hijos etc. Quedando así limitada en el terreno biológico; pero en el avance de las sociedades, se empezó a dar un reconocimiento mayor a la maternidad desde el terreno social, ahora el rol de la maternidad no era una condición inherente a la biología, si no que acarrea un rol social de importante cumplimiento para el desarrollo de los seres humanos. El rol de la mujer estaba claro y definido, la buena mujer era aquella que traía hijos al mundo y los dotaba de todos los cuidados necesarios para su adecuado desarrollo y crecimiento.

Para analizar una comprensión de algunos momentos de la historia de occidente relacionados con la función maternal, se realizará una breve recopilación de las transformaciones que han ocurrido en torno a la maternidad, de acuerdo a los hechos y momentos históricos de la cultura occidental.

### **1.1 Maternidad en la Antigüedad: Herencia Griega y Romana.**

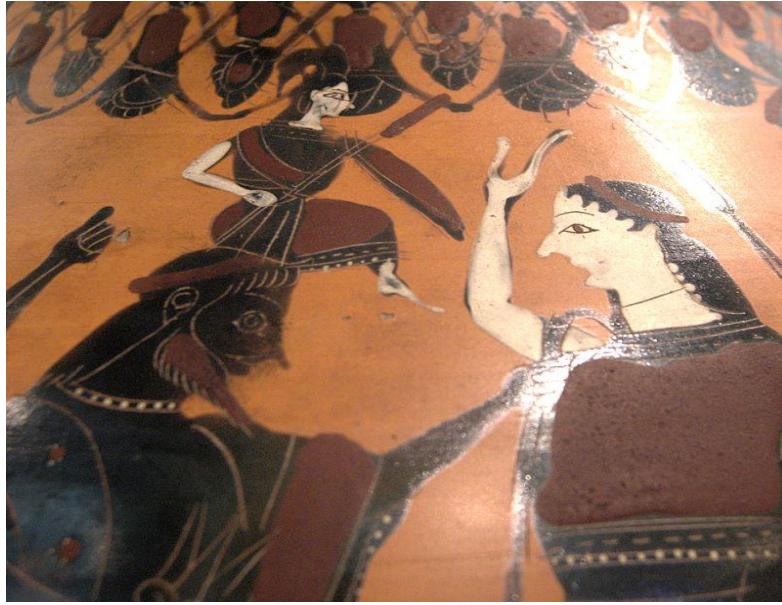
En la tradición cultural de occidente, el padre ocupa el lugar privilegiado por excelencia el lugar central, el rol primordial en la constitución de la familia, El hombre ocupa un lugar que prevalece notablemente en el ámbito público, mientras que la mujer es relegada al ámbito privado. Según González (2011) “El hombre ocupa el espacio público, el de las decisiones, la política y la guerra, mientras que la mujer ocupa el espacio privado,

el de la reproducción física y moral de la sociedad, a través de una maternidad legítima y entregada” p. 431. El rol masculino y femenino está claramente definido de acuerdo a su función, la mujer la función de llevar al hijo, darlo a luz y mantenerlo para que sea un sujeto de provecho para la sociedad, una fiel reproducción de ese padre poderoso y central.

En la tradición de la cultura griega, la función materna tiene consideración por parte de médicos y filósofos de la época, se rendía mucho culto a la fertilidad, existían muchos mitos en torno al parto y al nacimiento, muchas parteras rendían culto a la diosa Artemisa para que ayudara a la mujer en el parto. Oiberman (2004) explica que en la Grecia antigua hay que hacer una distinción entre el mito y la ciencia, pues el mito expresaba la dimensión simbólica de la maternidad; por ejemplo Demeter representaba la dimensión sobrenatural de la maternidad, era la Diosa de la tierra fértil y cultivada, iniciaba a los humanos en la vida organizada y en la agricultura.

Siguiendo con algunos aspectos relevantes de la maternidad en la cultura griega, está la representación iconográfica de Zeus trayendo al mundo desde su cabeza a su hija Atenea, una representación de la fuerza del padre al tomar ventajas en relación con las tinieblas de la matriz (Oiberman, 2004):

“Para los científicos griegos el útero era el recipiente invertido que, alternativamente, se abría para dejar la menstruación, el esperma, el hijo y se cerraba para retener la simiente masculina, proteger y alimentar al feto. Ello aparece en el corpus Hipocrático: 60 tratados redactados en el siglo V e inicios del VI a.C. En este momento histórico la esterilidad era el mal absoluto y el parto la mejor prueba de salud.” (p.119)



Atenea naciendo armada de la cabeza de Zeus, con Ilitía a la derecha. Detalle de la cara A de un ánfora ática de figuras negras, 550-525 a. C.

La mujer destacaba en importancia como la facilitadora de la procreación, pero su reconocimiento estaba ligado a su capacidad de procrear, de acuerdo a esto la mujer ya madre que engendra al hijo varón ocupa un rol importante por mantener el linaje del padre, Como lo plantea González 2011 hay una articulación intrínseca entre maternidad y feminidad, una alienación de la maternidad con el propio cuerpo de la mujer el cual era un cuerpo controlado por el hombre con la función de procrear más ciudadanos como el, por lo que la mujer no tendría ni autonomía ni decisión sobre su cuerpo pues este le pertenece a la ciudad, pues tener la iniciativa de controlar su cuerpo para traer al mundo nuevos seres no era algo cuestionables, era un deber y una obligación inamovible, el incumplir esto o tratar de controlarlo conlleva a una grave ruptura con del orden natural de la ciudad, y una falta religiosa. Si bien la maternidad no alcanzaba para dar a la mujer un reconocimiento social y

político, su función procreadora la posicionaba como importante porque su función conlleva:

“El deber de producir nuevos ciudadanos legítimos, parecidos al padre y fieles cumplidores del orden social, además de conllevar una serie de estrictas obligaciones, lleva también aparejada una protección. Es decir, unos derechos y deberes para con la familia y la polis, una ciudadanía femenina, que si bien no es igual a la masculina, si es claramente identificable cuando la comparamos con la ausencia de ella en, por ejemplo, esclavas, extranjeras o, sobre todo, prostitutas”. (González 2011 p. 434)

Para filósofos de la Antigua Grecia como Platón y Aristóteles, es indignante que en la mujer resida la labor de educar a los hijos, de ellas reconocen su fecundidad y la importancia de esta en concebir y dar a luz seres divinos, pero más allá de la función del cuerpo de la mujer como un templo en el que residen seres de importancia. La mujer y su función procreadora son consideradas como un objeto, un objeto débil e inferior reducido a una matriz y su función de acopio para los nuevos seres que llegan a la ciudad.

La concepción Antigua de la maternidad se reduce al cuerpo de la mujer a su útero, y a su función de dar a luz hombres fuertes para la ciudad, en eso consiste su función política como ciudadana lo que le da un rol lo suficientemente digno en esta sociedad antigua, pues su dignidad y reconocimiento surgen a partir de ser madre, la maternidad comprendida desde el aspecto biológico como el mero acto de dar a luz.

La herencia Romana sobre la maternidad, se dio en un sentido más político y jurídico, pues determinaron una doctrina jurídica y un conjunto de leyes que situaban la

función materna dentro del marco familiar (Oberman, 2004). Los cuidados y el culto de la mujer embarazada y del nacimiento seguían estando a cargo de las mujeres. La madre no tenía poder ni autoridad sobre sus hijos después del nacimiento, pues era el padre quien decidía si aceptaba o no al recién nacido como su hijo. Oberman 2004 explica lo siguiente:

“El derecho romano era patriarcal: instituye en la familia el poder del pater familias sobre sus hijos, esto desde la preocupación por designar al padre, pues el embarazo y el parto señalaban a la madre, pero en el caso del padre no había forma de confirmarlo, *pater semper incertus*. El derecho romano investía por completo el cuerpo materno: cuando un marido moría durante el embarazo de su mujer, el feto tenía un lugar como heredero de su padre. La mujer que lo llevaba no era ni esposa, ni madre, se reducía al vientre, su matriz era el cuerpo jurídico del niño por nacer”. (p.119)

Dentro de la herencia romana se daba alta importancia al cuerpo de la mujer y su función procreadora, cuantos más hijos tuviera más soldados y guerreros para la ciudad, lo que garantizaba la fuerza militar. Se considera casi obligación procrear tanto para la mujer como para el hombre. González (2011) lo plantea de la siguiente forma:

“En Roma tuvo que darse privilegios a las madres que tuvieran más hijos con el *ius trius liberorum*, que suponía, además de otras ventajas y el permiso para heredar, la liberación de la tutela masculina, cosa nada despreciable. Una legislación parecida la encontramos también en Esparta. Se impone además en ambas zonas medidas que penalizan la soltería” (p.437)

Esta sobre exposición del cuerpo teniendo volúmenes elevados de hijos por mujer empezó a generar un decrecimiento en la cantidad de hijos que tenían las mujeres Según González 2011:

“Hay que destacar también los estudios realizados sobre esqueletos de mujeres de distintos momentos de la Antigüedad griega y romana por J. Lawrence Ángel, quien, basándose en las pruebas que dejan los partos en los esqueletos femeninos (como por ejemplo lesiones en la pelvis), ha calculado que el número de embarazos por mujer fue bajando desde los 5 de las mujeres del 2.000 a.C. a los 4.1 en el 1.150 a.C., los 3.6 del 300.C. o los apenas 3.3 de la Roma imperial. Estos indicadores pueden no ser tan precisos como los autores de los estudios hacen ver, pero no dejan de ser significativos” (p.437)

Estos indicadores en la disminución del número de embarazos por mujer demuestran que al estar la maternidad relacionada con la función biológica del cuerpo y la resistencia del mismo, generan un cambio a través del tiempo de acuerdo a la cantidad de hijos que cada mujer puede tener, si bien esta “alerta” genera un cambio, este va relacionado directamente la función física y la cantidad de hijos que cada mujer pueda soportar tener, pero a pesar de ello se empieza a conseguir un ligero cambio de mentalidad y un control de la natalidad.

Por su función procreadora se consideraba a la mujer con una autoridad en el ámbito privado, pero la iconografía nos muestra que esta supuesta autoridad puede resultar solo apariencia, pues hasta en el control de la maternidad interfieren el hombre y la ciudad. En palabras de González (2011):

“Las fuentes, la epigrafía... nos muestran una realidad que “debería ser” y construyen una dicotomía clásica entre espacio público y privado que es en gran parte una falacia. Lo es por la supuesta autoridad femenina en el ámbito privado, ya que se ve expuesta a la autoridad real masculina y de la comunidad

en general hasta el punto de controlar su sexualidad y su maternidad. Lo es también por la imposible separación de espacios, ya que el espacio público se ve invadido por mujeres, ya sea por esclavas o prostitutas en los márgenes de la ciudadanía o por mujeres honradas y respetadas en ámbitos religiosos o "evergéticos" P.438

## **1.2 Maternidad Herencia Judeo-Cristiana.**

En la tradición judeo-cristiana, En el mito del génesis, se inicia la sexualidad humana, con el claro objetivo de poblar el mundo, en la tradición judía la castidad, ni la virginidad eran valores significativos, lo que daba valor a la mujer era tener una familia numerosa, durante esta época, la base del matrimonio residía en controlar la sexualidad y la fecundidad femenina.

En el primer relato de la creación (Gen. I: 27-28) se consagra una de las finalidades del matrimonio: el mandato divino de reproducirse, "creced y multiplicaos", y la protagonista femenina, Eva, es considerada como "madre de vida", "madre de todos los vivientes"; la destinada a parir los hijos con dolor, tener apetencia hacia el varón y ser controlada, todo ello constituye los castigos divinos hacia la mujer. "Esta forma laxa de inmortalidad presupone el dolor de la preñez y el alumbramiento para ella, mera receptora en opinión de la época y de tiempos no muy lejanos- de la semilla varonil que devolverá al hombre como su hijo, el hijo de él, aunque el mismo Adán dará a la mujer un nombre más esclarecedor: Eva, Hawwah, madre de los vivientes " (Chenoll Alfaro, 1996: 32 citado por Crochetti 2005).

En la tradición judía la concepción del amor materno no se relaciona con tener un devoto cariño hacia el hijo sino que se considera que la buena madre es aquella que desea que el hijo viva (Oiberman 2004).

Crochetti 2005 en cuanto al legado de Eva para la concepción de la maternidad de las mujeres judías cita la opinión de E. Weschler "comparando el destino de Eva con el de Lilit, que la madre habrá ganado sobre un cuerpo femenino gozante, regularizará imaginariamente en relación con la culpa, marcará el destino materno elidido del goce. O prostituta o madre (del hombre y sus hijos), mujer gozante o maternalizada"

Esta concepción moral de la maternidad está ligada a el control que se ejerce sobre la mujer a través de su cuerpo con una función reproductora, la mujer que no lograba tener hijos era condenada por los hombres de su familia, pues la finalidad de toda mujer era traer hijos al mundo para poblar la comunidad, siguiendo el legado de Eva, se parirá con dolor pero se conseguirá el objetivo de traer hijos al mundo para el pueblo.

Era tan importante la función procreadora de la mujer, que para un pueblo en el cual la población de mujeres decrece, se ven forzados a raptar mujeres de otras zonas para que tengan sus hijos y el pueblo pueda mantenerse, de lo contrario sin mujeres la población tendería a desaparecer.

La importancia de la mujer estaba directamente relacionada a su función procreadora, pues no se concebía una familia hebrea sin hijos, siguiendo los dictámenes de la biblia en el antiguo testamento, la mujer se configura en su importancia social en la familia desde su función biológica de procreación, además de una obligación social con el pueblo era una obligación moral con la familia, pues estaba al mandato de todos los



hombres de la familia de su esposo, donde si este llegara a fallecer, la mujer tendría la obligación de seguir conservando el linaje de esa familia tomando como esposo a uno de los hermanos del fallecido, así que la viuda pasa por los hombres de una misma familia, pues no es permitido retirarse de esta con los hijos ya concebidos, el patrimonio de esa familia se debía conservar intacto dentro de ella. En palabras de Crochetti 2005:

“Es aquí donde se perciben dos tipos de mujeres en la sociedad hebrea, aquella que había logrado la maternidad, gozaba de mayor seguridad y de mayores privilegios que aquella que sólo había tenido hijas mujeres o no había tenido descendencia, el status dado por la procreación era un derecho al que las mujeres hebreas no estaban dispuestas a renunciar. Algunas interpretaciones han dado a este acto el carácter de preservación de la función protectora de la familia, en realidad esa "protección", tiene que ver con el interés masculino por preservar el patrimonio dentro de la propia familia”

En la herencia cristiana se da culto a la Madre María, a partir del siglo I, Oiberman (2004) comenta que este culto a la Madre María, significo elevar la maternidad por encima de la naturaleza, el culto abre el acceso a la trascendencia para las mujeres humildes, con estos cultos y mitos de la Virgen Madre, permitieron que los cristianos compensaran la desaparición de las diosas con la ascunción de una sola mujer.

En relación al surgimiento simbólico de la importancia del pecho materno en la diada madre-hijo, Oiberman (2004) plantea lo siguiente:

“La leche materna tenía un significado simbólico: alimento primordial, nutriente vital, para el recién nacido, producto suave del seno femenino, la leche evocaba

la consagración sin límites de la madre, la relación íntima que entabla con su niño”. (p.120)

Con la maternidad cristiana se abre paso a la ternura y al amor incondicional maternal, con el ejemplo de pureza y dedicación de María madre de Dios, el modelo a seguir estaba designado desde el amor puro y fiel de la madre hacia su hijo, un modelo de entrega y abnegación divina. También empieza a destacarse la importancia de la función nutricia entregada por la madre, en el que el pecho se convierte en un símbolo de bienestar y la leche materna el medio más puro y sano para alimentar a su hijo, se construye la relación primordial entre el niño y su madre por medio del pecho materno, aspecto que a partir del siglo XX evoca un importante aspecto de estudio para el psicoanálisis.

María es sinónimo de feminidad, pureza, devoción y amor incondicional a su hijo, lo que posiciona una nueva imagen de la maternidad, contrario a lo que se estaba acostumbrado desde la tradición griega con las Diosas imponentes y poderosas como Demeter las cuales poseían poderes oscuros y terribles. Todas las Diosas de la Antigüedad se convergen en una sola mujer que representa la divinidad de la Madre de Dios la Virgen María. En palabras de Knibiehler (2001):

“Al elevar la maternidad por encima de la naturaleza... e inclusive por encima de la afectividad, la arranca de la inmanencia, la transfigura: abre el acceso a la trascendencia para las mujeres más humildes. El mito y el culto de la Virgen María, permitieron que los cristianos compensaran la desaparición de las Diosas con la ascensión de una mujer, pero de una sola mujer” (p. 32).

Con el nuevo testamento, la maternidad empieza a concebirse desde una perspectiva espiritual, lo que posiciona a la mujer desde un rol inocuo y puro para desarrollar esta importante labor, que ante los ojos de Dios la hace digna de respeto y admiración. De acuerdo con Bernal (1998) “En el nuevo testamento la llamada por Dios a la virginidad hace que la mujer adquiera un valor personal ante lo divino. La tendencia exclusiva de darse a los demás (*en especial a sus hijos*), ahora en la referencia exclusiva a Dios convierte a la mujer en señal de lo religioso humano, como don para Dios.

Hasta ahora en el recorrido histórico por la Antigüedad, con el dominio patriarcal la posición de la maternidad está relacionada más con una dimensión fisiológica que espiritual. Pero este cambio de concepción de la mujer y la maternidad creado por la Iglesia, además del ejemplo moral y social que las mujeres debían seguir, configura una tendencia al cuidado no solo de los propios hijos, si no que a través de la habilidad natural de la mujer para el cuidado y protección se convierte en idónea para el cuidado de otras personas, de allí el surgimiento de profesiones femeninas que pueden considerarse como una extensión de la maternidad. (Bernal 1998)

El rol de la maternidad ocupa lugar importante no solo en la iglesia, sino también en lo político y en lo cultural pues como lo plantea Bernal (1998) “el espíritu maternal se ha de orientar a la conservación, desarrollo y defensa de los valores religiosos y espirituales. La misión de la mujer según esta concepción, es necesaria en la crisis de la cultura y es valorada por el varón” (p.148). Aquí se puede concebir un cambio en el lugar de la mujer, ya no desde una posición tan subrogada pues su opinión y consejo empiezan a ser considerados de importancia para el hombre.

Con la tradición cristiana se deja un legado para la mujer madre a seguir el ejemplo de María la Madre Eterna, siguiendo su ejemplo las mujeres lograrían a través de la maternidad alcanzar el cielo y una vida digna libre de pecado, como lo plantea Bernal (1998):

“En la maternidad la mujer da vida con sacrificio. De forma análoga, la Iglesia es madre y esta maternidad espiritual constituye su esencia. María la mujer eterna protagoniza con su vida la misión de las madres y de la Iglesia.” (p.149).



“Virgen de la Casa de Alba” Rafael Sanzio. 1510

Con la palabra de Cristo y su principio fundamental basado en el respeto y el amor de todos los seres humanos, el reinado del absolutismo paterno y la maternidad subrogada inicio un cambio parcial en la condición de la mujer. En palabras de Badinter (1991):

“Guiado por ese principio revolucionario que es el amor, Jesús proclamó que la autoridad paterna no estaba establecida en interés del padre sino en el del hijo, y que la esposa-madre no era su esclava sino su compañera” (p.18).

Con el mensaje de Jesús trató de frenarse la autoridad en cualquier aspecto, se trató de crear más igualdad entre los esposos, y se constituyó la institución del matrimonio como algo respetable y sagrado, condenando el repudio a la mujer y las relaciones extramatrimoniales o poligamia.

Badinter 1991 plantea que en Francia, hasta finales del siglo XIII la igualdad proclamada por la iglesia se vio reflejada en una serie de derechos para la mujer, especialmente las de clases superiores. Durante el siglo XIII y en la alta edad media, se considera que existió una mitigación del poder paternal. Pero los logros alcanzados empezaron a reducirse hasta desaparecer de nuevo durante el siglo XIV y tener una regresión en la mentalidad social frente al trato a la mujer y sus derechos, hasta el siglo XVII retornan el reinado del absolutismo paternal y masculino.

### **1.3 Maternidad en Occidente: Edad media siglos XIII – XVII.**

A pesar de que con el mensaje de Cristo estuvo manifiesta durante un tiempo una actitud de igualdad entre hombres y mujeres, esto cambió nuevamente a partir del siglo XIII donde se retornó a la subrogación y la degradación de la mujer, acusada de pecadora e inferior en comparación con el hombre. Consideran a las mujeres como malignas, e inferiores causantes de las desdichas del hombre. La madre y el hijo ocupaban un mismo

lugar a los ojos de la sociedad y de los hombres, rol de sumisión y obediencia a la autoridad paterna.

Durante este periodo existe una doble moral, en el sentido en que se juzga la maternidad carnal de la mujer, pero se alaba y se respeta la maternidad divina promulgada por la Iglesia. Las parteras por ejemplo eran acusadas de herejía y perseguidas. De acuerdo con Oiberman (2004) en esta época la maternidad fue considerada un “asunto de mujeres”, con excepción de la madre de Dios, la maternidad no fue objeto de ningún tipo de valorización. De acuerdo con Knibiehler 2001 citada por Palomar (2005):

“Durante el siglo XII la aparición del termino maternitas fue acompañada de la invención del de paternitas por parte de los clérigos que lo utilizaron para caracterizar la función de la Iglesia, en el mismo en el cual el culto mariano tiene una enorme expansión, como si tuvieran necesidad de reconocer una dimensión espiritual de la maternidad sin dejar de despreciar la maternidad carnal de Eva. El papel educativo de la madre comenzó a tomar forma, estrechamente determinada por la Iglesia”. (p.40)

En el medioevo, el momento del parto era un asunto privado y de exclusividad femenina, pues quien asistía y acompañaba a la mujer era la partera, por lo que era una función exclusivamente de mujeres para mujeres, pues los cirujanos solo asistían y realizaban su intervención en situaciones de emergencia si era necesario, pues consideraban la labor desagradable y demasiado exigente (Oiberman 2004).

La edad media en cuanto a lo relacionado con lo femenino, puede entenderse con la Tesis de Santo Tomas de Aquino, quien inspirado en Aristóteles, justifica que exista una jerarquía entre los sexos, que se custodie a las mujeres dentro de la familia o el convento y su exclusión de la vida pública, y reconoce la autoridad masculina en la vida de pareja, por lo que queda para las mujeres limitarse al estrecho margen de su labor como madres y educadoras de sus hijos.

Siguiendo las ideas de Goyes:

“La maternidad es muy importante para la vida de las mujeres en la sociedad medieval. Procrear y educar a sus hijos es una de las funciones connaturales de toda buena esposa, Santo Tomas de Aquino expresa: Tal y como dicen las escrituras, fue necesario crear a la hembra como compañera del hombre; pero como compañera con la única tarea de la procreación, ya que para el resto, el hombre encontrara ayudantes más validos en otros hombres, y a ella solo la necesita para ayudarle en la procreación. Entre el común de las personas de la época, se asocia mujer e hijos con bendición divina, y como el sexo solo era permitido en el matrimonio y con el fin de procrear, la consecuencia lógica era: un buen matrimonio incluye muchos hijos, una buena esposa solo es tal si tiene varios hijos, todo lo demás se considera fuera de lo normal e inaceptable. (p.36)

En esta época de la historia de Occidente se puede considerar que existió una “regresión” en la mentalidad social de las personas, pues la mujer retorna a su rol en lo privado, bajo el yugo masculino, y la importancia de la familia continua determinada por la

cantidad de hijos que se pueden tener que además de conservar el linaje del padre también sirven como mano de obra. Durante los siglos XII al XVII, las dinámicas en torno a la maternidad se mantienen de la misma forma por lo que no se manifiesta un cambio social notable, y no se considera importante ni al infante ni a la mujer.

Durante estos siglos anteriormente mencionados, donde la doble moral reinaba, se consideraba al amamantamiento como una situación perversa, pues a la madre alimentar “voluptuosamente” a su hijo desde su pecho incita en el pecado y en ella genera placer, si amamanta a su hijo lo empuja a la “perdición moral”. Badinter (1991) sobre esto menciona: “El amamantamiento puede ser un placer culpable que se proporciona la madre y que provocaría la ruina moral del niño.” (P. 43).

La función biológica básica del amamantamiento, durante estos siglos no fue considerada como una función fundamental e imprescindible para el desarrollo de los niños, de hecho es considerada un acto condenable moralmente, ante lo cual la función nutricia y la relación de afectividad que se construye entre la madre y su hijo fue sustituida por conductas de indiferencia y desapego, la relación madre hijo se erigía a través de la frialdad y el desinterés de las madres por sus hijos. Las madres no se apegaban demasiado a sus hijos recién nacidos pues existía una alta probabilidad de que murieran antes de cumplir un año, así que para ellas protegerse del sufrimiento de perder a su “objeto de amor” se armaban una coraza que no las involucraba con su hijo.

Los factores económicos y las convenciones sociales de la época, influyen notablemente en las conductas y actitudes de las madres, Pues mientras las madres



campesinas y trabajadoras no se apegaban a sus hijos recién nacidos por las pocas posibilidades que estos tenían de sobrevivir; En contraste las madres de un status socioeconómico más alto, las cuales tenían los medios y el tiempo para dedicarse a sus hijos, también optaban por no hacerse cargo de ellos pues consideraban la maternidad como una labor indigna para ellas y optaron por evadir su rol y función como madres cuidadoras.

Antes de la primera mitad del siglo XVIII, la muerte de los niños se proliferaba en todos los sectores de la sociedad, pero este suceso era considerado como un accidente banal en las familia de la época, pues la pérdida de un hijo ha de ser reparada por un nacimiento ulterior (Badinter, 1991). El carácter simbólico del amor maternal natural y permanente, no es algo que se evidencie en la cultura familiar de los siglos XVII y primera mitad del siglo XVIII. El dolor el duelo ante la pérdida de un hijo no eran reacciones que se evidenciaran en las madres o en los padres, Badinter 1991 citando a Madame LeBours dice:

“Hay madres que al enterarse de la noticia de la muerte de su hijo encargado a una nodriza, se consuelan, sin averiguar la causa de su muerte, diciendo: ay, es un ángel en el paraíso. Pongo en duda que Dios les tenga en cuenta su resignación en esos casos. El permite que se formen criaturas en su seno para que las madres traten de hacer ellas hombres; además, no hablarían así si reflexionara en los dolores crueles que han sufrido esos niños antes de morir, si reflexionara que muchas veces es su propia negligencia la causa de sus muertes”.

La aflicción y el dolor por la muerte no era un asunto de importancia para las madres de la época, al tener tantos hijos el lugar de uno sería reemplazado por siguiente, y

así, llorar y sufrir por un ser tan imperfecto como un niño, no merecía el desgaste ni la contradicción del espíritu.

Además de la indiferencia y la negligencia materna, otras actitudes como el amor selectivo eran una constante en las familias de la época, tanto por parte de la madre como del padre, existía un trato desigual hacia sus hijos de acuerdo al sexo y al lugar que ocuparan en la familia. En el caso de las hijas, estas eran una dificultad para sus padres pues debían casarlas con un hombre que diera una buena dote por ellas, lo que al padre le aportaba ingresos económicos, además de relaciones con otras familias, pero en el caso de no poder casarla debía internarla en un convento o mantenerla como sirvienta. No existía una identificación entre hija y madre, pues para ambos genitores sus hijos no tenían un rol significativo.

Para el caso del primogénito, el hijo mayor o el heredero, este en todas las familias era el acreedor de los mejores cuidados y hacia este se dirigían la atención sus padres, pues sería el encargado de continuar con el legado familiar, claramente hablamos del primogénito varón. Para la madre desde una postura narcisista buscando su propio interés personal, los cuidados y atenciones especiales exclusivas al hijo mayor no eran gratuitas, pues en caso de faltar el padre, el encargado de asumir el rol primario y fundamental y de velar por los intereses económicos de la madre sería su hijo mayor, en palabras de Badinter: “Necesitamos tener buenas relaciones con aquel de quien depende nuestra suerte”. (p.72).

El destino para los hijos e hijas menores ya estaba escrito, los varones se volcarían militares o curas, las mujeres serían monjas o sirvientas. Durante este periodo de la historia,

la maternidad estaba relacionada con la supervivencia del más apto, y para los padres su supervivencia primaba antes que las de sus propios hijos, por eso delegaban el cuidado a nodrizas y se desentendían del destino de sus hijos. Por eso la muerte de un hijo no ocasionaba en ellas ningún tipo de pérdida significativa. Por lo que la “maternidad interesada” radicaba en lo que su primogénito pudiera ofrecerle y la responsabilidad de este con ella cuando el padre faltara, “me ocupo solo de un hijo, pues este podrá proveerme de lo necesario cuando el padre falte”.

#### **1.4 Maternidad en Occidente: Siglo XVIII “La Ilustración”.**

Durante el siglo XVIII, la función de la maternidad continuaba siendo delegada a nodrizas, monjas o colegios, pues por cuestiones culturales y económicas de la época, los progenitores no podían hacerse cargo de sus hijos, lo que trae graves consecuencias para el desarrollo de los niños y niñas entregados a la crianza de “otros” (especialmente nodrizas) pues esto aumentó en alto porcentaje los niveles de desnutrición y mortalidad infantil. Los progenitores entregaban a las nodrizas a sus hijos con pocos días de nacidos, y esperaban que sus hijos retornaran a sus hogares nuevamente años después, pero durante esta época muchos de los niños entregados no sobrevivían, pues el volumen de niños por nodriza era demasiado alto así que ocurría una selección natural y solo lograban sobrevivir unos cuantos. Para las madres y padres de la época tener hijos se convertía en un problema, pues desde las clases más acomodadas hasta las clases más bajas, todos delegaban la crianza de sus hijos en palabras de Badinter (1991): “Cuando analizamos los tres actos de educación (entrega a la nodriza, gobernanta o preceptor, internación en el colegio) no podemos dejar de ver la directriz que la preside: “como librarse de ellos manteniendo la cabeza alta”. Esta

es la principal preocupación de los padres, y en este terreno la madre no se distingue en absoluto del padre”. (p.109).



“La Nodriza” Marguerite Gérard. 1802

Se podía hablar de una indiferencia materna generalizada, pues al no poder controlar cuántos hijos venían al mundo, muchos padres decidían delegar a la naturaleza el destino de sus hijos, la responsabilidad por el desarrollo de los nuevos seres no era una responsabilidad intrínseca de sus padres. Badinter (1991) menciona que en Francia durante los siglos XVII y XVIII la muerte de un niño era un episodio banal y sin importancia. En una comparación entre los niños criados por sus madres y los niños criados por nodrizas, los niños que estaban con sus madres morían dos veces menos que los niños educados por

las nodrizas. Bajo estas circunstancias de la época, se puede considerar que “la crianza era un infanticidio encubierto” (Badinter, 1991).

*Surge el Amor Maternal:*

En el último tercio del siglo XVIII se produce una revolución de las mentalidades, surge un cambio radical en lo referente a la imagen de la madre, de su función y de su importancia. Badinter (1991) lo explica de la siguiente forma: “A partir de 1760 abundan las publicaciones que aconsejan a las madres ocuparse personalmente de sus hijos, y les “ordenan” que les den el pecho. Le crean a la mujer la obligación de ser ante todo madre, y engendran el mito del instinto maternal, el amor espontáneo de toda madre hacia su hijo. (p.117).

Este cambio de mentalidad revolucionario, empieza a posicionarse con fuerza a finales del siglo XVIII, el amor maternal aparece como un concepto nuevo, hay una exaltación del amor maternal y es situado como un valor natural y social importante y favorable para la especie y la sociedad. Se exalta el valor ideológico de la madre, en detrimento del padre, pues la autoridad paternal era necesaria para crear súbditos trabajadores obedientes, ahora los ojos están puestos en tener ciudadanos sanos que serán el nuevo valor del estado. La atención ahora esta puesta en las primeras etapas de vida de los niños, las cuales constituyen aspectos fundamentales para el desarrollo durante el segundo periodo de la infancia y todas las etapas del desarrollo humano. Se vendió la maternidad a las mujeres como su función sagrada, como lo expresa Badinter (1991) los ideólogos de la

época ofrecían a las mujeres la siguiente filosofía: “Sed buenas madres y seréis felices y respetadas. Volveos indispensables en la familia y conseguiréis derecho de ciudadanía”. (p.118).

Este fue el boleto para que las mujeres encontraran un lugar importante en la sociedad, donde eran respetadas y admiradas por su labor de madres. Realizaban una tarea necesaria, noble y respetable que no era actividad de interés para los hombres. Un deber tan importante que “sería la fuente de la felicidad humana” (Badinter, 1991). Estos nuevos valores garantizarían la supervivencia de la especie humana, siendo la mujer la principal responsable de un buen desarrollo de los nuevos seres humanos.

El impacto de esta nueva forma de vida, implicaba aspectos importantes como el económico, filosófico y moral. A nivel económico, las consideraciones estaban dirigidas principalmente al control de la natalidad, y a las significativas pérdidas generadas por las altas tasas de mortalidad infantil de la época. Disminuir la tasa de mortalidad infantil, garantizaba para el Estado y la población una futura fuerza de trabajo productiva. Como lo explica Badinter (1991): “A fines del siglo XVIII, el niño adquiere un valor de mercancía. Se lo percibe como una riqueza económica potencial” (p.125). Cuanto más población de hombres sanos fueran creciendo, mayor regocijo y riqueza había para esa sociedad. Era necesaria esta fuerza de producción para la agricultura y la guerra, por eso se intensifica la importancia de los buenos cuidados en los primeros meses y años de vida, para conseguir hombres fuertes que dieran como resultado una fuerza productiva exitosa.

En cuanto al discurso filosófico de la época, este se basa en los principios de igualdad entre seres humanos: hombres, mujeres y niños. Empieza a existir mayor igualdad y homogeneidad entre el hombre y la mujer, y la condición del niño se modifica, estas nuevas actitudes reducen el absolutismo de la autoridad paterna, y dan al niño y a la madre un nivel de autonomía e importancia dentro de la sociedad. Se conjugan la autoridad materna y paterna con una misma importancia, y bajo el objetivo común de velar por el bien del niño.

En esta época de Renacimiento y cambio social, Jean Jacques Rousseau, tiene una gran importancia con su texto el Contrato Social, en el cual entrega una nueva teoría de familia, en donde expone que la familia es una sociedad natural donde el vínculo está sostenido por la necesidad y la dependencia que tienen los hijos con sus padres y ante la cual los padres tienen el deber y la responsabilidad de cumplir. Rousseau citado por Badinter (1991) plantea que “Al principio la madre daba el pecho a sus hijos por necesidad propia; después, cuando la costumbre los convertía en los objetos de su amor, los alimentaba por el bien de ellos” (p.135).

En principio podría considerarse un acto egoísta por parte de la madre la función nutricia de dar el pecho a su hijo, pues para ella el objetivo y la finalidad era la necesidad de descargarse de la leche, como tal el amor maternal altruista y de entrega por el bienestar del niño no tenía como meta el bienestar para su desarrollo, como lo plantea Badinter la reiteración en el acto de amamantar genera en la madre una costumbre en el contacto regular con el niño y según la autora de esa costumbre nace el amor maternal.

Badinter, respecto a las ideas de Rousseau sobre el Padre, plantea lo siguiente:

“¿Y el Padre? Sencillamente no existe en la hipótesis de Rousseau. Solo hay un macho que fecunda a una hembra sin saberlo. Aun en el caso de que se enterara por azar, no le correspondería ninguna función particular. La naturaleza no da cabida al concepto de paternidad. Pero en el estado social que es el nuestro, y que tal vez sea el único que ha existido, el hombre se ha atribuido funciones paternas: la autoridad que corre pareja con la protección del niño. Rousseau circunscribe esta autoridad en los límites de las necesidades del niño. Su poder no es natural ni divino, se establece como dice Grotius en beneficio de quien ejerce. Aquí no tienen cabida los derechos y placeres del que detenta la autoridad. Solo el deber determina su acción.” (p.136)

En el contrato social de Rousseau el vínculo entre padres e hijos, duraba hasta que el hijo pudiera hacerse cargo de sí mismo, los padres ya no tienen obligación con sus hijos, ni sus hijos con sus padres, la autoridad ya pasa a un segundo plano y se puede considerar una igualdad entre padres e hijos, para Rousseau hay una ruptura de los vínculos familiares, siendo estos temporales y artificiales, son unos vínculos frágiles desde la perspectiva de este autor.

De la herencia pedagógica y filosófica que dejó Rousseau en el siglo XVIII, se destaca su texto el Emilio, el cual se configuró como el manual de la mujer “ideal”, el compendio de normas y preceptos de cómo ser una buena madre. Lo destacable de este texto es que fomentó el bien hacer de la maternidad propendiendo hacia el crecimiento y desarrollo de los hijos, se responsabiliza a la mujer en su rol de madre. Con la influencia de



Rousseau se instituyó la función femenina bajo la concepción de mujer desde el rol de esposa y madre.

Del siglo XVIII y su importancia histórica frente a la maternidad, el hito más sobresaliente esta en el reconocimiento de la función materna, lo que sitúa a la mujer ante los ojos de los hombres y de su conyugue como imprescindibles para el desarrollo y establecimiento de la familia. Badinter (1991), nos explica a lo largo del siglo XVIII en Francia lo que sucede con la condición de la mujer. En palabras de la autora:

“Lo cierto es que la condición de la mujer no se modificó de manera notoria a lo largo del siglo XVIII ni bajo la Revolución Francesa, pero en cambio progresó la de la esposa-madre. A fines del siglo la conducta del marido para con su mujer parece haberse modificado en la teoría y en la práctica, no solo en las clases acomodadas sino también entre las clases humildes. Este cambio tiene dos razones principales. Por una parte, la nueva ola del matrimonio por amor, que convierte a la esposa en compañera querida. Por otra, los hombres responsables quieren que las mujeres desempeñen en la familia una función más importante, sobre todo junto a los hijos.” (p.141)

Con las nuevas formas del amor que iban desde el amor en la pareja, y continuaban con el amor por sus hijos, la nueva ideología destacaba con notable admiración las dulzuras de la maternidad, la maternidad se convertía en un deber impuesto, pero era la actividad más dulce y envidiable que podía desempeñar una mujer. Que una madre alimentara a su hijo por placer, se consideraba un acto natural cuyo pago iba a ser la ternura del hijo, pero

contrario se negara la mujer a alimentarlo lo pagaría con desprecio y culpa. Esta nueva responsabilidad instaurada configura a la paternidad como un acto fundamental, en el cual los padres se consideran más responsables por la desdicha o felicidad de sus hijos. (Badinter, 1991).



"Motherly Love" Frederick Morgan (1847-1927)

### **1.5 Finales del Siglo XVIII – Siglo XIX: *La Responsabilidad Maternal.***

Las lecciones heredadas del siglo XVIII, continúan con más arraigo durante el siglo XIX, en lo que respecta al cuidado integral de los niños y niñas y la responsabilidad exclusiva de la madre para estas tareas. Hubo una mayor insistencia en los encantos de la maternidad, se les vendió a las mujeres las razones por las cuales dar pecho las beneficiaba, pues al hacer esto además de ayudar a la nutrición

de sus hijos y de recibir a cambio su ternura incondicional, además el discurso médico destacaba los beneficios de dar el pecho para la madre, tales como: bajar de peso, tener un mejor aspecto físico, más sanas y robustas entre otros beneficios. Los hombres apoyaban fervientemente el discurso del momento agradeciendo a las mujeres y resaltando la bella labor que ejecutaban, y el admirable esfuerzo que hacían renunciando a sus placeres personales para entregarse al cuidado de los hijos, eran encantos dulces que ubicaban a la mujer “buena madre” en un altar de admiración, amor y ternura.

Se realizaron promesas y amenazas a las mujeres que aun les costaba asumir la abnegada tarea de la maternidad y la actividad nutricia del amamantamiento, para las que la cumplían las promesas eran: buena salud, placeres en la actividad de la maternidad, gratitud y ternura por parte de sus hijos y de su marido. Las mujeres que sigan la voz de la naturaleza y den el pecho a sus hijos, promesas de felicidad y realización a través de la maternidad. Para las mujeres que aun no estaban muy convencidas de ejecutar su rol de madres “ideales” las amenazas consistían en que la naturaleza se vengará y las castigará en su carne<sup>1</sup>. Existe un riesgo de morir para las mujeres que dejen acumular la leche en sus pechos en vez de entregarlas asiduamente a sus hijos, podrían tener enfermedades mortales, la naturaleza tomaría venganza para las madres que no aceptaran el destino natural de su leche que debía ser exclusivamente para la nutrición de sus hijos. Era una injusticia contra el niño que se le negara la alimentación con leche materna. Para estas “malas madres” pecadoras y egoístas, el castigo vendría en su cuerpo y con el rechazo social y moral

---

<sup>1</sup> P. Dionis, citado por Badinter (1991) P.(161)

por sus actos impropios contrarios a los designios de la naturaleza y dando la espalda a la virtuosa responsabilidad que deben ejercer.

De acuerdo con Badinter 1991: “Que las madres d en el pecho, Y los padres harán su obra con toda naturalidad. La familia se mantendrá unida y la sociedad será virtuosa. Cosa que los lugartenientes de policía y los economistas traducían en términos más políticos: «El Estado será rico y poderoso »”. (p.164)

### *El lugar de la nueva madre.*

El reinado de las buenas madres, este nuevo modus vivendi de las mujeres que se inició como un fuerte y revolucionario cambio de mentalidad social en occidente, tuvo su arraigo definitivo durante el siglo XIX, pues estuvo al alcance de todas las mujeres sin importar su condición social y económica.

Las malas madres empezaron a ser juzgadas y criticadas desde todo los eslabones de la sociedad, la negligencia maternal existió durante siglos en esta sociedad, y para eliminarla o minimizar los comportamientos de “las malas madres”, hicieron falta casi cien años para lograr este cambio en las mujeres, beneficioso para la sociedad como la conocemos hoy en día.

En esta época el lugar del bebé y del niño adquiere importancia trascendental, se convierten en objetos privilegiados de la atención maternal. La mujer acepta sacrificarse

para que su hijo viva, y para que viva mejor a su lado. (Badinter 1991, p.166). La voluntad de la mujer y su sacrificio instauraron en la mujer el indispensable rol de la maternidad, lo que la posiciona en un lugar importante en la familia, aunque le cueste sacrificios personales, y sus logros vengan derivados del buen trabajo que realiza con la crianza de sus hijos. En palabras de Badinter: “La mujer se desvanece en pro de la madre que a partir de entonces no dejara de extender sus responsabilidades” (p.169).

Responsabilidades en el cuidado como la nutrición y la higiene hicieron parte de los nuevos conocimientos a los que las madres tuvieron que apropiarse. La preocupación por la nutrición fue uno de los principales indicadores del cambio de mentalidad de las mujeres. La función nutricia de la madre mediante su pecho materno, adquirió una notable consideración en todas las mujeres, las cuales ya no entregaban a sus hijos a nodrizas para que los alimentaran, si no que ellas mismas se hacían cargo de dar el pecho a su hijo. La preocupación por la vida de los hijos y velar por la supervivencia de estos, aparecía un imperativo moral expresado como el nuevo afecto materno.

Algunas costumbres populares utilizadas por las mujeres en sus primeros días después del parto, como el uso de la faja (envolver al niño en tela tan fuerte que no podía moverse), fueron sustituidas por técnicas de higiene enseñadas por los médicos, esterilizar los recipientes, bañar a los niños, todo un cambio que incluye el contacto físico entre madre e hijo como una muestra de cariño y afecto. La madre da caricias a su hijo, les dejan libre movilidad, y se preocupan por las condiciones de higiene que rodean al bebé, lo que disminuye las enfermedades y aumentan la salud de los niños, todo esto logrado gracias a la atención y dedicación exclusiva de las mujeres a cumplir con su función maternal. El niño figura como un ser insustituible, la madre se vuelve una figura irremplazable al

servicio de sus hijos, comienza el reinado de los niños, se convierten en el bien máspreciado y adorado de la familia. La salud del niño se convierte en un asunto central que preocupa tanto a la madre como al padre. Para la nueva madre la salud de su hijo es su responsabilidad, por lo que se interesa en recibir más información y consejos de los profesionales de la salud.

Otra de las responsabilidades de la madre estaba en la presencia y dedicación constante en sus hijos. No hay descanso para la madre, día y noche vive atenta y dedicada a la satisfacción de sus hijos, de lo contrario si se descuida o no se interesa por ellos todo el tiempo será juzgada y tildada de negligente. Las madres ya no se sienten interesadas en desterrar a sus hijos y dejarlos internados en conventos o colegios. Cada vez aumenta el tiempo que las madres dedican al cuidado de sus hijos, se convierte en su única misión y en su único interés. Ahora la única ambición para las mujeres son sus hijos.

El rol de la mujer en el hogar adquiere una notable importancia debido a que la mujer madre ya no es una sirviente más de su esposo, ni está al servicio exclusivo de éste, la mujer adquiere un rol de autoridad en el hogar. Elizabeth Badinter (1991) lo explica de la siguiente manera: “Gracias a la responsabilidad creciente de la madre, la esposa puede imponerse cada vez más al marido, y muchas veces, en tanto madre, tener la última palabra en detrimento del padre” (p.184).

La maternidad se convierte en una función gratificante pues esta investida de ideal. Esta función viene estrechamente relacionada con la religión, pues se relaciona con el sacrificio y la vocación divina de ser madre. De acuerdo a lo expresado por Badinter (1991): “La madre es comparada de buena gana con una santa, y la gente se habitúa a

pensar que una buena madre es una <<una santa>>. La patrona natural de esta nueva madre es la virgen María, cuya vida testimonia la dedicación de su hijo.(p.185). La madre y su intrínseca relación con la figura de la virgen María, intensifican el poder de la función maternal, pues en el discurso de la Iglesia Cristiana, se resalta positivamente la dedicación de la madre a sus hijos, destacándola como una función casi divina, y declarándola como rol y función dedicada y necesaria para que las mujeres alcancen su plenitud familiar y espiritual.

El cambio social y la filosofía de las buenas madres, obtuvieron gran apogeo durante el siglo XIX, pero no impacto a todos los niveles de la sociedad, pues en las clases menos favorecidas, aun no se lograba el alcance esperado con este nuevo cambio de mentalidad y condicionamiento moral a las madres. Las madres de las clases menos favorecidas, para estas mujeres aunque las exigencias de cambio eran cada vez más difíciles de evadir, debido a su situación resultaban más dificultosas y lentas de asumir, pues estas mujeres tenían más hijos, pero no se podían hacer cargo de estos, o bien porque tenían que ser nodrizas de los hijos de los ciudadanos y con el dinero recibido ayudar a la economía del hogar; hasta la propia mujer campesina debe dejar a sus hijos al cuidado de una nodriza porque deben trabajar al lado de su esposo, y no tienen el tiempo ni los recursos para mantener juntos a ellas a sus hijos. Solo hasta principios del siglo XX, no será abolida de manera definitiva la práctica de cuidado de las nodrizas. Un logro científico importante que influyo a la eliminación de la práctica de las nodrizas, fue la implementación de la alimentación artificial con el uso del biberón y la leche de vaca, el cual fue un logro posible gracias a los progresos de la esterilización. (Badinter 1991).

El cambio social de las mujeres frente a la maternidad, tomo bastante tiempo en instalarse y sostenerse. Los discursos de Rousseau y de los médicos de la época no bastaron para que algunas mujeres aun se resistieran a asumir con orgullo las bondades de la maternidad, hubieron resistencias y reticencias en muchas mujeres, Pero la revolución social de Rousseau desde el siglo XVIII ejerció un poderoso efecto de cambio en la mayoría de las mujeres en la concepción de la maternidad. Como lo explica Badinter 1991:

“Aunque la intensiva propaganda de Rousseau y sus sucesores, no logró convencer a todas las mujeres de que fueran madres cuya abnegación no tuviera límites, sus discursos ejercieron un poderoso efecto sobre ellas. Las que se negaran a obedecer a los nuevos imperativos se sintieron más o menos obligadas a hacer trampa, y a recurrir a toda clase de apariencias. De modo que había algo que había cambiado profundamente: las ‘mujeres se sentían cada vez más responsables de sus hijos’. Cuando no podían asumir su deber se sentían culpables. En este sentido, Rousseau alcanzó un logro muy importante: La culpabilidad ganó el corazón de las mujeres”. (P.194-195).





“Admiración Maternal” William Adolphe Bouguereau (1905)

## **1.6 Repensar la Maternidad: Finales del Siglo XIX - Siglo XX “El Baby Boom”.**

La responsabilidad materna se convierte en un rol difícil de evadir para las mujeres, su profesión y su destino en la tierra han sido definidos, la naturaleza ordena a la mujer que su rol más importante es el de ser: una buena madre. La madre del siglo XX, además de las responsabilidades adjudicadas y aprendidas en los siglos XVIII y XIX, tiene una última responsabilidad, la más importante y delicada de todas: es responsable del inconsciente y los deseos de su hijo, en sus hombros recae la delicada responsabilidad de la vida anímica de sus hijos. Con la influencia del psicoanálisis, la madre se vuelve la gran responsable de “la felicidad de sus hijos”, Misión que termina de definir su función. (Badinter 1991).

Las aspiraciones de la mujer ya estaban definidas, definidas en su papel de madre, la mujer ya no se puede rehuir de dicha responsabilidad, pues el peso moral con el que acarrea, pues las mujeres que no tenían hijos o no querían tenerlos eran blanco de críticas y desprecio por no aceptar el mandato de la naturaleza. Para Badinter la influencia que tienen Rousseau y Freud impacta profundamente el concepto de la madre y su función, la autora lo plantea de la siguiente manera:

“Quienes definieron la «naturaleza femenina» tuvieron cuidado de hacerlo de manera tal que implicara todas las características de la buena madre. Eso es lo que hacen Rousseau y Freud, que con ciento cincuenta años de distancia elaboran una imagen de la mujer singularmente coincidente: destacan su sentido

de la abnegación y el sacrificio, que según ellos caracteriza a la «mujer normal». (p. 198).

Las mujeres que no aceptaran o asumieran este nuevo modelo de buena madre, además de verse criticadas moralmente, serían catalogadas de egoístas, malas y hasta desequilibradas. Con esta revolución social, cultural y mujer surge la nueva mujer, la buena mujer a la luz de la buena madre, relación intrínseca e indisoluble que caracterizara el porvenir femenino durante varios cientos de años, para algunas mujeres esto fue aceptado de buena gana y con agrado, pues al menos en el hogar era una figura imprescindible, para otras mujeres esto trajo como consecuencia frustraciones y desdicha. La nueva voz dictaba: “Se buena madre y triunfarás”.

### *La Responsabilidad de Educar*

Durante el siglo XIX, los ideólogos de la época, basados en la teoría de la buena madre, la cual es “naturalmente abnegada y entregada a su familia” aprovecharon para imponer a la maternidad la responsabilidad de educar. Como bien sostiene Badinter (1991): “A la función de criar a los hijos añadieron la de educarlos. Explicaron que las mujeres eran los custodios naturales de la moral y la religión, y que la suerte de la familia y la sociedad dependía del modo como ellas educaran a sus hijos.” (P.213-214).

La expresión del amor maternal ya no solo se ve expresada mediante los cuidados físicos al recién nacido, ahora una nueva muestra de amor maternal era la adecuada

educación de los hijos, este era el reflejo de una buena crianza, era el espejo de una bien desempeñada función maternal. La madre tiene las facilidades y ventajas necesarias para ser la mejor educadora de sus hijos pues es ella quien mejor conoce a sus hijos y sabrá las mejores maneras de impartirle sus conocimientos y valores para crear en su hijo un ciudadano de buena educación y valores. La misión de la naturaleza implica que la madre debe responder en un 100% del desarrollo físico, emocional, académico y espiritual de sus hijos.

La madre educadora y vigilante evita a sus hijos las malas influencias de la sociedad, la madre conoce la intimidad de sus hijos y les guía por el camino del bien. La madre y el hijo son un mundo aparte la madre es la absoluta “dueña” del destino de sus hijos durante la infancia, en sus hombros recae la responsabilidad del conocimiento, pero en consecuencia y como una ventaja positiva abre para la mujer la posibilidad de aumentar sus conocimientos para así poder transmitirlos a sus hijos.

### *La Felicidad Femenina.*

La abnegación, valor intrínseco de la maternidad, se convirtió en característica esencial de la naturaleza femenina, y claro de esta se desprendía la felicidad de la mujer. La ordenanza moral designaba que la mujer se sacrificara, pues si no venía de su voluntad “natural”, debía someterse a la voluntad moral. Tal como lo plantea Badinter (1991): “A fines del siglo XIX y a comienzos del siglo XX prácticamente ya no se hablaba de la maternidad sino en términos de sufrimiento y de sacrificio, y, se trataba de un lapsus o de

un olvido voluntario, se omitía la promesa de felicidad que naturalmente hubiera debido desprenderse de ella. (p. 223).

La mujer además de poseer la abnegación natural que la moviliza a cumplir la función maternal, viene aunada a un masoquismo natural con el que soporta los sufrimientos y sacrificios de su vocación. Sacrificio y sufrimiento eran características que toda madre debía poseer, aguantar de buena gana lo que fuera necesario para garantizar la felicidad de su hijo. Como lo expresa Badinter (1991), Rousseau y Freud, ambos consideraban que la esencia femenina era masoquista por definición. La maternidad significó para la mujer de acuerdo a todos los imperativos morales impuestos, una función “agridulce”, pues el pago a su sacrificio y dolor, se recompensaba con amor y gratitud. La grandeza de la maternidad venía dada por su entereza y su capacidad de soportar el dolor, pues con esto su espíritu allanaba su camino a la gloria divina.

A la mujer que aceptaba su destino como buena madre se le pagaba con admiración y agradecimiento, contrario a las que no lo hacían eran acusadas de inhumanas pues sus hijos sufrirían graves enfermedades a causa de sus descuidos y falta de dedicación, pues estas mujeres resultaban pobres de espíritu. La culpabilidad y las acusaciones para las malas madres se notaban con los resultados de la crianza de sus hijos, los delincuentes, criminales, los peores ciudadanos eran resultado de una incorrecta función ejecutada por sus madres. Ahora ya había a quien acusar de los errores de los hombres. Si la única función de las mujeres en la sociedad es ser buenas madres, deben asumirlo con felicidad pues su responsabilidad impacta el correcto funcionamiento de las familias, las cuales son el núcleo primario de la sociedad.

La mujer trabajadora implicaba otro problema para los y las moralistas de la época, pues consideraban que el trabajo para las mujeres no era una necesidad vital. La mujer no puede mirar más allá de su profesión y trabajo natural: << El Ser Madre >>. Las ganancias económicas que la mujer pudiera adquirir fuera del hogar no podía ser compensado con las ganancias y frutos que dejaría en el hogar al cuidar y dedicarse el cien por ciento del tiempo a su cuidado y educación.

Las mujeres que por obligación deben salir del hogar y conseguir un empleo para colaborar en la economía familiar resulta criticada por los moralistas, pues estas mujeres no tienen una noción de los deberes maternos (Badinter 1991). Las mujeres en cambio que por voluntad desean adquirir conocimientos y obtener una formación académica superior son juzgadas aun más fuertemente que las anteriores, pues se considera inmoral y antinatural querer ejercer otro rol en la vida que no sea el de la maternidad. El destino de toda mujer es ser madre, y la que no lo acepte es culpable de hacer caer en decadencia a la sociedad. En palabras de Badinter 1991:

“Las intelectuales son más culpables que las obreras: no solamente no tienen excusas económicas, sino que se niegan voluntariamente a restringir su universo en los límites del hogar, y a circunscribir su vida a la maternidad y la familia. Esta actitud monstruosa es la fuente y la razón de todos los flagelos sociales, porque sí la mujer desdeña sus funciones naturales la consecuencia no puede ser otra que el desorden social. Para poner un remedio a este mal, Ida Sée no se conformó con glorificar la condición maternal y afirmar que las mujeres sólo

merecen respeto en tanto madres. Procedió también por culpabilización. Sí, el trabajo femenino hace del niño una víctima. Sí, la ausencia de la madre era causa de males. Sí, la ausencia de la madre era causa de males infinitos, y especialmente de la disolución de la familia” (p.236)

### *Apuntes Sobre la Función Paterna*

A partir de la revolución de la función materna, inicio una decadencia de la función paterna, pues en el hogar era la madre quien tenía el control de los hijos frente a su cuidado y educación. La función paterna absolutista y poderosa disminuye en detrimento de la naturaleza de la función materna, la madre es superior en el ámbito íntimo del hogar y el hombre debe limitarse y retraerse pues su función primordial es proveer los medios para que la familia subsista, de las demás funciones para que la familia funcione correctamente se encargará la madre.

Las misiones del hombre están en la política, las ciencias, la educación, etc. La labor del hombre está afuera en el mundo social, en el mundo del conocimiento. El hombre no era apto para educar a sus hijos pues no poseía las habilidades innatas como la paciencia y la ternura necesarias para educar a sus hijos. Siguiendo las señales de la biología, hombre y mujer son física, psíquica y estructuralmente distintos. El hombre tiene el rol activo de proveer, entregar, preñar. La mujer tiene el rol pasivo de aguantar, llevar, criar. El hombre siempre ha pertenecido al exterior, buscando el alimento, cazando, pescando, trabajando etc. La mujer pertenece al hogar, al nido, al interior, por eso su facilidad para el cuidado y protección de sus hijos. Alain (1927) citado por Badinter (1991) plantea lo siguiente: “El

amor maternal es el único amor plenamente natural, porque inicialmente los dos seres forman solamente uno” (p. 238)

Complementando lo expresado anteriormente, Badinter (1991) nos explica lo siguiente:

“Una vez más, la madre desempeña el papel de intermediaria entre el hijo y el padre, ya que según Alain, no hay nada en la “naturaleza del hombre” que lo predisponga a establecer relaciones afectivas con su hijo. El niño es un extraño para el hombre, porque el hombre habita un universo del que están excluidas la infancia y las normas de afectividad que la rigen. De allí su incomprensión, su severidad, su falta de paciencia. Acostumbrado a luchar con la dura necesidad exterior, no puede aceptar los caprichos, los sueños y la debilidad infantil, que en cambio le resultan familiares a la madres.” (P. 238).

### *El Estado asume la Función Paternal*

Durante el siglo XIX (En Francia), El Estado asume con más fuerza un interés por proteger los derechos de los niños, y que estos no se vieran expuestos a maltratos o abandonos por parte del padre. El Estado busca castigar al hombre que daña a sus hijos, y sustituye la figura del padre con la de otros hombres como el Juez, El Educador, el Psiquiatra, entre otros. Siguiendo los planteamientos de Badinter:

“No cabe duda que el Estado, que quitó sucesivamente al padre todas o casi todas sus prerrogativas, quiso mejorar la suerte del niño. Tampoco cabe duda de



que las medidas que adoptó señalen un progreso en nuestra historia. [...] Sin embargo, también es cierto que la política de hacerse cargo del niño y protegerlo se tradujo no solamente en una vigilancia cada vez más estrecha de la familia, sino también en la sustitución del patriarcado familiar por un «patriarcalismo de Estado» (P.242-243).

El estado busca mecanismos de control de la familia, y el mejor medio para ello es la educación, ahora los niños y niñas no reciben toda su formación escolar en casa, pasan gran parte del tiempo en las escuelas y reciben la educación de los docentes. El prestigio de la impartición de la educación paterna se ve menguado primero por la educación y los valores otorgador por la madre, y después por los impartidos por los Docentes en las escuelas. Se hace un paro a la omnipotencia de la “sabiduría paternal”. El hombre es controlado bajo el ojo vigilante del Estado.

El hombre fue limitado a su función de proveedor económico del hogar, de satisfacer con dinero y estabilidad económica las necesidades de afecto de la madre y de sus hijos. Como lo plantea Badinter:

“En rigor, es preciso admitir que el hombre ha sido despejado de su paternidad. Al reconocérsele solamente una función económica, que se le es exclusiva, se lo ha alejado gradualmente de su hijo, en sentido literal y en sentido figurado. Físicamente ausente durante todo el día, cansado por la noche, el padre ya no tenía mayores posibilidades de establecer relaciones con él. (P.247).

### ***1.6.1 La Herencia Freudiana: El Impacto del Psicoanálisis para la Función Maternal.***

El impacto del discurso psicoanalítico, posiciono el rol de la madre como una función indispensable para la vida emocional y psíquica de sus hijos. Con el descubrimiento del inconsciente, se reforzó la idea de la importancia de los primeros años de vida de los seres humanos, pues es en este tiempo donde se desarrollan las emociones y los lazos afectivos primarios los cuales impactan a los seres humanos en la vida adulta. La madre era ahora, desde el psicoanálisis la responsable del equilibrio psíquico de sus hijos. Pero esta responsabilidad de ser una “buena madre” (psíquicamente equilibrada) estaba ligada a sus propias experiencias de infancia en la relación con su propia madre, en caso de que estas fueran “buenas” o no, así mismo la mujer tendería a repetir con sus hijos las actitudes adecuadas o inadecuadas que tuvieron hacia ella misma, tendencia a la repetición inconsciente de las dinámicas familiares generación tras generación. Badinter (1991) lo plantea de la siguiente forma:

“En efecto, para que una madre pueda ser la <<madre buena>> que desea el psicoanálisis, es preferible que en su infancia haya vivido una evolución sexual y psicológicamente satisfactoria junto a una madre relativamente equilibrada ella también. Pero si una mujer ha sido educada por una madre perturbada, es muy probable que tenga dificultades para asumir su femineidad y su maternidad. Cuando a su vez sea madre, ha de reproducir las actitudes inadecuadas de su propia madre”. (p. 248)

El lugar de la madre para el psicoanálisis está estrechamente relacionado con su propio inconsciente, con sus deseos, sus faltas y su sexualidad. La madre psíquicamente

equilibrada tendrá más posibilidades de encajar dentro de las buenas madres. Contrario a las mujeres con algún tipo de psicopatología las cuales resultan “menos aptas” para ejercer la función de la maternidad.

La sexualidad femenina, en principio caracterizada por la bisexualidad desde el psicoanálisis, atraviesa por diversos periodos en el desarrollo psicosexual de la niña a mujer. La bisexualidad en el inicio del desarrollo aplica tanto para el varón como para la niña. Como lo expresa Freud citado por Badinter (1991): «Los individuos de ambos sexos parecen atravesar de la misma manera los primeros estadios de la libido ». El placer sexual del niño se encuentra en su pene y el de la niña en su clítoris. En el psicoanálisis en el psiquismo infantil para ambos el órgano sexual por excelencia es el falo, la niña ve en su clítoris un falo más pequeño en comparación al del varón, pero para ambos aun no se reconoce la vagina como el órgano esencialmente femenino. Para el desarrollo de la mujer y su bisexualidad constituyente existe una dificultad, pues cuenta con dos órganos, el clítoris análogo al pene y la vagina exclusivamente de ella.

El complejo de Edipo es el momento que para el psicoanálisis parte las diferencias en el desarrollo psíquico de hombres y mujeres. Para la niña y el niño la madre es su objeto de amor primario, ambos entregaran su libido dirigiéndola hacia la madre. El hombre dirigirá el amor a su madre y se enfrentara a una rivalidad con su Padre. Esta triada primaria es la fuente del complejo de Edipo. El niño descubre el órgano sexual de la niña y se entera que a ella le falta el pene, el niño entra en el complejo de castración temiendo que su pene será castrado igual al de la niña por desear a su madre. El complejo de Edipo desaparece y surge el superyó del niño el cual regirá su comportamiento y actitudes. El niño

pasa a identificarse con la figura paterna, e interioriza las características del padre. Si todas estas etapas son correctamente superadas por el niño tendrá una formación psíquica “normal” en su vida como adulto.

En la mujer la historia tiene un desarrollo completamente distinto, para la niña en principio su órgano peniano (clítoris correlato del pene) es su órgano de satisfacción, por lo que para constituirse mujer debe sustituir a este por la vagina; también tendrá que cambiar su objeto de amor, así como el varón debe retirar su deseo a la madre para superar el complejo de Edipo la niña también debe hacerlo, pero debe dirigirlo hacia su padre, hacia la figura masculina que posee el Falo. Si estas intrincadas etapas no son superadas correctamente por la mujer se ve amenazada por la patología, lo que complica su destino como buena esposa y madre. La fase pre-edípica en la mujer es fundamental, pues de esta se desprende la identificación de la mujer con su propia madre, que adecuadamente resuelta y superada instauro la constitución de la femineidad en la mujer.

La niña descubre que viene castrada, y dirige hostilidad a su madre culpándola de su condición por no proveerle la completud necesaria. Con el descubrimiento existen tres desenlaces posibles: 1) La inhibición sexual o la neurosis, 2) Insistencia en su masculinidad, se niega a abandonar el placer clitoridiano. Freud a esto le llama la “actitud viril). Y la 3) es la que lleva hacia una “femineidad normal”: la suplantación del deseo del pene por el deseo de un hijo. Badinter (1991) explica el descubrimiento de la castración en la niña de la siguiente forma:

“Después de descubrir la castración, la chiquilla normal atravesará un triple cambio psicológico y sexual: hostilidad hacia la madre, abandono del clítoris como objeto de satisfacción, y un «acceso de pasividad» que se armonía con un mayor apego por su padre. El amor de la niña se dirigía a una madre fálica y no a una madre castrada. El hecho de descubrir la castración le permite apartarse castrada. El hecho de descubrir la castración le permite apartarse de su madre, y dejar que predominen sus sentimientos hostiles, largo tiempo acumulados. Es deseable, porque Freud considera, que el distanciamiento respecto de la madre es un paso muy significativo en el desarrollo de la niña”. (P.254-255).

La niña al saberse ya castrada, acepta su destino de la falta, pero no se rinde a encontrar ese falo necesario para sentirse completa, por lo que ese amor dirigido a la madre se trasladan al padre con la esperanza de que este le entregue el falo, comprendiendo que este falo tampoco le pertenece, la mujer entra en un estado de pasividad y búsqueda de su completud, alcanzándola solamente cuando reconoce su perdida y acepta que no tendrá un falo, pero como un subrogado de este surge en la mujer el deseo de hijo, lo que culmina “la normalidad femenina”.

Badinter (1991), siguiendo lo expresado por Freud y H. Deutsch, explica que hay tres fuerzas principales que conforman las características psíquicas de toda mujer, estos son: la pasividad, el masoquismo y el narcicismo. Respecto a la pasividad hace referencia a que es una condición inherente a la naturaleza femenina. H. Deutsch citada por Badinter, explica que la influencia de la madre, es mucho más inhibidora para la niña que para el varón. Esta influencia que resulta más inhibidora para la niña resulta en consecuencia de

que la madre cree y siente que la niña es más débil y que necesita más protección. Desde la perspectiva Freudiana con analogías biológicas, la pasividad femenina es comparada con el comportamiento sexual de la hembra y el macho, pues en el acto sexual la hembra tiene una posición pasiva y el macho una más activa. Con los órganos sexuales la comparación fisiológica es la misma, el pene es un órgano activo y eréctil, mientras que la vagina es un órgano pasivo-receptivo y depende de la función del hombre sobre esta pues de manera espontánea hay una ausencia de actividad, por lo anterior Freud y luego H. Deutsch, coinciden en que “la ausencia de actividad vaginal espontánea constituye el fundamento fisiológico de la pasividad femenina”<sup>2</sup>.

La otra característica esencial de la mujer es el masoquismo. Badinter explica que en principio el niño y la niña tienen la misma agresividad y energía libidinal, pero con el transcurrir del desarrollo psíquico esto cambia, el niño dirige fácilmente su agresividad al exterior, mientras que la niña la acumula y la dirige hacia su propio yo. En la etapa puberal de la niña y con el distanciamiento de su madre, la niña asume una “actitud erótico pasiva hacia su padre”<sup>3</sup>. En su inconsciente el padre se forma como un seductor, del que se espera actúe y tenga la iniciativa, al encontrarse con la decepción de que esto no sucede, la niña transforma su amor y energía libidinal en agresividad que luego es transformada en forma de masoquismo hacia su padre, y después frente a los otros hombres, tornándose ese masoquismo femenino en la necesidad de ser amada.

---

<sup>2</sup> H. Deutsch, *La psychologie des femmes*. Citada por Badinter (1991).

<sup>3</sup> *Ibíd.* P. 207. Citada por Badinter (1991) P. 258.

El Narcicismo componente esencial de femineidad, inicia su camino en la infancia cuando la niña dirige la libido a su propio yo. “En la niña el amor a si misma se transforma en la necesidad de ser amada”<sup>4</sup>. El narcicismo surge como una fuente de compensación y alivio, el amor propio ayuda a subsanar la falta derivada de la inferioridad genital. El narcicismo surge como un contrapeso al masoquismo, ya que sin narcicismo el yo estaría expuesto al masoquismo y esto pondría en riesgo su equilibrio psíquico. Como lo explica Badinter 1991: “Gracias al narcicismo, el yo se defiende y afianza su seguridad intensificando su amor por sí mismo” (P. 259).

El psicoanálisis en acuerdo con las nuevas tendencias de la maternidad surgidas desde el siglo XVIII, y bajo la óptica y la comprensión del inconsciente, reconoce que en la maternidad existen “las buenas madres” y las “malas madres” (no expresadas desde el moralismo). En la mujer madre, su deseo de posesión del falo se ve cumplido en el momento de tener un hijo, pero la responsabilidad del equilibrio psíquico de su hijo solo es posible si ella mantiene un equilibrio entre su narcicismo y su masoquismo, aceptando desde el masoquismo la abnegación y la entrega absoluta al cuidado de sus hijos, y controlando su tendencia narcisista que evite cumpla a cabalidad su cometido de buena madre. Para el psicoanálisis la mujer que acepta la falta del pene y maneja sus características pasivas, masoquistas y narcisistas en equilibrio es la madre que mejor desempeñara su función en bien del equilibrio psíquico y emocional de sus hijos.

Por el contrario la madre que no cumpla con estas características y siga prevaleciendo en ella su deseo de pene aun después de convertida en madre, son las madres

---

<sup>4</sup> Badinter (1991) p. 258

que mas ponen en peligro el equilibrio psíquico de sus hijos, pues no aceptan su tarea con la abnegación y entrega necesarias. El yo de la madre y su amor por este se ve menoscabado, pues la buena madre es la que deja de lado sus deseos por satisfacer los de sus hijos. Cuando el yo de la madre quiere expresarse surgen las tendencias egoístas en las cuales su yo quiere triunfar mas allá de las tareas de la maternidad. La responsabilidad de la madre desde el psicoanálisis se resume en la integridad psicológica de sus hijos, esta importante responsabilidad, va más allá del bienestar físico del niño pues de una crianza con una “buena madre” surgirá un adulto psíquicamente equilibrado.

### ***1.6.2 Las Transformaciones del Siglo XX.***

El siglo XX, fue un siglo que trajo el discurso y la opinión femenina tras una serie de revoluciones que hicieron escuchar a la mujer y sus derechos para decidir y emanciparse del yugo paternalista.

Estados Unidos a lo largo del siglo XX tuvo un marcado protagonismo y participación en las transformaciones del mundo occidental. En 1960 surgió en Estados Unidos una revolución feminista donde las mujeres expresan sus opiniones, demostrando que eran posibles prácticas de inclusión donde la mujer fuera protagonista. Como lo expresa Goyes 2012: “Los dos primeros decenios del nuevo siglo hacen común la expresión de una feminidad emancipada que obliga a tener en cuenta los deseos de libertad e individualidad de las mujeres” (P. 40).

La educación superior se abrió a las mujeres y los debates intelectuales se fortalecieron cada vez más. Las mujeres buscaban una posición reconocida que estuviera al mismo nivel de los hombres. El revolucionario discurso femenino se extiende en las



universidades, los sindicatos, los hospitales, etc. Demostrando las mujeres un activismo de independencia que ya no era campo exclusivo del género masculino.

Sobre la maternidad un cambio revolucionario ocurrió con el surgimiento de la píldora anticonceptiva, con esto la mujer tenía la autonomía sobre su cuerpo y sobre la decisión del número de hijos que iba a tener, cuando quería ser madre o si quería ser madre; ahora ya no quedaba atrapada en la maternidad cuando la naturaleza así lo dispusiera, la píldora le dio a la mujer la libertad de querer seguir el camino de la abnegación y entrega absoluta a los hijos o buscar en otros medios las formas de lograr sus objetivos de vida.

La mujer ingresa al mundo laboral, pero el reto además de su desarrollo profesional seguía permaneciendo en sus obligaciones maternas, si bien la mujer ingreso al mundo laboral, su labor de madre y mujer de hogar no fue suprimida, además de trabajar debía continuar ejerciendo sus roles tradicionales. Siguiendo esta idea Goyes (2012) plantea lo siguiente:

“El ingreso masivo de la mujer al mundo laboral, no obstante el control sobre el número de hijos, implicó mayores exigencias en relación con sus obligaciones maternas, las que fueron ampliamente difundidas por sociólogos, médicos, consejeros, etc. [...] Las estadísticas indican de manera fehaciente que cada día crece el número de mujeres trabajadoras debido a la insuficiencia de los salarios masculinos, duplicando, triplicando y complejizando el rol femenino como madre, esposa, trabajadora y ciudadana. (P. 41).

Con el ingreso de la mujer en el mundo laboral, el principal problema que afrontan las madres es el cuidado de sus hijos. Las madres deben recurrir a dejar sus hijos en guarderías, con familiares, niñera o alguna empleada domestica. Para la mujer se plantean nuevos retos, pues además de velar por el bienestar y la salud de su hijo amamantándolo, cuidándolo, atendiéndolo, también debe satisfacer sus necesidades psicológicas y emocionales. El siglo XX saca a la mujer del mundo privado y la posiciona en la vida productiva, pero esto acarrea que la mujer deba afrontar una serie de multitareas, pues el hogar y los hijos, siguen siendo su responsabilidad principal.

### **1.7 Maternidad en el siglo XXI: Una nueva perspectiva.**

Las lecciones heredadas del siglo XX, abrieron todas las posibilidades para las mujeres, la educación y el poder ya podían pensarse en mujeres, las mujeres ahora estaban en todos los campos de la sociedad como protagonistas y participantes activas. Para muchas mujeres la maternidad ya no constituye el único logro de sus vidas, ahora tener muchos hijos un hogar perfecto y hacer feliz al marido no son las prioridades de la mujer. El tiempo de la maternidad ahora es mucho mas tardío, las mujeres primero desean estudiar, tener logros profesionales, alcanzar una buena posición laboral y económica y luego de esto si el reloj biológico les alcanza tener hijos. Para algunas tener hijos ya no es una alternativa viable y no lo desean en sus vidas, para otras sigue siendo algo importante en el desarrollo femenino pero después de lograr sus objetivos de vida, para así sentirse con tranquilidad y satisfacción a la hora de desempeñar la tarea de la maternidad.

Como lo expresa la Psicóloga Patricia Ramírez, citando a las abuelas de antaño:

“Qué difícil lo tenéis ahora para triunfar”. Ya no basta con tener hijos imolutos, buenos estudiantes y educados. Triunfar hoy día para la mujer implica ser buena madre, una brillante profesional; conseguir tener un grupo de amigas; aprender a ser independiente a nivel emocional y económico; tener su parcela para leer, hacer ejercicio y practicar aficiones; entrar en una talla 10 el resto de su vida; tener al lado a un hombre que valore su esfuerzo, su trabajo, le quiera tal y como es, sea cariñoso y comprensivo, y sepa compaginar con usted las tareas domésticas y la educación de los hijos”<sup>5</sup>.

Ahora los caminos son varios. Ser una buena madre tradicional abnegada y entregada exclusivamente a la labor de la maternidad y el hogar. Ser una mujer multitarea, madre y profesional y tratar de compaginarlo todo en un equilibrio perfecto evitando la entropía y el caos. Ser una madre que solo tiene hijos por cumplir con la sociedad y demostrar “que es una mujer completa” pero sin ninguna intención de hacerse cargo de ellos con todos los sacrificios que esto implica. Ser una mujer que decide no tener hijos y que se siente perfectamente “completa” y realizada, priorizando su desarrollo personal y profesional. Ser una mujer que quiere ser madre a toda costa incluso recurriendo a métodos de fertilización in vitro u otros métodos, en los cuales no es necesario tener una figura paterna en la vida del niño, claro está haciendo esto de modo intencional, pues ella quiere ser la única persona en la vida de su hijo.

---

<sup>5</sup> Ramírez, P. (2015) “El Síndrome de la Mala Madre”.

Sobre el último punto, en el siglo XXI, La maternidad puede considerarse como una construcción imaginario-tecnológica, como lo expresa la autora Mercedes Expósito. Esta autora plantea que actualmente la humanidad se encuentra compuesta por entramados simbólicos culturales, pero hoy en día también tecnológicos. Plantea como la intervención de la biotecnología ha configurado una nueva forma de maternidad, basados en avances tecnológicos donde la natalidad es controlada, pero también ejecutada a gusto del cliente. Esto en casos de mujeres estériles o posmenopáusicas para las cuales hoy en día existen alternativas que satisfacen sus necesidades maternas, pero aun así la instrumentalización del cuerpo femenino sigue presente, pues los medios que usan las tecnologías de reproducción asistida son úteros de mujeres y óvulos donados. Como lo expresa la autora:

“A nivel simbólico, la biotecnología responde a aspiraciones fundamentales: puede permitir tanto la realización del ideal monogenético-patriarcal (los hijos solo son del padre) como la monogénesis femenina (los hijos son solo de la madre); aspiraciones ambas que también responden al deseo de perpetuarse a sí mismo, a un impulso autoerótico o a una sexualidad sin dimorfismo sexual”<sup>6</sup>.

Con esto se demuestra que el avance tecnológico está sustituyendo la maternidad como la conocemos, o al menos la procreación. Las nuevas tecnologías de reproducción tienen la solución sobre el tiempo y espacio en que se quieren los hijos o como se quieren. ¿Entonces si el desarrollo tecnológico sustituye el rol tradicional mujer=madre, ¿Cuáles serán las representaciones simbólicas de la mujer y lo femenino en la actualidad?

---

<sup>6</sup> Expósito, M (2004) “La Maternidad en el Siglo XXI: una construcción imaginario tecnológica”. (p. 190)

## **1.8 Historia de la Maternidad en Colombia.**

Es importante para este trabajo, finalizar el recorrido histórico por las representaciones de la maternidad en occidente, haciendo un breve recuento de lo que conocemos de la historia de la maternidad en nuestro país, y como esta es representada y comprendida en nuestro contexto cultural. Para iniciar debemos remitirnos a la época de la conquista. En la época de la colonización Hispánica, los ideales y formas culturales mantenidos por las culturas indígenas fueron reemplazados por las costumbres sociales, culturales y morales de los conquistadores. Las costumbres españolas fueron impuestas y la religión cristiana se impuso como la única aceptable en esta región. Las mujeres y los hombres debían aprender obligatoriamente las costumbres y *modus vivendi* de los españoles, por lo que obligan a los indios a casarse, y a las mujeres les indicaban su misión y las formas de relacionarse con el género masculino. La imposición de las leyes Europeas y su moral se posiciona como ley universal, regidos por el poder divino, por lo que las costumbres sostenidas por los indígenas son consideradas indignas, inmorales y por ende pecadoras.

Para las mujeres indígenas y afro descendientes no resulto tan fácil adaptarse a las costumbres coloniales mantenidas por las mujeres europeas, pues eran mujeres libres y trabajadoras sin miedo a su desnudez sin pudores ni tabúes con su sexualidad y su cuerpo. Algunas mujeres de clases bajas no encontraban otra alternativa que labores propias del servicio domestico, como nodrizas, vendedoras de plaza de mercado etc.<sup>7</sup> Desde la época de la colonia hasta la independencia las mujeres estuvieron silenciadas y sometidas.

---

<sup>7</sup> Goyes, I (2012) "Mujer, Maternidad y Trabajo en Colombia".

De estas impuestas tradiciones se comprenden las formas y costumbres de las mujeres colombianas, Como lo plantea Goyes (2012): “De allí que la mujer colombiana acepte como su única identidad la maternidad, como la manera natural de ser en el mundo. Y si se afirma que este simbolismo tiene fuerte arraigo patriarcal, es porque la maternidad arrastra también, entre nosotros, dos roles adicionales: el de ser esposa y el de reducirse a la vida doméstica”<sup>8</sup>

En la Colombia independiente se siguen manteniendo las tradiciones y costumbres heredadas de los españoles y los roles y funciones de las mujeres siguen siendo las mismas, relegadas al hogar y entregadas con orgullo y abnegación a la maternidad. En el mundo laboral las únicas labores que legalmente podía desempeñar una mujer eran las relacionadas a sus roles de esposa y madre como: parteras, posaderas o nodrizas.<sup>9</sup> La maternidad es el fruto del matrimonio y las mujeres se entregan a ella con devoción; la mujer que no acepte esta misión con gratitud será degradada, marginada y rechazada por la sociedad. “El único destino aceptable y decente las constituían la vida religiosa, el magisterio o la enfermería, en las cuales se afirma, que era posible la realización de los connaturales instintos maternos”<sup>10</sup>.

Así como en Europa la mujer en Colombia tenía su lugar en el mundo privado del hogar, y por su destino biológico y natural estaba destinada a la procreación y a la maternidad. Esto concuerda con lo que plantea Goyes: “La biología y la anatomía femeninas aptas para la procreación se convierten en la mejor justificación del único destino aceptable para las mujeres: el ser madres. El hogar como espacio natural de la

---

<sup>8</sup> *Ibíd*em (p. 44)

<sup>9</sup> *Ibíd*em.

<sup>10</sup> *Ibíd*em. (p.46)

maternidad implica, al mismo tiempo, el alejamiento de la mujer del saber, del poder y del ser”<sup>11</sup>.

El cambio de la mentalidad de la mujer en Colombia empieza a manifestarse con pasos cortos a partir de las décadas de 1960-1970, con el ingreso de las mujeres a la educación superior, el control natal (disminuía el número de hijos por familia). Inician las movilizaciones sociales, y el feminismo de la segunda ola llega a las mujeres colombianas, ubicándolas activamente dentro de la política del país. Se pone en jaque el tradicionalismo cristiano y la cultura patriarcal, ahora la mujer no está sumida a aceptar como único destino la familia, el matrimonio y la maternidad. El hombre y la mujer ya tenían los mismos derechos jurídicos.

La mujer está abierta a todos los espacios de la sociedad y tiene participación activa en la vida política, académica y en todos los sectores productivos. El Estado no discrimina a la mujer y crea leyes que brindan una especial protección para el embarazo y la maternidad. La globalización impacta a Colombia y en los nuevos cambios sociales la mujer colombiana experimenta un cambio social y cultural en su identidad femenina ya no solo reducida a la maternidad.

Para finalizar este breve recorrido histórico por la maternidad en Colombia, cito lo expresado por Goyes 2012:

“Los distintos medios de planificación familiar han contribuido de manera decisiva a romper el fatalismo biológico materno de la mujer. Sin embargo, se debe proceder a trastocar los roles heredados, a tal punto, que la maternidad se

---

<sup>11</sup> *Ibíd*em (p.46)

convierta en un proyecto intencional, reflexivo y autónomo, donde se recupere para la mujer el privilegio de dar vida, un proyecto de maternidad que incluya a la madre. Esta nueva visión de la maternidad implica, así mismo, renunciar a los antiguos comportamientos y privilegios propios de la maternidad patriarcal, tales como el amor obsesivo por los hijos, las actitudes conscientes e inconscientes de víctimas, el chantaje afectivo”<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> *Ibíd*em (p.50)



## CAPITULO II: MUJER Y MATERNIDAD EN PSICOANALISIS, UN RECORRIDO A TRAVES DEL INCONSCIENTE FEMENINO.

*“La maternidad no es puramente natural, ni exclusivamente cultural; compromete tanto lo corporal como lo psíquico, consciente e inconsciente; participa de los registros real, imaginario y simbólico”<sup>1</sup>.*

En el segundo capítulo de esta monografía, se realiza un recorrido a través del inconsciente femenino, para lograr comprender a través de la teoría, las etapas y cambios que atraviesa una mujer en su desarrollo psicosexual y como esto marca su deseo de maternidad.

Durante este capítulo realizaremos un recorrido por los textos más relevantes de Freud respecto al complejo de Edipo y la importancia crucial que tiene para el desarrollo psicológico de hombres y mujeres en la adultez. El objetivo del presente trabajo es establecer la relación que existe entre maternidad y narcisismo y el camino para llegar a esta respuesta empieza analizando el concepto central y fundamental del psicoanálisis, en el que el hijo y la madre son los protagonistas de la historia que erige todos los procesos inconscientes de la vida anímica. Analizando el complejo de Edipo se entenderá la importancia que tiene para el desarrollo del sujeto psicológico esas relaciones con los padres durante la infancia.

Durante este capítulo también se realizara una breve mención a algunos aspectos de la sexualidad femenina, como la envidia del pene, el superyó y el masoquismo, los cuales plantearan interesantes explicaciones frente al inconsciente femenino, y posteriormente a la comprensión de la maternidad. Asimismo, se hablara de la simbología de lo maternal, y la importancia que tiene en la vida anímica de las mujeres la maternidad, y las representaciones simbólicas que se erigen en torno a esta función, característica del ideal del yo de las mujeres.

---

<sup>1</sup> Tubert, S (1996) “Figuras de la Madre”.(p. 13)

## 2.1 EL COMPLEJO DE EDIPO.

**E**l concepto que erige el psicoanálisis es el complejo de Edipo, momento crucial en el desarrollo psicosexual y afectivo de niños y niñas. El centro del complejo de Edipo está en el intercambio de deseo y pulsiones entre la madre y su hijo o hija. Desde el nacimiento la madre y su hijo experimentan un contacto físico y emocional que los vuelca a una relación de unión con un componente de amor y ternura sustentando en las pulsiones sexuales que lo acompañan; en la madre poseer a su hijo y darle amor es una plena satisfacción, y para el hijo recibir toda esa carga pulsional se convierte en su primer ejemplo de amor, pues es la madre la primera en transmitirle esas iniciales sensaciones corporales placenteras que convierten al niño en un sujeto sexuado, y lo introducen a la cultura, pues ese primer contacto que introduce al niño al mundo es esa relación primaria que establece con su madre o quien haga las veces de la figura materna para el niño o niña.

La importancia de la relación primaria en la vida humana es fundamental, tanto en el reino animal como en la raza humana, el nacimiento y la relación con la persona que otorga la vida abarca un sinnúmero de significados que pueden ser positivos o negativos en la vida anímica futura pero que sea con una buena o no tan buena resolución configura gran parte de nuestras formaciones psíquicas. Los sentimientos y emociones de amor, odio, rivalidad, envidia experimentadas con la figura materna pueden definir la forma de relacionarnos con los otros y con nosotros mismos, de allí la importancia de analizar la relación de los hijos con la figura materna y la importancia de comprender el complejo de Edipo como una etapa fundamental y definitiva para los niños y niñas.

Durante los primeros años del desarrollo infantil, la relación de amor y deseo que el niño establece es con su figura materna con la cual experimenta sensaciones de placer y con

quien su libido se activa en primera instancia, existe un intercambio de pulsiones entre ambas partes aunque simbólicamente no representan lo mismo en la madre que en el niño. El complejo de Edipo es una etapa que surge alrededor de los 4 años de edad. Es una crisis en la que el niño empieza a comprender que ese amor libidinoso que siente por su madre pone en juego su tesoro máspreciado que es el falo, en el caso de la niña surge un sentimiento de frustración y dolor al experimentar que ella no posee el falo. Para ambos surge una confrontación que pone en jaque la sexualización entregada a sus figuras de amor primarias. Se incorpora la figura paterna como el símbolo portador de la ley y la fuerza a quien hay que obedecer y quien cumple la función de separar esa unión simbiótica entre madre e hijo, aunque previa a la entrada del padre es la madre quien establece un primer proceso de castración en el hijo. Ante la llegada del padre surge la renuncia y la derrota en el niño que se transforma en identificación con la figura paterna. De una adecuada resolución del complejo de Edipo quedan como buenos frutos cosechados el Superyó y una identidad sexual definida.

Para profundizar en la comprensión del complejo de Edipo se realizara un recorrido por la comprensión del complejo de Edipo del varón y posteriormente una comprensión del complejo de Edipo en la niña, pues cada sexo experimenta esta etapa de diferentes formas.

### ***2.1.1 El Complejo de Edipo en el Varón.***

El inicio de las complejas relaciones humanas inicia con la relación primaria establecida con los genitores o la persona o personas que hagan las veces de cumplir esta función. En el varón esos primeros intercambios de amor, deseo, y energía libidinal inician dirigidos hacia su figura materna. Durante todo el desarrollo psicosexual el niño experimenta diferentes fases, relacionadas con su cuerpo, y las distintas partes de este. Como lo plantea

J.D Nasio (2007)<sup>2</sup>, alrededor de los tres o cuatro años, los niños varones focalizan su placer con el pene, pues lo exploran, juegan con él y empieza a erigirse alrededor de este órgano una serie de sensaciones erógenas, lo que hace que el pene sea vivido como un órgano, como un objeto a nivel imaginario y simbólico.

Durante las etapas del desarrollo psicosexual, el niño experimenta placer con distintas zonas de su cuerpo, en la fase oral, la zona erógena principal es la boca, durante esta etapa el placer viene de la interacción con la boca del niño y el pecho, y el placer de recibir la leche materna, durante esta etapa los niños inician la exploración de los objetos del mundo a través de la boca. En la etapa anal, el lugar de placer es el ano, experimentando placer en la expulsión de heces, en la limpieza del área, y en la retención de las heces, el contacto y exploración del ano centra la energía libidinal en esta zona durante esta etapa. Al pasar estas etapas y donde la actividad oral, anal y muscular, ya se han explorado, inicia la etapa fálica donde coincide el complejo de Edipo. El centro a donde se reúnen todas las relaciones placenteras es el pene, ya no es solo la boca, el ano o el cuerpo, ya todo se dirige al pene, por ese este ocupa el centro de atención del niño, la excitación ya no es aislada sino que se concentra en la zona genital.

El objeto más amado por el niño es su pene, este se vuelve la causa de todo su interés, pero también suscita temores ante la pérdida de este. Como lo expresa Nasio (2007), “La fuerza imaginaria del pene, es tal que el niño lo convierte en su objeto narcisístico maspreciado, en lo que más valora y se siente orgulloso de poseer”<sup>3</sup>. La elevación y admiración por el órgano viril aumentan los miedos y riesgos de perderlo por la vulnerabilidad ante las diversas amenazas del ambiente. El pene fantaseado, es el denominado “Falo” en

---

<sup>2</sup> J.D Nasio. “El Edipo: El concepto crucial del psicoanálisis” (2007).

<sup>3</sup> J.D Nasio (2007) P. 26.

psicoanálisis, palabra que representa a nivel simbólico e imaginario las fantasías de universalidad y superioridad del órgano peniano.

En la fase fálica del desarrollo psicosexual infantil, tanto los niños como las niñas, creen que todos poseen un potente Falo, y experimentan una omnipotencia y sensación de superioridad infinita por poseerlo. La universalidad del Falo es un hecho tanto para los niños como para las niñas, se representan una fantasía en la que todo el mundo posee la fuerza del falo, y suponen tienen las mismas sensaciones que ellos. Pero en el varón, la sensación de posible pérdida de su órgano preciado es inminente, pues ya ha experimentado la pérdida en etapas anteriores de su desarrollo psicosexual, por ejemplo en la etapa oral, ya ha perdido el pecho materno, en la etapa anal, ha entendido que las heces salen de su cuerpo y no las puede retener. Ante la omnipotencia y el placer viene la angustia de pérdida de su Falo.

#### *La Angustia de Castración en el Varón.*

El placer del cuerpo en el niño varón, alrededor de los 4 años se concentra en su pene en la etapa fálica de su desarrollo psicosexual. Esta energía libidinal del niño va dirigida a sus padres, el objeto del deseo ahora es el cuerpo de sus padres y la posibilidad de experimentar con el cuerpo de estos diferentes placeres erógenos.<sup>4</sup> Estos deseos son expresión de una relación incestuosa que se quiere llevar a cabo con los seres amados, su busca encontrar el goce con uno de los genitores. Ese goce imaginario, es un mito, que el psicoanálisis tomó prestado de la historia del complejo de Edipo, donde el joven Edipo sin saberlo mata a su padre, se corona como Rey y se casa con su madre. En la historia del niño de 4 años, está la fantasía de experimentar el goce con su madre, pero aparece el obstáculo de la Ley que es su Padre, y no le permite realizar su cometido imaginario. Al querer experimentar el goce

---

<sup>4</sup> Ibíd.

mediante el deseo incestuoso, el niño quiere volver a esa fusión vivida con la madre durante el proceso de gestación en el útero. El niño busca la posesión del cuerpo del Otro<sup>5</sup>.



Quino. Viñeta de Mafalda.

En esta fantasía atravesada durante el complejo de Edipo, el niño de forma inconsciente, satisface de manera imaginaria ese deseo incestuoso de poseer a la madre, o a quien haga las veces de esta. Con estas fantasías se apacigua de forma real el deseo incestuoso, que puede manifestarse a través de sentimientos, conductas o palabras. Estas conductas son manifiestas con la actitud del niño de necesidad de apego a la madre acaparándola para tenerla solo para sí. Dentro de este entramado de fantasías que mantiene el niño, además de la de poseer a la madre, está la de suprimir al padre, quien es su rival principal, y el obstáculo que interfiere en el objetivo de alcanzar y poseer a la madre, el niño fantasea con la ausencia del padre, para el pasar a ocupar su lugar en el hogar y con la madre.

Estas fantasías de placer incestuoso hacia la madre y de rivalidad hacia el padre son esencialmente lo que ocurre en el inconsciente infantil durante esta etapa, pero la resolución

<sup>5</sup> *Ibíd.*

de esta ocurre cuando interviene el conflicto del complejo de Edipo, el punto de inflexión que es la angustia de castración. En esta angustia el niño experimenta temor por la pérdida de su Fallo en consecuencia y como castigo de los deseos incestuosos y sexualización dirigidos hacia sus padres. El niño fantasea que será castigado con la mutilación de su pene, lo que le genera una angustia inconsciente; sus deseos incestuosos le suscitan una angustia ante la pérdida de su adorado y omnipotente Fallo.

La gran revelación ocurrida durante la etapa del complejo de Edipo es el descubrimiento de que la mujer está desposeída de un Pene-Fallo. En la etapa fálica el Pene-Fallo es omnipotente, omnipresente y universal, es el centro de todo y de todos y el niño imagina que todos los seres del mundo poseen uno como el que él posee. Cuando el niño observa el cuerpo desnudo de una niña o de su propia madre, observa que sorprendentemente ellas no tienen un pene, y surge de modo inconsciente la idea en la cual el niño supone que la mujer tenía un pene, pero que este le fue castrado, mutilado, arrebatado, como castigo a sus deseos incestuosos hacia la madre. El niño comprende que hay una nefasta y devastadora consecuencia ante sus deseos, la pérdida de su adorado Pene-Fallo.

En consecuencia a la fantasía y los deseos de poseer a la madre interviene el tercero y protagonista final y definitivo para completar la triada Edípica, El Padre. Agente de la Ley, policía de la prohibición, el temido Padre es el ejecutor de la temida castración, es quien impone la ley en el niño, la amenaza del niño recae en su amado Pene-Fallo, y tiene que decidir entre el deseo a su madre o su Pene-Fallo, el niño opta por elegir su pene y se despidió de la sexualización hacia su madre. El padre con su función de interdictor, frena al niño en su posesión a ella, pero también detiene a la madre aclarándole que el niño no volverá a su pecho pues este no le pertenece, el Padre tiene una función crucial y definitiva en esta etapa pues separa al niño de la madre, pero también a la madre del niño. En palabras de Nasio (2007):

“El agente de la amenaza es el padre que prohíbe, y le recuerda al niño la Ley de interdicción del incesto: “¡No puedes poseer a tu madre ni hacerle un hijo!”. También se dirige a la madre y le dice:” “¡Tú no puedes hacer volver a tu hijo a tu seno!”<sup>6</sup>

### *La Resolución del Complejo de Edipo en el Varón, y sus Resultados Para la Vida Adulta.*

Como resultado de la angustia de castración, el niño asume la renuncia y termina con la sexualización dirigida hacia sus padres en pro de conservar su Pene-Falo, esto marca el final del complejo de Edipo. Renuncia a los deseos hacia la madre, sumisión de la Ley de la prohibición del incesto, con esto el niño culmina el Edipo e inicia su vida amorosa y sexual con seres fuera de su núcleo familiar, ahora dirige su libido y deseo a otros objetos deseables. Con la represión de esos deseos, fantasías y angustia, es enterrado el complejo de Edipo.

Los herederos del complejo de Edipo y sus resultados para la vida adulta son el Superyó y la identidad sexual. El nacimiento de la formación psíquica del Superyó, como lo expresa Nasio (2007): “el Superyó se instituye gracias a un gesto psíquico sorprendente: el niño varón aparta de sí a los padres entendidos como objetos sexuales y los conserva como objetos de identificación”<sup>7</sup>. Al no poder poseerlos los incorpora y los apropia como objetos de su propio yo, buscando de forma inconsciente ser como ellos, en sus ideales, ambiciones, etc. El Superyó es la incorporación de las prohibiciones parentales ahora asumidas por el niño como suyas también. Se hace una transición del deseo y la sexualización incestuosa, a la

---

<sup>6</sup> Ibíd. (P. 40).

<sup>7</sup> Ibíd. (P.46).



moral, función que ejerce el superyó mediante la vergüenza, la necesidad de intimidad, la moral etc.

La identidad sexual, es el segundo fruto conseguido con la culminación del complejo de Edipo. Previo al complejo de Edipo no existe para el niño una definición específica de los sexos, durante su etapa fálica supone que todos los seres humanos son poseedores de un Pene-Falo, durante el complejo de Edipo, todas las sensaciones y atracciones hacia el progenitor del sexo opuesto y la rivalidad y el temor al progenitor del mismo sexo inician el camino del niño hacia el descubrimiento de su identidad sexual. Durante la angustia de castración el niño descubre que su madre, hermanita o amigas no tienen un Pene como el suyo, supone que están castradas. Pero con el paso y culminación de todas las etapas del desarrollo psicosexual el niño llega a la pubertad y allí descubre las diferencias fisiológicas y genitales que hay entre hombres y mujeres y va erigiendo el camino hacia su identidad sexual definitiva, descubriendo que existe la masculinidad y la feminidad características de cada sexo.

### ***2.1.2 El Complejo de Edipo en la Niña.***

En la mujer, el proceso del complejo de Edipo resulta en mucho, diferente al del varón, debido al descubrimiento de la diferencia anatómica entre los sexos, el surgimiento de la falta, y las heridas narcisistas generadas durante esta etapa; lo que genera en la mujer resultados y consecuencias distintas en su organización psíquica.

Durante el tiempo preedípico, la niña, al igual que el varón tiene un vínculo de amor y deseo hacia su madre, la niña también desea poseer a su madre, pues esta es su referente de amor primario. Como lo menciona Freud, esta fase preedípica en la niña, es necesaria la sexualización a la madre como una etapa preparatoria para llegar a la sexualización del padre. La niña pasa por la sexualización a ambos padres, en la fase preedípica todos los deseos giran

en torno a la madre, durante la fase edípica los deseos van dirigidos hacia el padre. La etapa preedípica constituye una etapa fundamental en la relación de una niña con su madre, pues el inicio del deseo, la pérdida, y la renuncia, es establecido por una relación de amor y admiración que luego se convierte en “odio y decepción”, que al final como en el varón termina en identificación e incorporación de la madre en su propia persona.

El proceso del complejo de Edipo resulta más largo y complejo y la mujer, pues atraviesa por 4 etapas que marcan esta fase y su resolución. Estas fases en la mujer siguiendo las explicaciones de Nasio son: El tiempo preedípico, el tiempo de la herida narcisista, el tiempo del Edipo, y la resolución del complejo de Edipo. Se explicara cada una de estas etapas para obtener una comprensión global de las dimensiones, simbólicas imaginarias y reales que influyen de forma determinante en el desarrollo psíquico de las mujeres.

#### *El tiempo preedípico, Deseo hacia la madre.*

Durante la fase preedípica en la niña, así como el varón, el deseo va dirigido hacia su figura de amor primaria, es decir la madre o quien ejerza la función. La niña siente una omnipotencia fálica que le otorga poder, también siente que posee un falo y este participa de forma activa en su deseo. En la niña también inicia una catectización concentrada en su zona genital. Como en el varón se siente omnipotente y orgullosa. En palabras de Nasio: “La pequeña durante este periodo está animada por el deseo incestuoso de poseer a la madre, el júbilo de tenerla para sí, adopta una posición netamente semejante a la del varón”<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Ibíd. (p.56)

*El tiempo de la herida narcisista: la privación del falo.*

En esta fase la niña descubre la diferencia genital entre el varón y ella, percibe visualmente que el niño tiene un pene y ella no. La niña se pregunta porque él tiene un apéndice que ella no posee, para la niña hasta ese momento su placer clitoriano genital la hacían sentir que poseía un falo al igual que el varón. Pero al observar esta diferencia genital la niña comprende que a ella algo le falta, que el varón tiene algo que ella no tiene.

La niña se siente desposeída y decepcionada, no posee la fuerza del varón, no posee el falo. La ilusión de fuerza y poder de la niña se derrumba, demostrándole que la fuerza omnipotente del Falo la posee Otro, y que esta no está bajo su alcance; se produce una desgarradora herida narcisista. Esta herida se transforma en lo que el psicoanálisis denomina como “envidia del pene”, esa envidia de la niña hacia el varón por poseer el falo, la niña desea el poder del Falo, ansia poseer un “poder superior”, como el del varón con el Falo, en esta lucha imaginaria la niña se posiciona al igual que el varón, queriendo recuperar el poder que le ha sido arrebatado y sustraído de su cuerpo. Como lo expresa Nasio: “la niña sufre el dolor de haber sido privada del precioso Falo, “fantasía de privación” o más exactamente, “fantasía de dolor de privación. La niña vive el dolor de haber perdido”<sup>9</sup>

La niña a diferencia del varón no teme ser castrada, la niña no es motivada por perder algo, pues ya sabe que no lo posee, la niña esta guida por su herida, por su dolor de privación de poseer algo “superior” e importante. La niña siente un dolor, siente que ha sido vilmente engañada, y culpa a su madre de no ser capaz de darle un Falo, pero la niña también se percata de que la madre tampoco lo posee, que al igual que ella esta castrada, la niña se da cuenta de que la madre está igual de despojada que ella, y la culpa y la rechaza por esa situación.

---

<sup>9</sup> Ibíd. (p.57)

La niña se separa de la madre, y se siente una víctima, siente que la humillación por la falta del Falo recae directamente en su propio narcisismo. En el varón su objeto narcisista es su pene-falo, pero en la niña la imagen amada de sí misma es su objeto narcisista. La niña le reclama a su madre por el daño que ha sufrido, la culpa, la repudia y la rechaza, se aleja de ella en busca del Falo.

La niña con su herida narcisista va en busca de su padre para pedirle que la cure, que la rescate. La niña busca al padre pidiéndole que le de lo que su madre no pudo, el Falo, esto abre la puerta de entrada al Edipo en la niña, la búsqueda de insaciable consuelo en el padre con la esperanza de poseer el Falo. Como lo explica Nasio:

“En la niña, la necesidad de consuelo despierta un nuevo deseo, el de ser poseída por su padre. Se aparta de la madre, y para ser consolada, busca a su padre con la esperanza de ser poseída por él. En el caso del varón, el narcisismo del cuerpo detiene al Edipo; en el caso de la niña, el narcisismo de la imagen de sí misma abre la puerta al Edipo.”<sup>10</sup>

### *Inicio del Edipo en la niña: Deseo a su Padre*

La niña se dirige al padre, el poseedor del Falo y del poder por excelencia, buscando consuelo, pero también reclamando lo que cree le pertenece, la niña solicita al padre que le provea el Falo que tanto desea. La niña se identifica con el padre y desea ser tan fuerte y completa como él; el Padre, le niega el Falo, pues aunque él lo posee nunca podrá pertenecerle a ella porque ya le pertenece a la madre. Con esta otra herida narcisista generada por el padre, la niña acepta la realidad de que nunca podrá poseer el Falo, aunque en el fondo siempre deseara en su inconsciente poseerlo de algún modo.

---

<sup>10</sup> *Ibíd.* (p.59)

Ante la negativa del padre de darle el Falo, la niña toma la decisión de convertirse en el falo de su padre, convertirse en el objeto del deseo y del poder de su padre, la niña aclama y desea ser el objeto de su Padre. Ahora se da inicio al deseo incestuoso de la niña a ser poseída por su padre. Con la sexualización del padre la niña da inicio al complejo de Edipo. Con esta entrada al Edipo la niña idealiza al Padre, quiere poseerlo y ser poseída por él, aunque rivaliza con la madre por causa del padre, la niña empieza a entender y a referenciar a su madre como modelo de feminidad, y como mujer amada, la niña empieza a aprender de su madre y a identificarse con ella. La niña al igual que la madre desea a su Padre y espera darle un hijo como una ofrenda que simbolice su entrega incondicional, esto claramente a nivel imaginario en las fantasías de la niña con su Padre.

Aunque la niña rivalice con la madre, incorpora y aprende de ella el ideal femenino que encarna, el hacerse deseo y ser deseada la niña admira a su madre para aprender de ella como tener al padre, es una relación amor-odio, rivalidad-admiración. Como lo explica Nasio: “Toda madre es para su hija tanto un modelo ideal como una temible rival. Así se consume el primer movimiento de identificación de la niña con el deseo de su madre, el de ser la mujer del hombre amado y de darle un hijo”<sup>11</sup>.

### *Resolución del Complejo de Edipo en la Niña.*

En la niña el complejo de Edipo se resuelve con la segunda y definitiva negativa del padre, en esta negativa le manifiesta que ella nunca será su objeto de deseo. Ante esta negativa la niña no tiene otra opción si no la de incorporar la figura de su padre en sí misma. La niña al incorporar a su padre lo revivirá siempre en sus actitudes, deseos, y gestos. Si bien la figura del padre en la niña también es fuente de autoridad y separación, esta separación no

---

<sup>11</sup> *Ibíd.* (p.63)

solo a la madre si no también a la figura del Padre, como portador de la ley le niega a la niña sus fantasías del Falo.

La niña acepta la perdida y desexualiza al Padre, cancela la imagen sexualizada fantaseada de su padre, y pasa a identificarse con la figura del padre real<sup>12</sup>. La niña finaliza el complejo de Edipo, primero incorporando los rasgos femeninos de su madre, y después incorporando en su yo la figura de su Padre, identificándose con él, siendo como él. La niña se volverá mujer y buscara amor y placer en sus futuros compañeros. La niña finaliza su Edipo incorporando en su ser a sus dos padres, Según Nasio: “Las dos identificaciones constitutivas de la mujer (la identificación con la feminidad de la madre y la identificación con la virilidad del padre) fueron las dos negativas del padre: la de negarse a darle el Falo y la de negarse a tomarla como Falo”<sup>13</sup>.

La niña hecha mujer realiza su deseo siendo amada por un hombre, y concibiendo un hijo de este. La mujer sale del Edipo y desea a un hombre, busca ser amada y deseada por un hombre. El amor propio (narcicismo herido) y la búsqueda del amor en la mujer con su Edipo resuelto son los dos factores que demuestran que el amor se apodera de la condición femenina de toda mujer.

La mujer en su formación inconsciente, y en la superación del complejo de Edipo, adquiere identificaciones de sus padres, por una parte con su madre se identifica con el ideal de maternidad, y la necesidad de ser amada; y de su padre obtiene la ley, la moral y la fuerza, también en el deseo inconsciente del Edipo en ser el falo del padre y tener un hijo de este, deseo transformado en la superación del Edipo en tener un hijo del hombre amado.

---

<sup>12</sup> *Ibíd.*

<sup>13</sup> *Ibíd.* (p.64)

La mujer en el proceso del complejo de Edipo, descubre la falta constitutiva de todos los seres humanos, a más temprana edad en la niñez, la descubre y trata a toda costa de luchar por alcanzar una completud imposible, pero es precisamente esa falta esa incompletud la que motiva a la mujer a conquistar y alcanzar su identidad femenina, al comprender y aceptar la idea de la no posesión del Falo, la mujer se abre a otras conquistas propias de su condición, el amar, ser amada y engendrar un hijo como símbolo de perpetuación y representante simbólico del Falo. Si bien este hijo ya no es el hijo imaginario deseado del Padre, es el hijo que representa la condición de la mujer deseante.

Una mujer deseante, mediante la representación del Falo, por medio del pene del hombre amado, el Falo representado en el amor construido con ese hombre, y el Falo representado en el hijo como resultado de la relación con el hombre amado. Estas representaciones del Falo, en la mujer después de superado el Edipo son los que mantienen su equilibrio psíquico



Foto: Ross Gorman e Hija. 1920.

## 2.2 LA RELACIÓN PRIMARIA: MADRE-HIJO.

Es la relación de amor, deseo, y aprendizaje que establece todo ser humano al nacer, con su madre o con quien cumpla esta función. El bebé, inicia su desarrollo siendo un ser completamente dependiente de su madre, a nivel físico su cuerpo no posee la capacidad para valerse por sí mismo y necesita asistencia constante, es un ser completamente dependiente. A modo natural esta dependencia protege al niño de los peligros del mundo y lo ubica en una zona de seguridad y tranquilidad. Desde la perspectiva del pequeño en su mundo es un ser omnipotente al que le cumplen sus deseos y necesidades.

Pero en este vínculo ambos participantes reciben una gratificación narcisista, el niño con su omnipotencia y la madre como salvadora y abastecedora de esas necesidades, está el necesitado (bebé) y la proveedora (madre) ambos se gratifican con esta situación de sujeción mutua en la que se complementan mutuamente. En este universo madre-hijo, el hijo goza, pues tiene la garantía de que sus necesidades serán satisfechas, y la madre goza en la unión de amor con su hijo.

La madre brinda seguridad al hijo, lo mantiene en un ambiente seguro y confortable. Esta diada primaria esencial en el desarrollo infantil, da inicio al deseo, a la identificación, a la relación con el Otro, etc. Como lo expresa Fernández: “Ya se trate de un bebé varón, o de un bebé hembra, su identidad primera se construye en los intercambios precoces con la madre”<sup>14</sup>. Esta relación primaria es una relación de objeto bidireccional, tanto para la madre como para el bebé. Según Freud, en el niño ese hallazgo de objeto se da con la satisfacción nutricia que produce el pecho materno. La pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo

---

<sup>14</sup> Fernández, E (2004). “Investigaciones sobre las relaciones madre-hijo”. Revista Centro Psicoanalítico de Madrid. Ed. Núm. 5.



propio: el pecho materno<sup>15</sup>. El hecho de mamar del seno de la madre constituye una muestra de amor, pulsión sexual, y un primer encuentro con el objeto, con el Otro.

La madre también toma a su niño como objeto, como un sustituto simbólico del Falo, como un reemplazo del objeto amado. Esto inicia el deseo y el intercambio de pulsiones sexuales que inician al niño en el sentir de las pulsiones que lo vuelve un ser sexuado. En palabras de Freud:

“El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona —por regla general, la madre— dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho”<sup>16</sup>

Este intercambio de pulsiones entre madre e hijo, permiten que ambos se satisfagan narcisísticamente, representa una gratificación para ambos. Este intercambio de deseo y amor, ayuda al niño a sentirse un ser deseado y amado lo que permite que el niño inicie su relación con el Otro y con el mundo.

Volvamos a la importancia de la función nutricia en esa relación primaria entre madre e hijo. Para ello tomaremos como referente los postulados de Melanie Klein al respecto. La satisfacción del niño al alimentarse del pecho materno le genera saciedad a su necesidad básica de hambre, y establece una relación con la madre alrededor del objeto pecho. Como lo explica Klein:

---

<sup>15</sup> Freud, S (1905) “Tres Ensayos de teoría sexual”.

<sup>16</sup> *Ibíd.* (p.203).

“La primera satisfacción que el niño tiene proviene del mundo externo y consiste en ser alimentado. El análisis ha demostrado que sólo una parte de la satisfacción deriva del hecho de aliviar su hambre; otra parte, no menos importante, proviene del placer que experimenta el bebé cuando su boca es estimulada al succionar el pecho de su madre. Este aspecto es una parte esencial de la sexualidad del niño. También se experimenta placer cuando el flujo tibio de la leche desciende por la garganta y llena el estómago”<sup>17</sup>.

El niño además de experimentar el placer de chupar y alimentarse, también empieza a experimentar lo que es el displacer, pues ese deseado seno no está siempre a su disponibilidad pues no le pertenece. El niño experimenta sensaciones de placer-displacer al perder el pecho y volverlo a recuperar. Según Klein, en la mente aun inmadura del bebe, la privación del placer hace que el niño perciba al pecho como algo bueno o algo malo. Según Klein el niño empieza a introyectar el mundo exterior empezando por el pecho materno. En el imaginario del bebe, el pecho y el constituyen un solo universo inseparable, pero a medida que va experimentando el displacer, entiende que el pecho es un agente externo y pertenece a su madre, aquí ya la empieza a conocer como un ser separado de él, y empieza un intercambio de amor y deseo con la madre.

Esta relación diádica primaria importante para el desarrollo social y emocional del niño, en principio por los factores naturales de dependencia física hacen necesaria la dependencia del hijo de la madre, y a nivel inconsciente esta dependencia se va transformando en amor y deseo. La madre quiere un Falo simbólico y el hijo se presta dichoso a serlo. La madre disfruta que dependan de ella, de que alguien la necesite, de que sea imprescindible para su hijo, y el hijo disfruta de la atención, cariño y cuidados, el hijo disfruta siendo omnipotente y la madre disfruta complaciéndole. Ambos se complementan y

---

<sup>17</sup> Klein, M (1936) “El Destete”.

forman una relación simbiótica, el niño seduce a la madre y la madre complace a su hijo. Ambos se benefician de esta situación.

Para el hijo la madre es el objeto de su deseo, para la madre el hijo es su representante del Fallo. La mujer desde la infancia ha experimentado la vivencia de la falta, en los avatares de su desarrollo psicosexual y emocional la mujer desea el Fallo y lucha por tenerlo o serlo. La mujer sigue en busca de este Fallo y lo encuentra en el amor y del resultado de ese amor el hijo concebido, estos son los principales Fallos en la vida de una mujer. Tiene el fallo hijo, pero también el fallo del amor de un hombre. Esto la hace una mujer deseante de un hombre. Este hombre es el padre que en principio no forma parte importante en la relación diádica primaria entre la madre y el hijo, pero que entra en escena con un papel imprescindible como interdictor y separador, recordándole a la madre que él es quien satisface su deseo, y diciéndole al hijo que él es el encargado de satisfacer a la madre y que él como hijo no podrá poseerla.

Como explica clásicamente el psicoanálisis, para un adecuado desarrollo psíquico, debe existir una adecuada separación en la relación primaria establecida entre madre e hijo. Con los cambios culturales en relación a la maternidad, la tendencia de las madres era facilitar a su hijo todo lo que fuera necesario para garantizar su felicidad y ella de manera directa o indirecta llevarse una cuota de gratificación narcisista por realizar “bien” ese “trabajo”. Aunque en algunas madres hay un apego excesivo a sus hijos, y a la idea de satisfacerlos constantemente, lo “ideal” para un buen desarrollo psíquico, sexual y afectivo en el hijo es realizar la correspondiente separación materna. Esta separación primordialmente ejercida por la figura del Padre y su representación de la Ley, también debe ser realizada mucho antes por la madre.

La mujer como ser deseante, debe desear más allá del amor a su hijo, y permitirle a este desarrollarse fuera de sus brazos. Este paso obliga al niño a conocer la frustración y la decepción, pero le permite conocer el mundo exterior, mediante la incorporación de los Otros a través de su propia experiencia. A partir de esta separación se crea una diferenciación, el niño y la madre ya no pertenecen al mismo universo, el niño empieza a construir y a conocer el mundo por sí mismo. La madre le provee el ambiente necesario para que este proceso se realice con seguridad, pero le permita al niño empezar a valerse por sus propios medios.

Esta separación hace que el niño conozca a su madre real más allá de la madre idealizada del universo del pecho materno. El destete es uno de las primeras formas de separación que se produce entre la madre y su hijo. Sea niño o niña, el destete provoca en el bebé una frustración y dolor por la pérdida del objeto más amado por el niño, el pecho materno. Ese pecho proveedor de placer y satisfacción es perdido, retirado por la madre. Este es el inicio del camino de la separación madre-hijo. El destete provoca amargura y hostilidad en el niño pues de alguna forma “está perdiendo a su madre” y el universo ideal que ambos construyeron juntos. El niño comprende que así como la madre le da le puede quitar, empieza a comprender que no todos sus deseos pueden ser cumplidos, pues la frustración y la pérdida también forman parte esencial en el desarrollo.

El niño comienza a construir su propia identidad, separado de la madre. Con el juego por ejemplo, el niño empieza a conocer su mundo exterior, pero con su madre ausente, pero esta garantizándole un medio ambiente seguro, el niño descubre el mundo exterior de los otros y lo empieza a incorporar a su propia identidad. Estas separaciones con la madre le inician en la relación con otras personas además de la madre. Con estas primeras separaciones iniciadas por la madre se inicia el camino del desarrollo psicosexual del niño y su posterior definición gracias a la triada establecida por la madre-el padre-el niño.

Así como es de importante la relación de amor entre madre e hijo, para introducir al niño en el deseo y las relaciones con los otros, es importante la intervención del padre para separar la relación simbiótica entre madre e hijo. El Padre, como lo expresa Lacan<sup>18</sup>, aparece bajo tres figuras: la simbólica, la real y la imaginaria. En un primer momento, en la relación primaria del niño y la madre aparece el *Padre Simbólico*, aun no encarnado y como una figura abstracta y distante, el niño por ahora lo ignora. Es la figura de la ley, el padre que procura por la prohibición del incesto. En un segundo momento aparece el *Padre Real*: “agente separador que hace las veces de disyuntor entre la madre y el hijo de prohibir que uno tome al otro como objeto de su deseo”<sup>19</sup>. Este es el padre rival del niño, el padre odiado por frustrar su fantasía de poseer a la madre; pero el padre que también le recuerda a la madre que es él quien satisface sus deseos y no el hijo. El Padre se posiciona como el hombre que la madre desea, el portador de la Ley y del Falo. El *Padre Imaginario* es el padre respetado, envidiado pero admirado por poseer el Falo, es el padre introyectado e imitado. Es el padre al que se le demanda el Falo, pero que ante la negativa es el padre con el que surge la identificación.

### 2.3 TIPOS IDEALES E IDENTIFICACIÓN

La identificación y los tipos ideales (ideal del yo – yo ideal), surgen como resultado de las interacciones con las figuras de amor primarias madre y padre. De estas interacciones surgen las primeras identificaciones, generalmente establecidas en los primeros meses de la vida del bebé con la figura materna. De las identificaciones de la infancia resultan el ideal del yo y el yo ideal, ambas relacionadas con la idealización de los padres. En la etapa preedipica

---

<sup>18</sup> Citado por Nasio, J.D (2007) “El Edipo: El concepto crucial del psicoanálisis”.

<sup>19</sup> *Ibíd.* (p.133)

tanto en el niño como en la niña se producen identificaciones con su figura de amor primaria, la madre. Estas identificaciones introducen al niño en el deseo y en el vínculo con los otros.

De las identificaciones surge la formación del yo del sujeto, pues con estas identificaciones el niño incorpora al otro (objetos de su deseo) a sus fantasías relacionales internas. Para Lacan<sup>20</sup>, el yo es concebido como un entramado de identificaciones, un sistema de identificaciones alienantes en las que se constituye el sujeto. De este sistema de identificaciones surge el YO del sujeto, que le permite a partir de esas primeras identificaciones con sus figuras de afecto iniciar su propia constitución psíquica, pero a través de las relaciones con el otro se conforma el sujeto, si no hay otro que le muestre el mundo, el lenguaje, el amor y el deseo, no habría sujeto, por lo anterior la importancia de la identificación en los primeros momentos de desarrollo del sujeto.

El proceso de identificación, inicia con la identificación primaria durante el tiempo preedípico en donde tanto para el niño como para la niña, la figura de omnipotencia y completud es la madre, y el niño realiza una primera identificación ideal con esta figura. En esos primeros años de vida, la identificación con el mundo se da a través de la madre. La identificación con la madre sitúa a ambos en una posición de mutuo deseo y energía libidinal. De esa identificación con la madre surge el deseo, el niño se vuelve un ser deseante. Si bien esta ligazón con la madre en principio aparece como una relación indiferenciada, a partir de esta surge la diferenciación entre el niño y el otro, el niño entiende que él y la madre no son la misma persona, comprende la diferenciación, e inicia la constitución de su yo, en principio a través del Otro primordial (la madre). Como lo plantea Winnicott<sup>21</sup>, con el acceso a la realidad del otro, el niño aprende a diferenciar su relación con la madre, que en principio es identificada e idealizada como un objeto interno, a una madre externa, que esta mas allá de

---

<sup>20</sup> Lacan, J. (1950) «Acerca de la causalidad psíquica»

<sup>21</sup> Winnicott, D.(1972): "El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones" en Realidad y juego.

sus propias representaciones internas, con esto inicia una construcción del sentido de realidad. Un sentido de la realidad independiente, que le permite interiorizar el mundo de forma autónoma.

Dentro del periodo preedipico, en la identificación primaria con la madre, el niño y la niña consideran a todos los seres del mundo como poseedores unánimes del falo. La madre al ser la fuente de identificación primaria, es la poseedora del Falo por excelencia. A modo de ejemplo se citara la postura de Nasio al respecto:

“Cuando la madre impone su autoridad, tiene el Falo; pero cuando el niño la siente toda suya, la madre es el Falo. Si mi madre se enfada conmigo, es fálica y todopoderosa; si por el contrario, rivalizo con mi amigo para determinar quien tiene la madre más bonita, mi madre es mi Falo máspreciado. Como vemos, una madre puede fantasearse como quien tiene el Falo y como el Falo mismo”,<sup>22</sup>.

Esa Inicial identificación del hijo con la madre surge a través del Falo, porque el niño cree que al igual que él, ella posee el falo, y se identifica con ella bajo la representación de una madre fálica y omnipotente. La madre es completamente Fálica, porque además de poseerlo, también es encarnada para el niño como el Falo mismo, como el Falo de su posesión, es la madre quien se lo dará y quien a la vez lo es. Bajo esta concepción imaginara, tanto los niños y niñas, consideran a la madre fálica como un ser todopoderoso al que aman como una figura ideal. Así como la aman, la desean y la quieren poseer, la madre es el Falo que deseen poseer.

Como se mencionó en el apartado sobre el complejo de Edipo, estas fantasías de madre fálica, se desvanecen en cuanto el niño y la niña se dan cuenta de que la madre no

---

<sup>22</sup> Nasio. J.D (2007): “El Edipo: El concepto crucial del psicoanálisis”

posee el Falo, allí surge el castración en el niño y la herida narcisista en la niña. Pero en ambos prevalecerá esa identificación primaria con la madre, a través del deseo.

En el caso del niño, surge la identificación con el padre, caracterizado como una figura de autoridad, el padre se convierte en la figura de amor, la figura a seguir y a imitar. El niño varón idealiza a su padre y lo posiciona como la figura a la cual quisiera parecerse. En palabras de Nasio: “el vínculo con la madre –objeto sexual- no es para el niño más que el apetito de un deseo, en tanto que el vínculo con el padre –objeto ideal- reposa en un sentimiento normal”<sup>23</sup>. Concluyendo en que el complejo significa un primer vínculo de identificación desde el amor y el deseo con la madre, para terminar en una identificación final de amor ideal con el padre.

En la niña en el tiempo preedipico, también hay una identificación con la madre a través del deseo. La niña la cree omnipotente y fálica, pero al darse cuenta que la madre no lo posee, surge una relación de hostilidad y desilusión, la niña rechaza a la madre. La niña en su incesante búsqueda del Falo, lo busca con su padre, ante la negativa del Padre, lo introyecta en su ser y lo incorpora, identificándose así con la figura de su padre ideal poseedor del Falo y la fuerza. Si la niña no puede ser ni poseer el Falo, optara por identificarse con la figura del padre poseedor del Falo. Pero además de la identificación con el padre vuelve una identificación con la madre y su feminidad. Los frutos de la identificación dejan como resultado una interiorización ideal de la sexualidad con los progenitores del mismo sexo, el niño se identifica con el Padre para descubrir la masculinidad (virilidad), y la niña de identifica con la madre para descubrir la feminidad (feminización).

De la idealización e identificación con los padres, surgen los tipos ideales: Yo Ideal – Ideal del Yo. El primer tipo relacionado con una etapa preedipica temprana en el desarrollo,

---

<sup>23</sup> *Ibíd.* (p.90)



donde el objeto ideal es el propio sujeto, una instancia directamente relacionada con el narcisismo infantil. El segundo relacionado con el complejo de Edipo y la virilidad y feminización asumidos por el sujeto. En el ideal del yo, convergen la asunción de los sexos, la identificación con los padres, y los ideales colectivos establecidos por la cultura. En el yo ideal, el sujeto es su propio ideal, basta con su propio narcisismo para ser su ideal perfecto. Pero con el Ideal del yo, se deja atrás ese narcisismo infantil, y se incorporan las obligaciones esperadas a cumplir por el sujeto con la sociedad, además en el Ideal del yo también confluye el narcisismo de los padres, como fruto de las identificaciones del niño con sus figuras de amor primarias.

A continuación se mencionará la postura de Lacan respecto a la identificación. Lacan concibe a la identificación como constitutiva del ser humano y del vínculo social, pero siempre que funcione a través de «momentos», «estadios» dentro de la «historia de la génesis mental del hombre»<sup>24</sup> Para Lacan, la identificación es importante pues resulta de los vínculos primordiales establecidos por los sujetos en sus primeros años de vida. Para Lacan, la constitución del yo es un conjunto de identificaciones, y el yo solo puede surgir derivada de la relación con el Otro. El yo surge como una forma de relación con el mundo, a través de la imagen ideal del Otro semejante, y a partir de esa identificación con el Otro se configura la imagen de sí mismo. Para que haya yo, se necesita del otro, y a partir de allí se constituye subjetivamente el sujeto. En palabras de Mazzuca citando a Lacan:

“Esta imagen ideal formadora del yo actúa como un reaseguro frente al desamparo, y el yo guardará eternamente la función de desconocer aquello que lo determina, desconocer al otro que lo captura en esa alienación necesaria y constitutiva. Esta mediación del otro, de eficacia formadora sobre el yo y sobre

---

<sup>24</sup> Lacan, J. (1950) «Acerca de la causalidad psíquica», en Escritos I

los “instintos”, hace que el yo, no sólo se represente a sí mismo como otro, sino que incluso desee como otro. De allí sus efectos iniciales de desconocimiento y alienación”<sup>25</sup>.

A partir de esa imagen ideal se configura el yo, a través de la identificación, aunque esta identificación ideal primaria, hace que el deseo del Otro se asuma como propio, es decir el deseo de la madre (deseo de posesión del falo) pasa al hijo en su constitución subjetiva. Esta identificación alienante es en principio realizada con la figura de la madre, y a través de ella se configura el Yo Ideal, como un entramado entre el narcisismo de la madre y el propio narcisismo del niño.

Lacan en el texto “La Familia”, expresa que existe otro tipo de identificación subsiguiente a la primera identificación establecida con el otro semejante, la cual llama identificación paterna, la cual sería una identificación secundaria, relacionada con el Ideal del Yo. La identificación primordial con el Otro semejante sería una identificación narcisista con la madre subsidiaria del Yo Ideal. La segunda identificación, está relacionada con una identificación edípica con el progenitor del mismo sexo, la cual es necesaria en la formación del superyó y el ideal del yo.

Estas identificaciones establecidas con las figuras primarias de afecto, son unas identificaciones imaginarias, que permiten la formación del Yo, en el caso de la identificación con el otro semejante, y en el caso del yo ideal, una identificación con el progenitor del mismo sexo y las obligaciones culturales y sociales que esto implica. Posterior a estas identificaciones imaginarias, Lacan propone una identificación simbólica que permite la definición de la sexualidad en los sujetos. En el caso del niño en el complejo de Edipo, la identificación paterna con el progenitor del mismo sexo, deja como resultado el Ideal del Yo

---

<sup>25</sup> Mazzuca, R. (2006) “Las identificaciones en la primera parte de la obra de lacan (1931-1959)”

masculino y el superyó que es la introyección de la ley paterna. Pero en el caso de la niña, también hay una identificación imaginaria con la figura del padre, por forma imaginaria del falo, eje central del complejo de Edipo. Por lo anterior en la identificación simbólica de la mujer hay un componente viril como resultado de la identificación imaginaria con el Padre, y una identificación imaginaria con la madre que permite la feminización. En la mujer existe una falla en la identificación simbólica inicial, pues si bien adquiere una identificación con la madre reconocida como mujer en la falta y acepta de esta la feminización, también incorpora rasgos de la masculinidad del padre, los cuales deben ser suplidos por una identificación imaginaria con este, la niña no puede acceder a la imaginación simbólica con el padre, debido a la relación imaginaria con el falo.

Al finalizar el complejo de Edipo, surge como identificación final y definitiva, una identificación con las insignias del nombre del padre, las cuales son definitivas para la formación del Ideal del Yo. Esto surge en el tercer tiempo del Edipo, que como explica Mazzuca, bajo los postulados de Lacan refiere lo siguiente:

“Aquí el padre interviene de manera directa, como padre real. Se trata de una identificación tipificante, a partir de la cual el sujeto se identifica con la constelación de rasgos ideales de su propio sexo, la virilidad o la feminización. Esta identificación va más allá de esta función de sexuación ya que es decisiva para el desarrollo normal, y es antinómica con la identificación primitiva con el falo, implica su destitución ya que, para asumir su sexo, el sujeto debe dejar de ser el falo para ubicarse en posición de tenerlo o de no tenerlo”.

Con la anterior explicación, se entiende que al asumir la identificación con las insignias del nombre del padre, el niño y la niña adquieren el Ideal del Yo, que los posiciona en las funciones propias de su sexo. Si bien en la identificación simbólica con el padre hay

una falla en la niña, esta se soluciona con la incorporación de la identificación del nombre del padre, pues la niña comprende y acepta la falta propia de su ser femenino y se identifica con la madre como mujer deseante en busca del amor, y como resultado de ese amor espera encontrar el falo que sería el hijo.

Los tipos ideales construidos durante el desarrollo subjetivo del ser humano, configuran la identidad sexual, y las obligaciones culturales que debe cumplir cada sujeto según su género sexual. El ideal del yo y el superyó surgen de la aceptación e introyección del nombre del padre y su ley. Esto permite la incorporación de los sujetos al mundo social y cultural. Una instancia más arcaica en el desarrollo, pero importante en el desarrollo de la mujer, es la instancia del Yo Ideal, este tipo ideal más relacionado con el narcisismo infantil, surge de la relación primordial establecida entre la madre y su hijo. Esta primera relación, se sustenta desde el narcisismo de la madre, y de este va surgiendo el narcisismo del hijo, el lazo fundamental que une su relación de complementariedad se sustenta desde el narcisismo. El yo ideal surge como un ideal de omnipotencia forjado a imagen de ese narcisismo infantil; de este yo ideal surgido de la identificación primaria con la madre, surge un ideal del yo que identifica a la niña con la figura de la madre y la función social y cultural de la maternidad. Del Yo Ideal surge una necesidad de volver al estadio preedípico para ser una con la madre y volver a esa fusión infantil de mutua omnipotencia en la relación madre-hija, a través de la experiencia de maternidad.

Carril (2000) en lo referente al yo ideal y al ideal del yo nos plantea lo siguiente:

“La psicoanalista Silvia Tubert distingue entre el "deseo de hijo al deseo de maternidad". El primero alude al registro del tener (un hijo) en tanto el segundo compromete al ser (madre) El tener un hijo, está más relacionado con la conformación del Ideal del Yo de la niña, que al tiempo que resuelve su

peripecia edípica, se identifica con los emblemas culturales respecto de su género sexual. El deseo de maternidad en cambio proviene de un ser - como la madre, dominio del Yo Ideal, núcleo duro y remanente del narcisismo infantil en la mente del adulto. Se alude entonces a lo preedípico, al registro de la identificación primaria con la madre, objeto del apego y de los cuidados auto conservativos, semejante de género. Se querrá ser madre para ser una con mamá”<sup>26</sup>.

Acorde a lo planteado por Carril, la significación de la maternidad, proviene de los procesos ideales constituidos en la infancia, donde las identificaciones primarias actúan como los principales referentes, para la construcción de ese deseo de maternidad erigido en cada mujer, y que representa en la mujer un doble propósito, siendo por un lado una responsabilidad cultural constituida y atribuida a la mujer, y una idealización inconsciente con las figuras primarias, donde en primera instancia la niña desea tener un hijo del padre durante el proceso edípico, lo que después se transforma en tener un hijo con un hombre, lo que representa una correspondencia de género entre madre/hija, siendo esta la forma más simbólica de demostrar a la madre querer ser como ella, para en su idealización e identificación, ser una con ella, poder poseer a la madre siendo como la madre. Se convierte en un ciclo, en un bucle, donde la niña separa de sus objetos primarios la responsabilidad de atribuirle lo que ella desea y necesita, por lo que la niña vuelta mujer, busca en sus relaciones objetales el hombre que le brinde la posibilidad de tener un hijo, un hombre padre capaz de darle el falo (hijo) y que a la vez le permita convertirse en una madre como lo fue la suya, para así de manera simbólica, fusionarse con su madre en una trama identificatoria. “El núcleo narcisista del yo ideal permanecerá siempre vigente”<sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> Carril, E. (2000) “El deseo parental, el ayer y el hoy de una construcción compleja” (p.4)

<sup>27</sup> De Gomel, S (1991)



Señora Rousseau y su hija, Elisabeth-Louise Vigée-Le Brun (París, 1755-1842) © Museo del Louvre

## 2.4 SIMBOLOGIA DE LO MATERNAL.

Lo maternal a lo largo de la historia, siempre ha representado la vida y lo natural, encarnado en el género femenino y con el objetivo de prolongación de la especie. De acuerdo con Françoise Dolto (2000), la palabra madre representa para todo ser humano:

“no solamente una mujer como criatura pasiva gestante y mujer consciente de gestar o de haber traído al mundo hijos carnales; «madre» quiere decir «incontestablemente» y significa para todo ser humano, más allá de su historia anecdótica de feto y de niño de pecho afortunada o desafortunada, la representación humana de la creatividad, es decir, el símbolo mismo de la fertilidad”<sup>28</sup>.

La mujer durante el proceso de gestación se hace fálica, se vuelve una imagen del falo, se hace fálica y superior, pues es ella y su hijo un solo ser, condición única de la mujer que los hombres no pueden experimentar. Además en los primeros meses de vida del niño, la madre y el son uno solo, una representación de la vida, la omnipotencia y la perfección. A través del cuerpo, se muestra el embarazo, el nacimiento y también el crecimiento. Para algunos autores las condiciones psicológicas de la madre influyen de forma positiva o negativa el desarrollo psíquico de sus hijos desde el útero. La fusión física, psicológica y emocional que la madre construye con sus hijos puede manifestarse desde el deseo consciente o inconsciente de ese hijo. Cuando hay un medio adecuado el hijo responderá acorde a este y su desarrollo será así mismo consecuente; en cambio un medio hostil puede desajustar su desarrollo y atrasar o deteriorar sus progresos.

Como lo explica Dolto (2000):

---

<sup>28</sup> Dolto, F. (2000) “Lo Femenino. Artículos y Conferencias”

“De esta verdad viva en el corazón y en el cuerpo de sus padres, que se le hacen presentes primitivamente por su madre sola, el niño humano recibe el sentido y la fuerza de las pulsiones de su libido –sentido vector siempre masculino y fuerza siempre fálica, pero pulsiones pasivas o activas al servicio de ese sentido–.”<sup>29</sup>

Esa fuerza fálica instaurada en el cuerpo de la madre durante la gestación, potencia la energía libidinal que le servirá al hijo para convertirse en un ser deseante, un ser humano que busque satisfacer sus deseos, y se vuelva muestra viva del narcicismo de sus padres y la perpetuación de esta encarnada en la figura de ese hijo, convertido en un entramado de significaciones y energía libidinal.

La fecundación y creación del hijo surge del deseo sexual de sus padres, que unen sus cuerpos en esa escena primitiva primordial de creación, que configura la vida del hijo. La fecundación y el acto sexual son expresiones del cuerpo, de la sexualidad, del encuentro con el Otro, de una fusión de deseos. No puede haber vida sin dos, siempre se necesitara del Otro. Para fecundarse o para nacer. Desde allí, estén presentes o no surge una trinidad, madre y padre, engendran un hijo.

En la gestación, el feto y la madre son la representación del todo. La madre lleva encarnada la figura del padre. La madre se puede sentir valorizada biológicamente con su gestación, los cambios en su figura representan la ascensión de vida y la condición trinitaria de ese deseo que da vida. El feto puede sentir las emociones orgánicas de la madre y sus sentires inconscientes, comparten una relación simbiótica. Como lo expresa Dolto, ese pre lenguaje compartido con la madre, se puede hacer presente mediante la alegría o no que tenga

---

<sup>29</sup> *Ibíd.* (p.62)



la madre por tener ese feto en ella, “según el sentido de su lazo con el genitor del niño, en calidad de dinámico y vigorizante. Feto y madre son, en realidad una simbiosis trinitaria<sup>30</sup>”

La madre puede transmitir a su feto toda una serie de emociones inconscientes guiadas en ella por las pulsiones de vida o de muerte. Siguiendo a Dolto:

“La madre conduce su gestación en una relación emocional interpersonal con los otros, sea el padre o no, en emociones tranquilas o tensas, alegres (emociones de alegría vigorizantes) o ansiosas (emociones de pena debilitadora o de angustia agónica), perceptibles orgánicamente, de paz, de tensión o de muerte inminente. Para el feto, no hay madre sin otros, es decir, sin padre. Para el niño, el padre es, en primer lugar, un estado variante de la madre y de él mismo.”<sup>31</sup>

Niño-madre-padre, forman la triada por excelencia. Aunque en principio pareciera que es solo una relación simbiótica exclusiva entre la madre y su hijo, el hijo por medio de su madre experimenta la presencia del padre deseado por la madre, todo lo que interactúa con la madre también lo hace con el bebé. El niño y la madre, comparten una vida simbólica, una relación orgánica y psíquica que dinamiza la vida del bebé dentro del útero y después del nacimiento. El niño es la representación de las dinámicas inconscientes de sus padres, que después el encarnara, como lo plantea Dolto: “A través de sus comportamientos precocísimos, el niño es la palabra verdadera, inconsciente y encarnada de sus genitores”<sup>32</sup>.

El cuerpo de la madre y sus sensaciones también son experimentados por el bebé, comparten un vínculo afectivo y orgánico inducido por la madre, vínculo que influye en la relación primaria libidinal y narcisista que comparten madre e hijo en la etapa preedípica. El

---

<sup>30</sup> *Ibíd.* (p.63)

<sup>31</sup> *Ibíd.* (p. 63-64).

<sup>32</sup> *Ibíd.* (p.66)

bebé in útero experimenta sensaciones orgánicas internas vivenciadas en su propio cuerpo y compartidas con la corporalidad de la madre, esas reacciones exógenas dadas por lo orgánico de la madre relacionadas con la subjetividad maternal. En cuanto a las emociones que experimenta el bebé in útero, están relacionados con los cambios percibidos por el bebé a través del cuerpo, como cuando la madre se emociona, se entristece, se preocupa, etc. Todas esas sensaciones emocionales experimentadas por la madre son percibidas emocionalmente por el bebé a través del cuerpo.

### *El Nacimiento*

El inicio de la vida, es un momento de dolor, ruptura, separación, es un shock. En el parto se experimentan tanto la pulsión de vida como la muerte. Ese inicio de la vida del bebe viene marcado por el paso por el tracto uterino, durante ese paso experimenta una sensación cercana a la asfixia, esa sensación de ahogo y angustia es lo que hace nacer al feto. La pulsión de muerte da paso a la pulsión de vida.

El niño percibe la respuesta emocional con la que es recibido en el mundo, según sea alegría, desdicha, insatisfacción, orgullo; el niño percibe como es su aparición en el mundo para la madre, quien ahora es la principal proveedora y portadora externa. A partir de ese momento la madre se convierte en un ser omnipotente que hace parte del cuerpo del niño, tienen una relación corpórea y emocional indisoluble. El niño comienza a experimentar su propia corporalidad, el funcionamiento de sus órganos, las necesidades vitales etc. Empieza a identificar el olor maternal y por medio de este reconoce sensaciones de placer mediante la alimentación dada por el pecho. La madre se convierte en el primer objeto deseado al que se dirige la libido del bebé. Como lo explica Dolto: “El objeto de esta libido es la madre, pero su

olor específico es el atributo mediatizador para el erotismo hacia la persona que lo alimenta, lo lleva y lo cuida”<sup>33</sup>.



1866. El Origen del Mundo. Gustave Courbet.

En esos primeros momentos de vida del bebé, la simbología de las emociones y del cuerpo, se convierte en el camino de expresión y contacto con el Otro primordial, a través del pre lenguaje simbólico, hijo y madre intercambian experiencias que satisfacen las necesidades. Esta relación simbiótica de dependencia, da origen a la subjetivación por parte del bebé, del deseo de su madre sobre el cual se erigirá su propio deseo, como lo expresa Dolto, estas serían las primicias de un preyo ideal y del presuperyó, en relación con una mediatización del lenguaje simbólico compartido<sup>34</sup>. Aunque en principio las funciones vegetativas son el medio de interacción, el surgimiento de ese lenguaje simbólico entre madre e hijo, va permitiendo al bebé identificar varios tipos de emociones y expresarlas de distintas

---

<sup>33</sup> *Ibíd.* (p.80)

<sup>34</sup> *Ibíd.*

formas, correspondencia y comprensión que le permite a la madre poder entender a su bebé y satisfacerlo en sus necesidades. De estos intercambios primitivos y preverbales se irá desarrollando el sujeto psicológico, gracias a las interacciones con la madre, que por medio de esta son unas interacciones con el medio.

### ***Representaciones de la Maternidad.***

Desde las instituciones de lo simbólico en occidente, la maternidad siempre ha sido la representación de la feminidad por excelencia, condición ineludible para la mujer, tiene una obligación biológica y cultural en la perpetuación de la especie. Estas representaciones de lo materno a lo largo de la historia solo le han dado un lugar a la mujer a través de la maternidad. En occidente estas representaciones de la maternidad sacralizada y beatificada, se han dado bajo la imagen de la Virgen María, representante principal de la maternidad y la pureza en la religión cristiana. Como lo expresa Kristeva (1987) con el mito de la Virgen María se purifica la imagen materna.

Con el ejemplo de María, se configura la imagen de la madre en Occidente. Pero para que surja como madre necesita la imagen del hijo que la valide en ese rol, la relación que construyen y el vínculo que comparten madre e hijo. En palabras de Kristeva: “se trata menos de una madre arcaica idealizada que de una idealización de la relación que nos une a ella, ilocalizable, de una idealización del narcisismo primario”<sup>35</sup>.

La madre representa lo arcaico, lo primitivo, los inicios del ser, lo pre verbal. En ella se representan el deseo y el amor primario, pero aunque imaginariamente el hijo cree que le

---

<sup>35</sup> Kristeva, J. (1999) “Historias de Amor”.

pertenece, la madre encarna prohibición, lo que hace que se vuelva un objeto de deseo precisamente porque es prohibida.

Siguiendo el análisis de Kristeva, la idealización de lo materno dada por la sacralización toma tres caminos, uno es relacionado con la vida y la muerte, como lo plantea Kristeva, una figura sin sexo, ni muerte, pues si hay sexo hay muerte, pero en el caso de María, la concepción espiritual y puramente virginal, evita el sexo y la muerte. Con esta imagen la madre nunca muere, siempre inmaculada será preservada y transitara. La madre representante de lo terrenal y del destino social, representa la fertilidad de los campos, la vida. El imago materno mantiene una estrecha relación con la madre-tierra; madre y mujer son sinónimos de fertilidad y naturaleza. Otro camino que toma la imagen de la representación de la maternidad, es el lugar donde convergen distintos tipos de amor encarnados en la figura de la madre. Antes de ser madre se es una mujer deseante, antes de ser mujer deseante se es hija. En la figura de la madre confluyen las figuras de la hija y de la mujer, una triada representante de la identidad femenina en occidente. La madre representa el amor, la abnegación, la entrega y la humildad. Es una figura idealizada, es una mujer santa y casi perfecta, tiene imagen respetada e inasequible que ocupa lugares morales importantes en gran parte de la humanidad.

Sobre el cuerpo materno, Vilches (2003) explica lo siguiente:

“El cuerpo materno, es un lugar de fragmentación, son pulsiones elementales, que existen antes del lenguaje y del significado. Es un lugar de exilio, de desorden, de singularidad en relación con el orden colectivo y simbólico de la cultura; es el locus de la escisión radical del sujeto femenino [...] un espacio matriz, nutricio, innombrable anterior al Uno a

Dios [...] es lo que nos produce asco y aversión pues es reconocimiento de la falta fundante de todo ser”<sup>36</sup>.

Lo materno, está estrechamente relacionado con el sufrimiento, característica general del masoquismo femenino. Para Kristeva, lo maternal es el espacio por excelencia en el que se configura la perversión femenina, ya que existe un masoquismo ambivalente de sufrimiento en la gestación, el parto y la crianza, y que además le exige un anonimato en la transmisión de la norma social, esta siempre debe ir bajo la forma de la figura del padre. Pero a pesar del sufrimiento que comporta, la recompensa femenina se halla en la maternidad, pues siempre se definió la femineidad desde la óptica de lo masculino, y esa diferencia gratificante que hace única a la mujer y la diferencia del hombre, viene mediada por la maternidad.

Para Kristeva, el goce maternal está mediado por lo semiótico previo al Orden Simbólico, en lo pre lingüístico cuando el niño depende del cuerpo de la madre y está unido a ella. Por lo tanto esa identificación primaria con la madre nos retorna al placer pre-edípico y pre verbal previo a la instauración del orden simbólico.

Esa perversión de la maternidad, como lo explica Kristeva:

“se instala en el deseo de la ley como deseo de reproducción y continuidad, promueve el masoquismo femenino al rango de estabilizador de la estructura (frente a sus desviaciones) y, por la seguridad que procura a la madre de entrar así en el orden que sobrepasa la voluntad de los humanos, le da su prima de placer”<sup>37</sup>

Por lo anterior, bajo la comprensión de los postulados de Kristeva, el hijo se configura como un significante para la madre, pues ese hijo, que está incluso anterior a su historia

---

<sup>36</sup> Vilches, .(2003) “ (p.58)

<sup>37</sup> Kristeva, J (1999) “Historias de Amor” (p.229)

(imaginario), es la figura que la edifica y le da lugar, por eso la maternidad y la relación primaria con el hijo están mediadas por la relación simbólica encarnada en el cuerpo de la madre. Pero la entrada a lo simbólico podría entenderse y significarse como el lugar donde se rechaza el cuerpo materno.

Como lo plante Robles (2012): “Si consideramos que la feminidad es absorbida, atrapada, por la maternidad en nuestra cultura, entonces suponemos que es en el hijo donde la mujer es construida como femenina”<sup>38</sup>.



“Interior de un jacal (choza) ” de Édouard Pingret, 1853. Oleo. Ciudad de México, Museo Nacional de Historia

<sup>38</sup> Robles, R (2012) “Maternidad: ¿Un deseo femenino en la teoría Freudiana?”

## 2.5 APUNTES SOBRE LA SEXUALIDAD FEMENINA

Como se ha venido analizando a lo largo de este capítulo, en el apartado sobre el complejo de Edipo, el camino hacia la definición sexual de la niña es más largo y complicado que el del varón. En los inicios de la vida anímica tanto para el niño como para la niña la madre es el objeto de deseo primario, figura con la cual se comparte una energía pulsional y libidinal, en los primeros estadios de desarrollo.

Para el niño la figura de deseo es su partenaire del sexo opuesto, para la niña esa figura de deseo es el partenaire del mismo sexo, esto sitúa a la mujer en una bisexualidad original desde el inicio de su vida anímica. Como lo expresa Freud “Los individuos de ambos sexos parecen atravesar de la misma manera los estadios de la libido”<sup>39</sup>. La niña y el varón en su desarrollo preedipico comparten la misma energía libidinal dirigida hacia la madre, dicha energía activa es exclusivamente masculina, así que para Freud la niña no nace siendo femenina sino que aprende hacer en las etapas de su desarrollo psicosexual.

En la organización genital infantil (1923), Freud explica que tanto en la niña como en el varón hay una supremacía fálica. La niña poseería dos zonas genitales: el clítoris homologado al pene, y la vagina esencialmente femenina. En esta etapa preedipica para ambos sexos existe una primacía universal del Falo-Pene, órgano de placer con el que el niño inicia su interacción sexual y el clítoris con el cual la niña inicia su recorrido sexual. Varón y hembra desconocen la vagina y su condición exclusiva en el género femenino.

El niño y la niña comparten una imagen de una madre fálica, la madre posee el falo y se los brindara. Con la fantasía de posesión que tienen tanto la niña como el varón, ambos desean hacerle un hijo a la madre con su poder fálico. En el imaginario de ambos sexos el

---

<sup>39</sup> Nuevas conferencias sobre psicoanálisis.



falo lo simboliza y representa todo. El niño y la niña al descubrir sus diferencias anatómicas, inician la etapa fálica.

La aventura que tiene que vivir la niña para llegar a alcanzar su sexualidad femenina, es mucho más intrincada y compleja que la del varón. Primero debe renunciar a su objeto de amor primario: la madre, y dirigirse a la búsqueda del Falo, demandádoselo al padre, además de ese cambio de objeto de amor, la niña debe renunciar al clítoris como homólogo del pene y descubrir la vagina como su órgano sexual plenamente femenino.



“10 vulvas como 10 universos”. Jacqueline Secor. 2016

### ***La Privación Fálica y el Penisneid.***

Para el varón el complejo de castración es la salida del complejo de Edipo, contrariamente para la niña el conocimiento de su castración es la entrada a éste. La niña en su herida narcisista, abandona a la madre, y va en búsqueda del padre que le provea el falo.

En este cambio de objeto de amor la niña dirige sus deseos hacia al padre y espera imaginariamente darle un hijo. Ante la negativa del padre la mujer herida envidia el pene del varón, esta envidia es un rencor infantil que la niña reclama al sentirse castrada.

En el niño hay un temor de castración y en la niña una fantasía de privación. La niña seguirá en búsqueda de este añorado Falo en su vida, pero solo podrá llegar a su consumación femenina cuando acepte el hecho de que su feminidad no está definida por la falta del Falo, sino que su constitución femenina natural esta en torno a su órgano femenino la vagina.



“10 vulvas como 10 universos”. Jacqueline Secor. 2016

De la intensa ligazón con la madre previa al complejo de Edipo, que genera en la niña el deseo fálico de hacerle un hijo a la madre, deseo el cual revive durante el complejo de Edipo, en ser la niña quien le dé un hijo al padre. La relación con el padre es un heredero de la vida preedípica de la niña, se reviven esos deseos en la figura del padre<sup>40</sup>.

---

<sup>40</sup> Freud, S(1931) “Sobre la sexualidad femenina”.

La herida narcisista de la niña, se refleja con hostilidad y desprecio hacia la madre pues la niña la culpa por su castración. Ese deseo de un hijo a la madre que se transforma en un hijo del padre es precedido por el penisneid. El odio y el desprecio a la madre están vinculados con el surgimiento del penisneid. De la herida surge la envidia, y la búsqueda insaciable del Falo para la niña.

Hay tres posibles desenlaces en la definición de la sexualidad femenina: como lo expresa Marie Bonaparte citada por Badinter<sup>41</sup>: están las que renuncian, es decir las que reprimen y se inhiben y terminan en una neurosis, generalmente de tipo histérico. El segundo camino está relacionado con las que persisten e insisten de modo insolente en conservar su masculinidad, la niña se niega a renunciar a su clítoris como órgano de placer homologado al pene. Y la tercera resolución, la cual sería la “ideal”, está relacionada con la femineidad normal, la cual consiste en que la niña suplanta el deseo del pene por el deseo de un hijo. La que renuncia a la pérdida sería la mujer verdaderamente femenina. Estos son los tres caminos evolutivos que puede seguir la mujer en el desarrollo de su sexualidad.

### ***El Superyó Femenino***

En el varón, el heredero del complejo de Edipo por excelencia es el Superyó, que tiene las insignias del nombre del padre, y el peso del cumplimiento de la ley, en el caso del varón ese superyó rige su actuar y lo lleva a la identificación con el padre, logrando así cumplir su ideal del yo. Si bien lo que motiva al niño a renunciar a la madre es el complejo de castración, cosa que no sucede en la niña, pues ella descubre la privación, por lo que no experimenta temor a perder lo que no tiene, por lo que la formación de su superyó tiene variaciones y no resulta una instancia tan poderosa como en el caso del varón.

---

<sup>41</sup> Badinter, E. (1991) “¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal siglos XVII al XX.

Desde la perspectiva Freudiana, la envidia del pene siempre estará presente en el inconsciente femenino por lo que su superyó no tendrá la misma potencia que en el varón. Para Freud las mujeres tendrían una menor capacidad de sublimar los instintos, según Freud esa envidia del pene hace que la mujer no posea en tan alto grado el sentido de la justicia<sup>42</sup>.

Siguiendo la perspectiva Tendlarz (2000) citando a Melanie Klein, plantea que existe un severo superyó materno en las mujeres, en la etapa sádica-anal, durante la identificación materna, se instaura ese superyó materno, este surge previo la diferenciación sexual, sobre el cual después se instala el superyó materno. Siguiendo la explicación de Tendlarz sobre los postulados de M. Klein:

“En el niño predomina el superyó paterno, pacificador extraído de la identificación al padre; en cambio, en la niña, el peso del superyó materno vuelve al superyó femenino mucho más cruel por el componente sádico que entra en juego. Las mujeres no solo tienen un superyó sino que es mucho más severo e incrementa su capacidad de renuncia y autosacrificio”<sup>43</sup>.

Este planteamiento se opone al propuesto por Freud, pues bajo esta perspectiva el superyó materno en la mujer tiene mucha más influencia y severidad que el paterno. Ese superyó que “empuja al goce” que propone Lacan, se acerca al superyó materno kleiniano, que a la clásica versión del superyó normatizador paterno que propone Freud.

En este recorrido por el superyó femenino, se resalta la perspectiva de Hans Sachs (1927) citado por Tendlarz (2000), en la cual plantea las siguientes cuestiones frente al superyó femenino, del cual distingue derivan dos tipos de mujeres:

---

<sup>42</sup> Freud, S (1931) “Nuevas conferencias sobre psicoanálisis”

<sup>43</sup> Lemoine, E., Naños, J., Bassols, M., Focchi., Tendlarz, S., Tlatli, S. (2000) “Féminas”.

“las primeras renuncian definitivamente al padre, y se identifican con él a causa de una frustración de los deseos orales dirigidos hacia él; las segundas mantienen su lazo con el padre y no logran desarrollar un superyó. El primer grupo tiene un superyó particularmente severo que las empuja a renunciar; se acentúa así la privación. El segundo, formado por mujeres particularmente narcisistas, tiene un superyó postizo que encuentra en el exterior, a través de sus relaciones amorosas con el hombre, volviéndolas particularmente dependientes y sumisas de su partenaire, y lábiles en sus opiniones extraídas de los otros”<sup>44</sup>.

En la mujer, al existir una doble identificación con la madre y con el padre, podríamos decir que presenta un “doble superyó”, uno arcaico, remanente y severo surgido a partir de la relación con la madre, que luego al entrar en el complejo de Edipo se integra al superyó oficialmente establecido por el padre que guiara su comportamiento social.

E. Jacobson citado por Tendlarz, sobre la cuestión de este doble superyó en la mujer explica lo siguiente:

“El superyó femenino se origina en la identificación primera con la madre. Frente al conflicto edípico, se produce luego una identificación parcial con el padre, pero igualmente predomina la elección de la posesión del padre como objeto de amor. El resultado es la dependencia sexual hacia el partenaire que actúa como “pseudo-superyó”<sup>45</sup>.

Sobre esta cuestión del superyó femenino, el cual se hereda de la relación con la madre y tiene alta severidad e importancia en la vida psíquica de la mujer, que luego cuando

---

<sup>44</sup> *Ibíd.* (p.29)

<sup>45</sup> *Ibíd.* (p.30)

se entra en el Edipo pasa a fusionarse con el superyó paterno surgido de la relación de amor e idealización de la niña con su padre.

### *Apuntes sobre el masoquismo femenino.*

Siguiendo los postulados de H.Deutsch (1924), citada por Tendlarz, en los que plantea que la feminidad es una mezcla de pasividad, narcicismo y masoquismo. Sobre el masoquismo manifiesta que es “la más fuerte de todas las formas de amor”. Como lo plantea Freud (1924): “el masoquismo es una situación característica de la feminidad, vale decir, significa ser castrado, ser poseído sexualmente o parir”<sup>46</sup>.

El masoquismo inherente a la mujer, surge en la transformación de la agresividad y actividad de la niña fálica preedipica, al entrar al Edipo la niña asume la pasividad para poder ser poseída por el padre. De esa pasividad, la niña dirige hacia sí misma esa energía agresiva. La mujer se vuelve necesitada y esa agresividad reprimida se transforma en la necesidad de ser amada por un hombre.

Como lo explica Deutsch cuando la niña toma distancia y se dirige al padre, asume una actitud erótico-pasiva hacia el padre, la niña espera el padre la posea y la tome como su falo. La niña pasa de una actitud agresiva-activa y fálica con su madre, a una actitud pasiva masoquista con su padre, esos componentes agresivos los dirige a su propio yo, condición masoquista que además de con el padre se replica frente a los hombres.

Deutsch (1930) citada por Tendlarz (2000), plantea lo siguiente:

“La primera identificación infantil con la madre siempre es masoquista.

A continuación, la identificación fálica al padre forma parte del devenir

---

<sup>46</sup> S. Freud (1924): “El problema económico del masoquismo” (p.168)

femenino de una mujer. En un tercer tiempo, al confrontarse con el Penisneid, surge una regresión libidinal hacia el masoquismo que se traduce en la frase “Quiero ser castrada por mi padre”. Esta relación con el padre también es primordialmente masoquista. Este viraje hacia el masoquismo es parte del “destino anatómico” de la mujer, determinado por factores biológicos y constitucionales y funda el ulterior desarrollo de la feminidad. La identificación secundaria, viril con el padre, es resultado de la huida frente a la identificación masoquista con la madre”<sup>47</sup>.

Bajo este postulado de Deutsch, el masoquismo original femenino viene instaurado desde la relación primaria con la madre, que surge de las demandas no satisfechas y las heridas generadas por no poseer el falo. Posteriormente en la identificación con el padre la niña en la búsqueda del falo permite y busca que su padre la posea y la castre, se sirve en manos de su padre, dirigiendo su hostilidad a su yo y una demanda de amor pasiva de absoluta entrega al padre, replicado en la mujer adulta en su relación con los hombres.

Lampl de Groot (1936), citada por Tendlarz, plantea una estrecha relación entre narcisismo y masoquismo, originado desde la herida narcisista ocasionada por no poseer el falo y saberse castrada e incompleta. En palabras de la autora:

“El daño narcisista que emerge del Penisneid produce la idea de que a la niña le quitaron el pene. Compensa esta decepción a través de la ganancia de un placer masoquista obtenido a través de la

---

<sup>47</sup> Lemoine, E., Naños, J., Bassols, M., Focchi., Tendlarz, S., Tlatli, S. (2000) “Féminas”. (p.22)

representación del castigo. Logra evitar así un displacer mayor producido por el daño narcisista”<sup>48</sup>.

Según este postulado, el masoquismo viene como un aliciente a la herida narcisista, y la mujer opta por buscar el placer masoquista que por lidiar con una herida narcisista.

---

<sup>48</sup> *Ibíd* (p.23)



### **CAPITULO III:**

## **DEL NARCICISMO AL DESEO MATERNO.**

En el capítulo final de esta monografía, se desarrollan los temas centrales para la comprensión del deseo materno, y de todas las consecuencias que se desprenden de este, en la formación inconsciente de los sujetos. Se inicia el recorrido teórico de este capítulo final con la definición Freudiana del narcicismo, y lo que plantea este autor en lo referente al narcicismo y la maternidad.

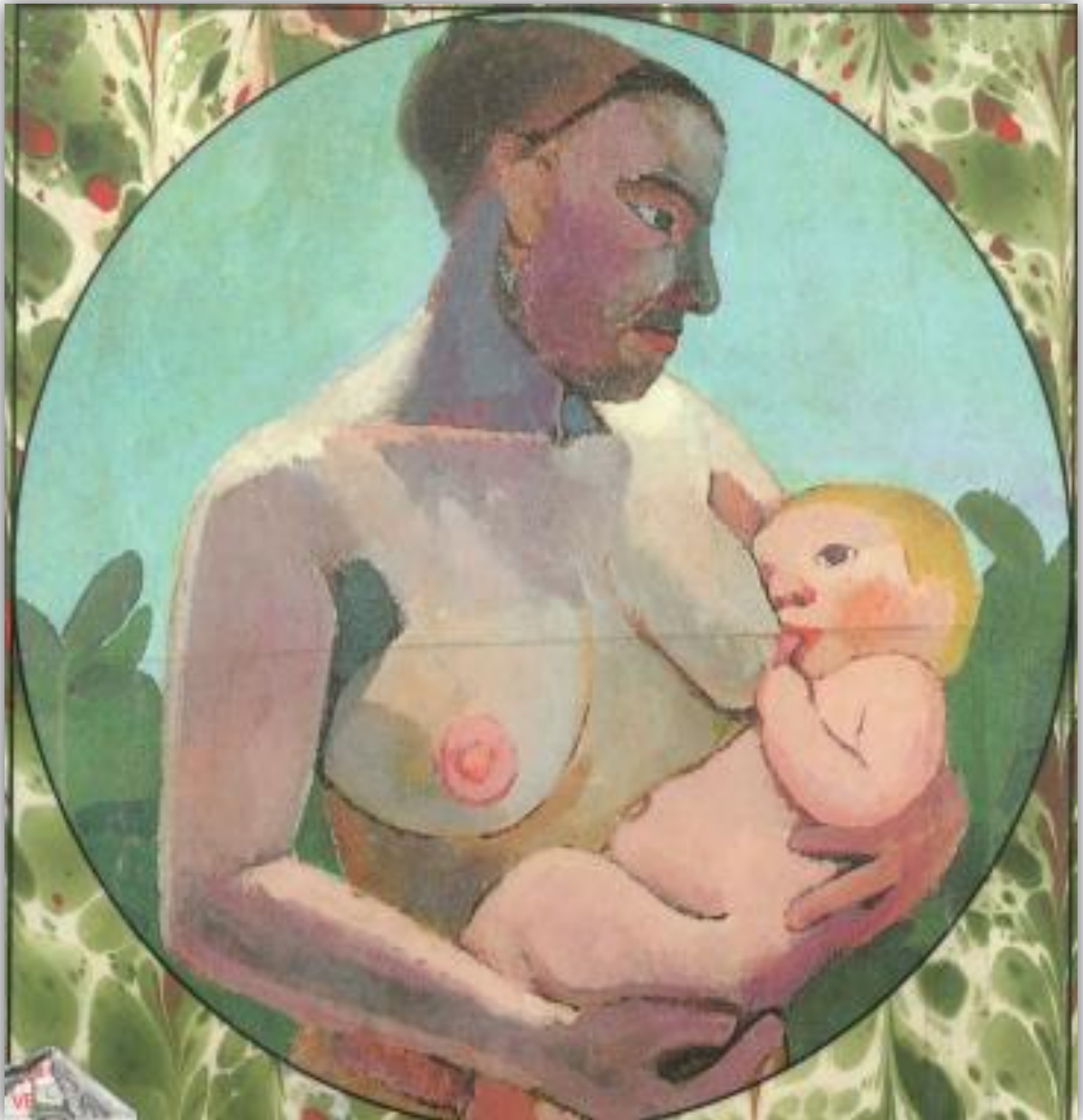
Dentro de este apartado sobre el narcicismo, se analiza la postura Lacaniana, sobre el narcicismo, sobre el momento del estadio del espejo, el cual configura un momento de desarrollo importante para el niño y donde el rol de la madre aparece con bastante importancia, para la conformación del yo del sujeto.

En el segundo apartado de este capítulo, se habla del falo imaginario, y como el hijo aparece en esta ecuación simbólica, como un sustituto de este. Se plantea la postura de ubicar al hijo como un objeto a para la madre, el cual vendrá a saciar su deseo de completud.

El tercer apartado del presente capítulo, aborda la temática del deseo materno, desde la perspectiva Lacaniana, y se centra en la importancia de lo que desea la madre, lo que influye en qué lugar le dará a su hijo, y como lo ubicará desde su propio deseo, lo que tiene una estrecha relación con el narcicismo. Dentro de este mismo apartado se aborda como desde el deseo materno existe un deseo narcisista de perpetuación, relacionado con la funciones ideal del yo y yo ideal.

Como apartado final, se aborda el problema del estrago materno, estrago el cual resulta estructural en la función materna, y que precisa la intervención paterna, para evitar las consecuencias sintomáticas del estrago. El estrago precisa un tema de especial atención para

el psicoanálisis, pues al ser una cuestión estructural siempre está presente en la relación primaria que se establece con ese Otro primordial, y puede definir en gran medida el futuro psíquico de los sujetos según como resulte y se resuelva el enigma que genera el deseo materno.



Dibujo Carlos Pérez-Bermúdez (1996)

### 3.1 DEL NARCICISMO Y SUS IMPLICACIONES

*“El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcicismo redivivo de los padres, que en su transmudación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza”*  
*Freud, S. 1914*

**E**L Narcicismo, componente indisociable en toda relación humana, aparece expresado a través del amor primario con la figura primaria de afecto para el bebé humano. En ese estado primario de indiferenciación, del infans con la figura del otro materno, se configura el narcicismo primario, narcicismo primordial que enlaza el narcicismo del yo ideal de la madre, revivido en la figura del hijo. El narcicismo primario del niño, sobre el cual se erige su yo ideal, cobra vida en correlación al narcicismo de la madre, pues de esta relación primaria, y como figura de identificación primario surge ese narcicismo infantil, también potenciado por el deseo materno y su exacerbación de cariño y afecto dirigida hacia su hijo, quien imaginariamente representa esa completud imaginaria perdida por la mujer en su derrota edípica.

Este narcicismo primario, equivale al resultado de una relación, pues para que exista narcicismo debe existir un objeto, el otro es necesario e irremplazable para el narcicismo. Ese narcicismo primario reencontrado por la madre en su ejercicio a través de la figura de su hijo, y ese narcicismo surgido en el hijo, solo ocurre gracias a que existe esta relación y hay un intercambio libidinal entre los sujetos. Ese lugar simbólico entregado por el otro permite que exista el narcicismo, pues en la validación del otro se reafirma el sujeto. En ese momento de indiferenciación y goce primario, el yo del infans que está en plena formación, queda investido por la completud, estado al cual siempre se tendera a regresar y siempre se querrá

recuperar ese lugar de “su majestad el bebé”, pero para regresar a este siempre será necesario otro que lo reconozco y le dé el lugar simbólico correspondiente (Martínez 2012).

Freud, en su “Introducción al narcicismo” (1914), Empieza describiendo el narcicismo como una conducta en la cual la libido de los objetos externos es sustraída y dirigida al yo. Bajo esta primera descripción, el narcicismo seria la acción de tomar al propio yo como objeto al que se dirige la libido. Freud, relaciona el estado narcicista con enfermedades como la esquizofrenia, pues el sujeto se sustrae de la realidad y del intercambio con los objetos, y se centra exclusivamente en su propio yo. En Freud, el narcicismo se presenta en estados tempranos de desarrollo de la libido como el autoerotismo infantil, pero plantea que la resolución de esto se presenta cuando se dirige la energía sexual y la libido hacia una investidura de objeto.

Freud, nos da el ejemplo del enfermo, y como este durante su enfermedad sustrae la libido de los objetos, y concentra toda su atención hacia su sufrimiento orgánico. El interés egoísta del enfermo dirige la libido hacia su interés yoico, y cesa de amar para concentrarse indiferenciadamente en su sufrimiento. La hipocondría seria un claro ejemplo del alojamiento de la libido sobre algunos órganos del cuerpo, pero a diferencia de la enfermedad orgánica real, el hipocondriaco lo genera para erogenizar su cuerpo enfermo con libido sustraída de los objetos externos, toda ahora expresada en el cuerpo interno, y manifestada como dolencias físicas, se manifiesta con una “estasis de la libido yoica”<sup>1</sup>.

Freud plantea que otra vía para el estudio del narcicismo, es el análisis de la vida amorosa de los seres humanos. Explica que en el caso del hombre, este elige sus objetos

---

<sup>1</sup> Freud, S (1914) “Introducción al Narcicismo” (p.81).

sexuales a partir de sus experiencias de satisfacción. Las primeras experiencias de satisfacción surgen a raíz de la satisfacción de funciones vitales de auto conservación. En palabras de Freud:

“Las pulsiones sexuales se apuntalan al principio en la satisfacción de las pulsiones yoicas, y sólo más tarde se independizan de ellas; ahora bien, ese apuntalamiento sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son, sobre todo, la madre o su sustituto. Junto a este tipo y a esta fuente de la elección de objeto, que puede llamarse el tipo del apuntalamiento [tipo anaclítico].”<sup>2</sup>

En el desarrollo sexual de la niña, en el complejo de Edipo cuando dirige su interés y su libido hacia su padre, lo interioriza, y a raíz de esto, surge una elección de objeto por apuntalamiento buscando al hombre amado a partir de la figura del padre idealizado en la infancia.

Freud explica que otra vía en la elección de objeto, en la cual no se elige el objeto sexual a partir de los modelos de la madre o el padre, sino a partir de la persona misma. “Manifiestamente se buscan a sí mismos como objeto de amor, exhiben el tipo de elección de objeto que ha de llamarse narcisista”<sup>3</sup>. Para Freud, todo ser humano tiene abierta la posibilidad de su elección de objeto, bien sea basada en sus partenaires, o bien sea en sí mismo. Así, el narcicismo primario puede expresarse de manera dominante en su elección de objeto.

---

<sup>2</sup> *Ibíd.* (p.84).

<sup>3</sup> *Ibíd.* (p.85).

Para Freud, en el hombre siempre existe una tendencia mayor a una elección de objeto por apuntalamiento, pues existe una sobreestimación sexual originaria en el narcisismo de la infancia, la cual es transferida sobre el objeto sexual. Esa sobreestimación sexual da lugar al enamoramiento, que Freud describe de la siguiente forma: “ese peculiar estado que recuerda a la compulsión neurótica y se reconduce, por lo dicho, a un empobrecimiento libidinal del yo en beneficio del objeto”<sup>4</sup>.

En la mujer Freud explica que hay una mayor tendencia a una elección de objeto narcisista, pues la elección de objeto por apuntalamiento se configura más complejo, por lo cual no le queda otra vía si no buscar ser amada en la proporción que ella misma lo hace. Con el desarrollo de la pubertad el cambio físico, la mujer se empieza a volver hermosa y comienza un acrecentamiento de su narcisismo original, inicia una complacencia hacia sí misma. En palabras de Freud: “Tales mujeres sólo se aman, en rigor, a sí mismas, con intensidad pareja a la del hombre que las ama. Su necesidad no se sacia amando, sino siendo amadas, y se prendan del hombre que les colma esa necesidad”<sup>5</sup>.

Para la mujer hay una vía, que lleva completamente al pleno amor de objeto, como lo dice Freud: “En el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto”<sup>6</sup>. Freud describe los caminos a los cuales se puede dirigir el amor de objeto, bien sea la elección narcisista o por apuntalamiento:

Según sea de tipo narcisista:

- a. A lo que uno mismo es (a sí mismo),
- b. A lo que uno mismo fue,

---

<sup>4</sup> *Ibíd.* (p.85).

<sup>5</sup> *Ibíd.* (p.85-86).

<sup>6</sup> *Ibíd.* (p.86).

- c. A lo que uno querría ser, y
- d. A la persona que fue una parte del sí-mismo propio.

Según el tipo del apuntalamiento:

- a. A la mujer nutricia,
- b. Al hombre protector

Según esta descripción realizada por Freud, y en concordancia a la relación de objeto establecida por la madre con su hijo, se puede decir que esta es de tipo narcisista, pues en la figura del hijo la madre se ve reflejada a sí misma, la experiencia de la maternidad rememora esos momentos de omnipotencia infantil, hay una reminiscencia a ese narcicismo primario. A lo que querría ser, pues siempre se depositan deseos en la figura del hijo, buscando una perpetuación e inmortalidad narcisista del propio yo a través del hijo; y a la persona que fue parte del sí mismo, pues la madre y el hijo comparten un solo cuerpo durante la gestación, y esta relación corporal simbiótica continua durante los primeros años de vida del bebé humano. Aunque la función materna está influenciada por la abnegación y la entrega en pro del desarrollo del hijo, como una forma apta de supervivencia para la especie, el componente narcisista intrínseco establecido en la relación primaria es lo que sitúa al hijo como objeto de amor primario para la madre y al hijo a la madre como figura primaria, suprema y omnipotente.

El surgimiento del narcicismo primario, establecido en el niño durante sus primeros años de vida, surge a través de la relación de amor con sus figuras de afecto. El amor que dirigen los padres a sus hijos, esta impregnado por una reproducción de su narcicismo perdido con la ilusión de volverlo a recuperar mediante sus hijos. En palabras de Freud:

“Si consideramos la actitud de padres tiernos hacia sus hijos, habremos de discernirla como renacimiento y reproducción del narcisismo propio, ha mucho abandonado. La sobrestimación, marca inequívoca que apreciamos como estigma narcisista ya en el caso de la elección de objeto, gobierna, como todos saben, este vínculo afectivo. Así prevalece una compulsión a atribuir al niño toda clase de perfecciones (para lo cual un observador desapasionado no descubriría motivo alguno) y a encubrir y olvidar todos sus defectos (lo cual mantiene estrecha relación con la desmentida de la sexualidad infantil)”<sup>7</sup>.

Se atribuye en el hijo, figura omnipotente que alimenta su propio narcisismo infantil por el enaltecimiento de sus padres, quienes a la vez rememoran y recuperan en su figura su narcisismo infantil perdido. El niño les recuerda esas conquistas culturales a las que han tenido que ceder para llegar a la adultez, lo cual no les ha permitido proseguir con sus ideales, pues su Ideal del Yo les ha obligado a cumplir lo esperado por la cultura y renunciar a su Yo Ideal, ahora revivido en su hijo, del cual se espera no deba vivir las renunciaciones y obligaciones de la naturaleza.

Las expectativas de los padres dirigidas hacia “His Majesty The Baby”, como lo explica Freud, se ven reflejadas de la siguiente forma:

“Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres; el varón será un grande hombre y un héroe en lugar del padre, y la niña se casará con un príncipe como tardía recompensa para la madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, esa inmortalidad del yo que la fuerza de la realidad asedia duramente, ha ganado su seguridad refugiándose en el niño”<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> *Ibíd.* (p.87-88)

<sup>8</sup> *Ibíd.* (p.88)



Ese amor abnegado e incondicional de los padres a sus hijos, encuentra su recompensa en esa perpetuación de su narcicismo recuperado y resucitado a través de su hijo, pues en la figura de este se espera alcanzar a cumplir los deseos y logros no obtenidos por el propio yo, y bajo esa perpetuación narcisista de los padres espera encontrar una inmortalidad del yo, por lo que se podría afirmar que toda relación parental entre padres e hijos siempre guarda una esperanza de gratificación narcisista que se deposita en los hijos y aguarda para tomarse como propios y atribuir al yo lo que consigan los hijos como ganancias del propio yo de los padres.

Continuando con el concepto de Narcicismo; Freud plantea que la resolución y abandono del narcicismo primario se da con la constitución del Ideal del Yo, instancia que surge durante el complejo de Edipo y que le permite al niño identificarse con el genitor de su mismo sexo y así dar continuidad al Ideal del Yo que se espera de él, reprimiendo así el Yo Ideal y renunciando al estado nirvanico de perfección alcanzado en la infancia mediante el narcicismo primario.

El estado ideal del narcicismo infantil es un estado al que siempre se tendera a regresar pues siempre existirá el deseo de revivir los momentos de satisfacción alcanzados durante la infancia. Ya que no se puede retornar a este Estado, mediante el Yo Ideal, se intentara recobrarlo nuevamente mediante esta instancia. Como lo plantea Freud: “Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcicismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal”<sup>9</sup>.

---

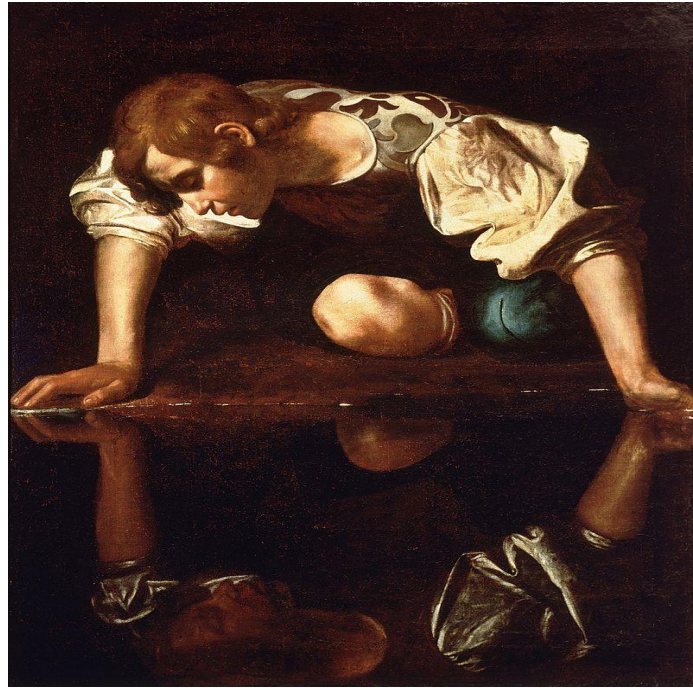
<sup>9</sup> *Ibíd.* (p.91)

Con el Ideal del Yo, se espera lograr recompensar al yo y tratar de cumplir el ideal esperado para alcanzar la satisfacción del sujeto, mediante la satisfacción de la libido de objeto, así mediante las relaciones de objeto y su resolución se cumple parte de ese Ideal, otra vía es la omnipotencia alcanzada por el sujeto que guarda relación con esa omnipotencia infantil y que es recuperada en cierta forma mediante el cumplimiento de ese ideal. En palabras de Freud:

“El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcicismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde fuera; la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento de este ideal”.

El deseo de recuperar el narcicismo primario estará siempre en el sujeto, pero mediante el Ideal del Yo, el cual será descargado mediante la sublimación por vía desexualizada en la que el sujeto cumplirá su Ideal bajo los parámetros sociales y culturales establecidos, y en acorde cumplimiento con la conciencia moral.

Del narcicismo primario, Freud propone un narcicismo posterior al cual denomina narcicismo secundario, este concepto hace su aparición en el texto “Duelo y Melancolía”, aquí Freud manifiesta que la melancolía sería un tipo de identificación narcicista, pues el melancólico, expresa su desilusión y dolor al mundo exterior de tal forma como si la dirigiese a su propio yo. Es una identificación narcicista de tipo secundario pues el sujeto se identifica con el objeto perdido que fue su objeto de deseo. Este narcicismo aparece posterior al complejo de Edipo junto con el Ideal del Yo, formaciones en las que se desarrolla el Yo del sujeto.



“Narciso” Caravaggio 1597-1599. Galería Nacional de Arte Antiguo. Roma – Italia.

### ***3.1.2 El Estadio del Espejo: esencial en la formación del Yo.***

Lacan, inicia su recorrido en el esbozo de su concepto de Narcicismo, partiendo desde la postura del narcicismo primario de Freud. Para Lacan, el niño configura una imagen de sí mismo a través de la imagen del Otro, ese Otro (figura materna), deriva un yo ideal del niño construido a través de ese deseo materno. Para Lacan el narcicismo no es intrínseco del ser, sino que surge a través de esa relación imaginaria con el otro deseante, imagen sobre la cual se construirá ese yo ideal, pues si no hay un otro que devuelva una imagen de sí, no existirá el yo, y por ende tampoco el narcicismo primario.

Este narcicismo primario, sobre el que se erige el yo en principio es dado por la imagen del otro, es decir el yo del niño esta moldeado a raíz del deseo materno, es un yo-otro,

un yo ideal que incorpora el deseo materno. Lacan (1954) en la clase 9 del seminario I, explica lo siguiente:

"Vale decir que el yo humano se constituye sobre el fundamento de la relación imaginaria. La función del yo –escribe Freud- debe tener eine neue psychiche... gestalt. En el desarrollo del psiquismo aparece algo nuevo, cuya función es dar forma al narcisismo. ¿No es acaso marcar el origen imaginario de la función del yo?"<sup>10</sup>

La relación imaginaria es la cual en principio da forma al narcisismo, pero para entender más en profundidad la condición imaginaria del Yo, se debe explicar algunas nociones sobre el estadio del espejo, y la importancia de esta etapa en la constitución del yo en el sujeto. El estadio del espejo es el suceso ante el cual la cría humana ve la imagen de su cuerpo en un espejo, y la reconoce como propia. A partir de este estadio surge el Yo como producto de una identificación con la imagen de sí, el niño es capaz de asumir el imago de su reflejo en el espejo. En palabras de Lacan:

“El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrecito en ese estadio infans, nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo [je] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la

---

<sup>10</sup> Lacan, J. (1987) "El seminario Libro I" (p.178)

identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto”<sup>11</sup>.

El niño aun con muy poco control de sus movimientos corporales, en comparación con otras especies, es capaz alrededor de los seis meses reconocer su imagen en el espejo. El niño en el estadio del espejo ve la imagen de sí mismo como una totalidad, una gestalt. Pero el niño experimenta un conflicto entre la estabilidad de la imagen en el espejo y la irregularidad y falta de coordinación de su cuerpo real, el niño siente amenaza y tensión agresiva debido a la sensación de fragmentación; en busca de resolver esa tensión agresiva, el niño se identifica con la imagen, de esa identificación imaginaria con su imagen en el espejo surge la formación del Yo.

Esta forma de la imagen que el niño ve en el espejo, explica Lacan que puede designarse como *yo-ideal*, esto sitúa el surgimiento del yo, desde una virtualidad o una formación imaginaria, pues la gestalt del cuerpo del niño en el espejo le brinda una gratificación sobre un espejismo de maduración, aunque su cuerpo aun no alcance una fluidez motriz real, se aliena ante esta imagen ideal de sí mismo.

Como se ha mencionado anteriormente, desde la postura Lacaniana, no existe una posible constitución del yo sin otro; es decir “el yo es otro” la imagen que el niño configura como suya, su imago a través del espejo, no es propiamente suya pues está atravesada por el Otro, está en función del deseo de la madre. El niño desconoce que es otro y atribuye la imagen como suya en completud y perfección. Esa imagen del yo del niño, es una imagen virtual enajenada, bajo lo cual Lacan plantea que el Yo esta alienado.

---

<sup>11</sup> Lacan, J (2009) “El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (p.100)

Después de que el niño reconoce su imagen en el espejo, voltea y busca una figura que lo valide, que lo ratifique, busca la aprobación del gran Otro. Esto introduce la función simbólica, en la que la figura del gran Otro quien lo sostiene, y simboliza los gestos, expresiones y necesidades del niño, dándole significado a sus comunicaciones y respondiendo a sus necesidades, esta atribución simbólica la cumple la figura materna, con sus cuidados y amor, o bien con rechazo u odio, sea cual sea los sentimientos que se experimenten en esa diada primaria, es el gran Otro desde la figura de la madre quien da esas representaciones simbólicas al mundo, y sobre esa imagen, en la alienación de esa relación primaria se configura el yo del niño.

Lacan explica, las condiciones naturales que hacen que el bebe humano sea tan dependiente en sus primeros años de vida, lo explica bajo la teoría de la prematuración del nacimiento y la dependencia. Esto lo explica desde la evolución, el paso en la evolución de los homínidos, modifico la postura y la forma de andar, hasta llegar al andar bípedo con una postura erguida, lo que modifico el aparato musculo-esquelético, en consecuencia la postura en el embarazo en la hembra cambió lo que anticipo el proceso de gestación y adelanto el nacimiento del bebe humano alrededor de los nueve meses. Con esta modificación biológica, el cerebro del bebe en ese tiempo no está completamente desarrollado y su cuerpo no tiene la maduración suficiente para valerse por si mismo, lo que conlleva la dependencia biológica del neonato con su madre, figura esencial para la supervivencia y desarrollo del bebe humano, tanto a nivel físico como psicológico.

De lo mencionado anteriormente, se hace hincapié en la importancia que tiene para el desarrollo del sujeto humano el estadio del espejo, pues es una fusión de los ordenes

simbólicos e imaginarios, que configuran la formación psíquica de los sujetos, de esta tan importante etapa, el niño es capaz de situarse en posición a sí mismo y a los demás. Se logran grandes conquistas para el niño durante esta etapa, pues lo real, o la imagen real de su cuerpo (fragmentado, desorganizado) adquiere una *gestalt* que lo ubica de forma unificada, le da una imagen estable de sí mismo, que suprime la amenaza de fragmentación y caos que produce su cuerpo real, por lo cual se identifica con esa imagen en el espejo; si bien se aliena bajo su propia imagen, y aquí la entrada al orden imaginario, esa imagen bajo la que se aliena es la imagen ideal de su cuerpo, lo que constituye el Yo Ideal, ese Yo Ideal, da una ilusión de síntesis y unidad, que si bien no está realmente presente en ese momento del desarrollo del niño, es la imagen ideal a la que se aspira llegar, y la que le da la base constitutiva al yo.

El orden imaginario puede entenderse como el sostén y la base que permite que se constituya el Yo del sujeto, pero también forma parte esencial de esta fase del estadio del espejo, el orden simbólico, el cual resulta imprescindible para la completa constitución del yo. El orden simbólico es lo que acompaña y lo que atraviesa, es nada más y nada menos, que esa mirada de la madre que valida y da seguridad, esa mirada va impregnada del deseo de la madre ese deseo que también adquiere el hijo a través de esa identificación simbólica con la figura del gran Otro materno. Esa mirada de la madre cargada de amor y aprobación, es lo que transmite ese deseo materno, y hace que el niño se identifica con eso que ella desea (el falo). En este primer momento de lo simbólico, es el deseo materno el que unifica, y es a través de esa imagen que el niño se identifica, a través de la mirada del otro constituye su yo.

La madre en su constitución natural se sabe castrada, y atribuye a su hijo esa posición de Falo, sin ese deseo por el falo que tiene la madre, no existiría el deseo en el hijo, la madre como mujer deseante atribuye una imagen al niño, de esa imagen cargada de deseo es que se

posibilita la constitución del Yo. Esa mirada deseante de la madre lo sostiene y lo posiciona, el niño se constituye además de su propia imagen en el espejo, de la imagen idealizada y deseante que deposita la madre en él.

El niño se identifica con su madre, pero más que con ella se identifica con lo que ella desea, y con la posición ideal que se le atribuye a través de ese deseo. Como lo explica Martínez (2011) desde la lectura de Lacan:

“Digamos con Lacan, que en este tiempo el otro ubica al niño en posición de objeto. Situado simbólicamente como Falo Materno, este intentará identificarse con el deseo de su madre, pretendiendo colmar el vacío de esta. Es decir, deseo de deseo. Este es el primer momento del Edipo según Lacan, donde la relación madre - hijo está muy cercana a la fusión y además donde el deseo del niño está sujeto al deseo de su madre [...] Este punto es central, es un aporte de Lacan a la comprensión del complejo de Edipo, donde en sus inicios existiría esta identificación con aquel objeto que supone colma el deseo materno”<sup>12</sup>.

La madre, idealiza a su hijo como su Falo, capaz de colmar su deseo; su amor y cuidados le dan una imagen a su hijo, imagen sobre la cual ella espera colmar su deseo de Falo y alcanzar la completud. Esta dinámica, puede explicarse bajo la dialéctica fálica de ser o no ser el Falo de la madre. En principio el niño se identifica y aliena bajo la imagen del otro, lo que le permite distinguir al otro y entrar en la dinámica de lo simbólico. Pero de esta identificación con la imagen del Otro materno, lo lleva a sentirse identificado con el Falo, si

---

<sup>12</sup> Martínez-Castro, N. (2012) “El narcisismo... Freud y Lacan” (p.3)



bien su madre le hace sentir como que él es su Fallo, el niño se identifica con ella a partir del Fallo que el niño imagina que posee. Así, esta relación se sostiene a través del deseo por Fallo, del niño por tener el Fallo de su madre, y de la madre por tomar al hijo como Fallo.

Gracias a esta posición de la madre, el hijo puede ser libidinizado, es decir un sujeto con carga libidinal, un sujeto capaz de desear. De esa idealización fálica que atribuye la madre al hijo se despliega el Yo del sujeto, permitiendo inscribirlo en el orden del deseo y lo simbólico, permitiéndole así inscribirse al mundo. La inscripción en el mundo simbólico a través del deseo, configura la cadena significativa que hace que el sujeto aparezca, y es posible esa respuesta simbólica gracias al reconocimiento de la subjetividad. Como lo explica Martínez-Castro (2012):

“Es el Otro en tanto lugar donde se sitúa la cadena significativa, lo que dará las posibilidades para que el sujeto sea y se haga presente, el grito de malestar se transforma en demanda, y el infans deberá hacerse un lugar para habitar en la red de significantes, gracias al reconocimiento y atribución de una subjetividad otra [...] la cual al producirse en el campo del Otro hace posible su significación. Este movimiento deberá ser realizado por el Otro Materno y atribuir una otredad en ese grito, un saber en ese llanto, en ese silencio del infante, en sus movimientos y cambios de temperatura, por poner algunos ejemplos. Todos estos signos, deben ser leídos y significados por el Otro, y solo así es como las necesidades de la cría humana, en un proceso de significación por el adulto se van satisfaciendo, se va libidinizando el cuerpo en lo que denominamos el autoerotismo, es decir, se va narcisizando”.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> *Ibíd.* (p.5)

De la relación primaria con la madre, atravesada por el deseo y la relación con el Falo mediante la dialéctica del ser y el tener, surge el narcisismo primario, y el yo ideal, explicados anteriormente. Sobre ese yo ideal que el niño percibo en sí mismo y potenciado por el lugar de Falo que le atribuye al niño surge en este una omnipotencia ideal, lo que genera un goce y satisfacción, pues en esa relación ideal con la madre no existe la falta. La madre significa los signos y expresiones de su hijo, posibilitándole la incursión al lenguaje y la cultura. Si bien cómo se explica en párrafos anteriores la posición de falo imaginario que atribuye la madre a su hijo, posibilita la libidinización del niño, ubicándolo como un sujeto de deseo, por lo que la relación simbiótica primaria con la madre es importante.

Hasta este punto del desarrollo, el niño conoce el goce y la satisfacción, vive en un éxtasis, en una especie de nirvana perfecto con su madre; pero esa relación no se puede prolongar eternamente pues se sabrían nefastas consecuencias psíquicas para los sujetos. El niño debe caerse de su nube de narcisismo ideal y enfrentar la castración. Bajo la perspectiva de Lacan, la castración es necesario, pues porque si bien para el niño es importante estar situado desde el deseo, también es importante ser castrado y romper la relación simbiótica con la madre, pues quedar atrapado en el goce eterno de la relación primaria puede tener funestas consecuencias a nivel psíquico, pues no se erigiría como un sujeto indiferenciado de la madre. Como lo explica Martínez-Castro desde la lectura de Lacan: “La castración lacaniana indica justamente la pérdida de este paraíso Fálico del narcisismo primario, que se supone en la asociación indiferenciada, gozosa con el otro Materno”<sup>14</sup>.

En ese camino, el niño conoce la pérdida, y al conocer la pérdida mediante la castración, esta su salvación como sujeto diferenciado y deseante. La incursión en el lenguaje

---

<sup>14</sup> *Ibíd.* (p.5)

permite simbolizar la pérdida. Esto será posible y realizable siempre y cuando la madre permita la castración y dirija su deseo como mujer al Padre. En el caso de que esto no suceda, la madre dará largas para que el niño no tenga la necesaria experiencia de la castración, y así ella poder seguir posicionándolo en el lugar de la falta, que nunca lograra ser colmada.

El sujeto desea lo que no tiene, o lo que no puede tener, ese objeto *a*, perdido e imposible de recobrar, es lo que el sujeto siempre buscara encontrar y lo que lo movilizara a nivel psíquico, el saberse castrado y en falta, lo hará un sujeto sexual deseante. Se conoce el goce, solo después de saber que se lo ha perdido. Es por eso tan importante para la resolución de la trama Edípica la aparición de las insignias del Nombre del Padre, pues se encargara de cortar la relación de goce entre madre hijo. El padre interviene en la ley, y ayuda a que se forme el hijo como sujeto deseante. Pues de esa triada madre-padre-hijo, todos al final se hallaran vacios y en falta y buscaran dirigir su deseo al Falo. En palabras de Martínez-Castro:

“La importancia (*del Nombre del Padre*<sup>15</sup>) en la constitución subjetiva, a partir justamente del corte (Ley) que ejerce en el goce de la díada madre-hijo, cuestión que hará posible la sexuación en tanto remite al Edipo, como triangulación deseante referente a un cuarto elemento, al que Padre-Madre-Hijo dirigirán su deseo... el Falo.”<sup>16</sup>

La posibilidad del sujeto en ser deseante, radica en que alguna vez fue deseado, el hecho de ser libidinizado por otro, abre la capacidad deseante del propio sujeto, en el caso del hijo, mucho antes de nacer en algunos casos ya es deseado e idealizado por sus padres, lo que le genera un espacio en lo simbólico, y lo ubica como sujeto de deseo, esto resulta en la etapa

---

<sup>15</sup> La cursiva es propia.

<sup>16</sup> *Ibíd.* (p.6)

pre-edípica en la relación de goce ideal con la madre, por lo cual se necesita de la castración y la pérdida para adquirir el deseo.

Para poder desear hay que haber sufrido la pérdida, por lo cual, se puede entender que en la pérdida insoslayable de la mujer y su gran herida narcisista al nunca poder poseer el Falo, se busca el hijo como la figura capaz de llenar el lugar de la falta y colmarla y completarla, por lo cual toda madre para poder brindar a su hijo lo necesario para hacerlo deseante tiene que haber vivido la castración. Como lo explica Martínez-Castro:

“Es decir, que para prodigar cuidados a un hijo, es necesario haber atravesado antes por la castración, ya que de este modo, podrá el hijo ser narcisizado, cuidado y deseado, en tanto representante simbólico (Falo), capaz de llenar el agujero de la propia falta”<sup>17</sup>.

### 3.2 DEL PENISNEID AL FALO IMAGINARIO

Como se ha mencionado a lo largo del presente capítulo, el narcicismo surge cuando hay una formación del yo en el sujeto, y esa formación del yo en el sujeto se da a través de la imagen propia en el espejo, que se aliena conforme al deseo del gran Otro Materno. Pero para que la madre pueda situar a su hijo en esa posición de falo, y depositar su deseo, mediante el amor maternal, ha tenido antes que experimentar, la falta, y la pérdida, ha tenido que vivir el complejo de castración, que para el caso de la mujer deja en el inconsciente, como subrogado estructural y consecuencia el *penisneid*.

Como lo explica Lacan (1958):

---

<sup>17</sup> *Ibíd.* (p.7)

“El complejo de castración tiene una función de nudo. [...] en una regulación del desarrollo que da su ratio a este primer papel: a saber la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo, ni siquiera responder sin graves vicisitudes a las necesidades de su partenaire en la relación sexual e incluso acoger con justeza las del niño que es procreado en ellas”.

Las consecuencias de la castración siempre dejaran marca en el inconsciente de los sujetos, independientemente de su sexo, pero particularmente en el caso de la mujer, esas consecuencias derivan en su particular relación con el falo. Lacan (1958) lo explica sobre los siguientes cuatro puntos:

- “**1o.** de por qué la niña se considera a sí misma, aunque fuese por un momento, como castrada, en cuanto que ese término quiere decir: privada de falo, y por la operación de alguien, el cual es en primer lugar su madre, punto importante, y después su padre, pero de una manera tal que es preciso reconocer allí una transferencia en el sentido analítico del término;
- 2o.** de por qué más primordialmente, en los dos sexos, la madre es considerada como provista de falo, como madre fálica;
- 3o.** de por qué correlativamente la significación de la castración no toma de hecho (clínicamente manifiesto) su alcance eficiente en cuanto a la formación de los síntomas sino a partir de su descubrimiento como castración de la madre;
- 4o.** estos tres problemas culminan en la cuestión de la razón, en el desarrollo, de la fase fálica. Es sabido que Freud especifica bajo este término la primera maduración genital: en cuanto que por una parte se caracteriza por la dominación imaginaria del atributo fálico, y por el goce masturbatorio, y por otra parte localiza este goce en la mujer en el clítoris, promovido así a la función del falo, y

que parece excluir así en los dos sexos, hasta la terminación de esta fase, es decir hasta la declinación del Edipo, toda localización instintual de la vagina como lugar de la penetración genital”<sup>18</sup>.

Con las consideraciones de Lacan, mencionadas anteriormente, se entiende la condición de importancia suprema que ocupa la significación del falo en los sujetos, tanto para hombres como mujeres, tiene un lugar especialmente importante para el desarrollo psíquico. El descubrimiento de la castración materna, sitúa el inicio del complejo de castración, en el niño inicia el temor a perder su pene, y en la niña surge la herida narcisista por el descubrimiento de la privación y se da inicio a la búsqueda insaciable por el Falo.

El Falo, es el significante de la falta, de lo perdido, de lo que no está, de lo incompleto. Como lo menciona Lacan: “El falo como significante da la razón del deseo”<sup>19</sup>. La relación con el deseo está dada en desear lo que no se posee, por eso la razón del deseo es poseer el Falo. El significante fálico representa el ideal al que el sujeto aspira, por eso se vuelve en el motor de su deseo, estando siempre presente en la demanda del sujeto la aspiración a poseerlo.

Lo que la madre desea es el falo, y trata de obtenerlo mediante la satisfacción de la demanda en el hijo, el cual este corresponde tratando de satisfacer a su madre convirtiéndose en el Falo que desea. El deseo se siente gracias a la atribución que el otro hace de eso que desea, es decir el niño desconoce el Falo como tal, pero sabe que su madre lo desea, por eso en búsqueda de corresponder a ese deseo y ser causa del deseo el niño se posiciona como falo para la madre. En palabras de Lacan:

“La demanda de amor no puede sino padecer de un deseo cuyo significante le es extraño. Si el deseo de la madre es el falo, el niño quiere ser el falo para

---

<sup>18</sup> Lacan, J (1958) “La significación del Falo” en Escritos II.

<sup>19</sup> *Ibíd.*

satisfacerlo. Así la división inmanente al deseo se hace sentir ya por ser experimentada en el deseo del otro, en la medida en que se opone ya a que el sujeto se satisfaga presentando al otro lo que puede tener de real que responda a ese falo, pues lo que tiene no vale más que lo que no tiene, para su demanda de amor que quisiera que lo fuese”<sup>20</sup>.

El falo es un significante que viene impuesto desde el lugar del Otro, y al estar en el lugar del Otro solo se tendrá acceso a este mediante la relación con éste. El falo como tal no está visible, no es notable ni accesible. Lo que está presente es lo que el otro desea, y el saber lo que el otro desea es lo que el sujeto debe reconocer. El falo está velado, pero está en el deseo del otro. Al final lo que se debe reconocer es también al otro que al igual que el sujeto se encuentra dividido.

La conjunción del deseo del Otro, tiene una consecuencia definitiva cuando se descubre el Falo, pues la huella que deja el significante del falo produce una amenaza a la pérdida, o una herida nostálgica por la privación o carencia. En palabras de Lacan:

“Esa prueba del deseo del Otro, la clínica nos muestra que no es decisivo en cuanto que el sujeto se entera en ella de si él mismo tiene o no tiene un falo real, sino en cuanto que se entera de que la madre no lo tiene. Tal es el momento de la experiencia sin el cual ninguna consecuencia sintomática (fobia) o estructural (Penisneid) que se refiera al complejo de castración tiene efecto. Aquí se sella la conjunción del deseo en la medida en que el significante fálico es su marca, con la amenaza o nostalgia de la carencia de tener”<sup>21</sup>.

El descubrimiento de que la madre no posee el falo, define la relación que los sujetos van a tener referente a él. La función del falo tendrá consecuencias para cada uno de los

---

<sup>20</sup> *Ibíd.*

<sup>21</sup> *Ibíd.*

sexos, pues se construirá un comportamiento en cada uno de los sexos, sobre la cuestión de tener o no tener el falo. Con la intervención paterna se desenlaza el misterio sobre la posesión del falo, y el niño o niña descubren que su madre no lo posee, por lo que dirigirán esa demanda al padre, el niño por un lado sabrá que lo tiene, pero temerá perderlo y buscará protegerlo y defenderlo como su bien preciado, en el caso de la niña descubrirá que no lo tiene e intentará enmascarar esa falta. Con la resolución de la castración y la finalización del complejo de Edipo, cada sexo construye su relación con el falo, relación que siempre estará presente en su psiquismo, y de la cual se deriva el tipo ideal según su sexo.

En la mujer la relación con el falo, marca su condición de forma permanente, por lo que como lo planteaba Freud anteriormente, mediante su narcicismo y la relación con el Otro, buscará hacerse fálica, mediante su belleza, en la correspondencia en la demanda de amor por el hombre, o bien como en la infancia buscará ese hijo del padre, mediante el hombre amado, hijo que se convertirá en la realización de su deseo (el falo), o bien no tolerará la falta y la carencia fálica, y asumirá una postura homosexual, en la cual posea el falo.

La mujer espera encontrar el falo, o bien ser el falo, pero esta búsqueda insaciable conlleva en que la mujer no asuma su postura femenina desde la falta, y siempre este latente la herida narcisista de su privación. Como lo explica Lacan:

“Decimos que es para ser el falo, es decir el significante del deseo del Otro, para lo que la mujer va a rechazar una parte esencial de la femineidad, concretamente todos sus atributos en la mascarada. Es por lo que no es por lo que pretende ser deseada al mismo tiempo que amada. Pero el significante de su deseo propio lo encuentra en el cuerpo de aquel a quien se dirige su demanda de amor”<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> *Ibíd.*



La resolución del ideal fálico en la mujer siempre estará en la demanda hacia el otro, bien sea desde el amor al hombre, en la infancia en la demanda del falo al padre, o en la demanda del hijo al hombre amado, desde cualquier vía, en la relación que la mujer establece con el Otro, siempre esta intrínseca la demanda fálica como su ideal.

### ***3.2.1 El Hijo como objeto a.***

Hablar del objeto *a* en psicoanálisis, resulta además de complejo de definir, imposible de percibir, el objeto *a* es lo que se alcanzara y develara en la cura, es el eje del psicoanálisis desde la perspectiva Lacaniana. Por lo que bajo la anterior mención, el subtítulo del hijo como objeto *a* se refiere a un subrogado de este, a uno de los tantos pequeños objetos *a* que se pueden tener a lo largo de la historia del sujeto.

El objeto *a*, es la causa del deseo, representa al pequeño otro, al semejante, al primer objeto de deseo y de identificación<sup>23</sup>. Este objeto del deseo se construye a partir del estadio del deseo en función del otro, es decir el objeto *a* es el heredero de la relación especular. El investimento libidinal y narcisista establecido en la relación primaria entre madre e hijo, posiciona a la diada madre hijo, como el ideal de completud y perfección, tanto desde el polo de la madre como desde el del hijo. El yo se constituye desde el otro, por lo que el deseo del niño sería deseo de la madre, y el deseo de la madre es el falo, el cual el hijo puede simbolizar.

En esta relación primaria, lo que reina es la plenitud narcisista, pues la madre colma su deseo mediante el hijo, y el hijo alienado desde el deseo de la madre, también lo satisface. Aunque lo que sostiene la relación primaria es el deseo, de la madre transmitido al hijo, ese

---

<sup>23</sup> Millot, C. (1988) "Nobodaddy la histeria en el siglo".

deseo siempre dejara como subrogado la falta, pues aunque la madre intente posicionar al hijo como su falo o un pequeño objeto *a* sustituto, nunca lograra llenar ese agujero de la falta constitutivo de todos los sujetos.

El hijo y la relación que la madre establece con él es una relación de objeto, que siempre vendrá atravesada por el deseo, la libido y el narcisismo. Pero aunque el hijo se ponga en la posición de objeto salvador e ideal de completud, esto siempre quedará en la ilusión del deseo de la madre, pero a pesar del intento, nunca lograra colmarla. En palabras de Millot:

“Lacan destaca que el deseo. Más allá de su dimensión imaginaria, se dirige a la falta. El objeto del deseo no es otro que la falta de objeto, simbolizada por el falo.

“La relación central de objeto es la de la falta de objeto. Falta articulable en el nivel de los tres registros, real, imaginario y simbólico, como privación, frustración y castración”<sup>24</sup>

Se desea lo que no tiene, y en este caso lo que la madre desea es el falo, falo que se convierte en el hijo que trae al mundo y es fruto de su ser. La mujer esta privada, y vive una frustración derivada de la castración. El objeto entra en función del deseo, o a tratar de complacerlo, que en el caso de la relación primaria seria la función del hijo; pero el deseo es siempre insaciable e irreconocible. Millot, respecto a la posición del objeto y el deseo explica lo siguiente:

“Si un objeto puede entrar en función en el deseo es en relación con la falta, y lo hace como pantalla o velo que deja surgir la dimensión del más allá. Lacan sitúa la relación de amor y de deseo referida a tres términos, sujeto., objeto y falta: “Lo que se ama en el objeto es lo que está más allá”, la falta; pero el lugar del deseo ha

---

<sup>24</sup> *Ibíd.* (p.71)

de ser situado a nivel de este objeto, que obra como un velo y pasa a ser, con ello, en el lugar de la captura imaginaria”<sup>25</sup>.

Desde la concepción del objeto *a*, y considerando la figura del hijo como un pequeño objeto *a*, esta figura del hijo que le otorga la madre lo posiciona como una especie de “fetiche” realizado bajo su ideal y desde su deseo, a imagen y semejanza de su narcisismo. Precisamente lo que la madre idealiza en ese hijo es su representación fálica, desea y admira lo que ella no tiene. El niño objeto *a*, es el representante de su falta, y lo ama porque representa lo que nunca ha podido tener, pero que finalmente desde la función e imagen que este representa ese hijo, si logra encarnarlo.

Desde la perspectiva Lacaniana, el objeto *a*, es ese objeto perdido primordialmente. El objeto, es objeto de un deseo, que es deseo de otro, y ese deseo es deseo de algo más, esa otra cosa es lo perdido en lo primordial, que desde la postura Freudiana es ese algo que se desea reencontrar. Y ese reencuentro con el propio yo ideal atravesado por el propio deseo es lo que la madre puede vivir en la maternidad.

Ese deseo del gran Otro madre, se reproduce en la figura del hijo, lo que deja como resultado una inmortalidad del yo de la madre en el hijo, lo que deja una perpetuación narcisista de ese deseo materno, pero esto solo es válido desde la simbolización y el reconocimiento del otro desde el polo del hijo.

Para la madre el hijo no está castrado, y para el hijo la madre no está castrada, ambos se complementan y forman una unidad perfecta, donde no necesitan de nada ni nadie más, pues en su relación se conforma la unidad ideal. En la maternidad, se experimenta un goce, que enmascara la falta y la considera suplida, aunque la madre sabe que ni con la figura del

---

<sup>25</sup> *Ibíd.* (p.71)

hijo lograra llenar ese agujero de la falta, intenta revivir mediante esa transferencia narcisista con su hijo, sus propias vivencias de satisfacción.

En la relación primaria indiferenciada, ambos sujetos se conforman en uno solo, quedando el niño alienado y atrapado en el deseo de la madre, y esta moldeándolo a imagen y semejanza de su deseo para satisfacer su ideal. El hijo es el complemento fálico de la madre, y la madre es el complemento proveedor de satisfacción para el hijo. Para complementar esta propuesta se cita la siguiente explicación de Millot:

“Este objeto, aun cuando valga como suplencia al significante faltante, no es, empero, un significante. Está estructurado, a imagen de la falta que él viene a representar, como objeto de corte. Lo que da aptitud al objeto a, como objeto parcial. Para funcionar como el equivalente del goce, es su estructura topológica, topología de borde homóloga a la estructura topológica del gran Otro”<sup>26</sup>.

El hijo es el personaje que viene a hacer las veces del objeto *a*, es una suplencia, una representación similar a ese verdadero objeto *a* de la madre. La mujer en la experiencia de la maternidad revive su propia experiencia con su madre, pero ahora asumiendo la postura materna impuesta por el ideal del yo de su sexo. La mujer hija, incorpora a su propia madre y trata de encontrar en el hijo la respuesta al propio significante de su falta. La mujer al convertirse en madre intentara un reencuentro con su propia vivencia de satisfacción, ocupándose de su hijo y satisfaciéndolo, lo que le produce una experiencia de goce para la madre.

La madre revive su experiencia edípica, pero esta vez ella desde la poderosa posición del deseo, aunque depende de su hijo para satisfacer su goce y su deseo, su posicionamiento como madre, logra satisfacer una parte de su falta, original, pues así sea parcialmente logra

---

<sup>26</sup> *Ibíd.* (p.75)

poseer el falo, y logra que ese falo funcione desde la óptica de su deseo y de su propio narcisismo.

La complejidad en la comprensión del objeto *a*, lleva al psicoanálisis a siempre tratar de encontrarlo para así lograr la cura del sujeto. La roca de la castración y el complejo de Edipo son los capítulos de la vida del sujeto donde se construye ese objeto del deseo, reprimido e imposible de volver a encontrar. Por su característica de indispensable, el objeto *a* original nunca será reencontrado por el sujeto, pero mediante acciones de su vida intentara imperiosamente encontrarlo. En el caso de la mujer buscando satisfacer su necesidad fálica a toda costa, y encontrando en la maternidad un buen medio para dicha finalidad.

En la maternidad siempre hay un plus de gozar, que puede darse en la idealización de la figura del hijo, en el disfrute de la unidad ideal madre-hijo, en la sensación de sentirse completa al tener un hijo, en el hecho de tener una posición de omnipotencia en la que su hijo la necesite, etc. La condición de la madre, abnegada o no siempre genera un goce narcisista satisfactorio para la mujer.

Aunque siempre habrá insatisfacción, la mujer revive en la maternidad parte de su propia historia edípica, y ese hijo como objeto parcial, logrará satisfacer su necesidad de falo, así sea de forma incompleta, y aunque la madre sabe que nunca lo tendrá, se aferrara estrepitosamente a ese ideal de completud que le brinda la maternidad.

La madre se pone una mascarada, y asume la victoria de la completud, complaciendo y satisfaciendo las necesidades de su hijo, para recibir de este amor incondicional. Ese deseo entregado al hijo y encarnado en el, como objeto parcial, al final siempre apuntará a recordarle la verdad de su falta constitutiva. Pero gracias a la imagen de madre fálica, completa y omnipotente que le devuelve su hijo, la mujer se aferra a esa maternidad, y desea

sostener para siempre a sus hijos, buscando en compensación que estos le devuelvan esa mirada de aprobación de su completud ideal.

Los fantasmas de la castración y el penisneid, siempre estarán rondando en el inconsciente femenino, pues la demanda fálica siempre está presente en todas las relaciones que tenga la mujer, con el hombre amado, a quien le demandara la virilidad para que le engendre un hijo, y la demanda al hijo para que sustituya el agujero de la falta. Es claro que no se puede decir que el hijo sea el objeto encontrado por la madre, pero en muchos casos, es un pequeño objeto a parcial, que da a la mujer el goce narcisista de su integridad fálica, fuente primaria de su deseo.

### **3.3 EL DESEO MATERNO.**

¿Y qué es lo que desea la madre? Para responder a esto hay que preguntarse primero que desea una mujer. Para entender que desea un sujeto, hay que comprender que en el desarrollo de los sujetos, para convertirse en sujetos deseantes, tiene que relacionarse con otro deseante. El deseo como condición edificante de los sujetos, siempre está preexistente al sujeto. Para que surja ese deseo debe existir algo que falte, y que sea lo que al sujeto siempre va a aspirar, el motor de su deseo, y la falta que lo acompaña es lo que moviliza y permite concebir al sujeto. Como lo explica Lacan:

“El deseo se esboza en el margen donde la demanda se desgarró de la necesidad: margen que es el que la demanda, cuyo llamado no puede ser incondicional sino dirigido al Otro, abre bajo la forma de la falla posible que puede aportarle la necesidad, por no tener satisfacción universal (lo que suele llamarse: angustia). Margen que, por más lineal que sea, deja aparecer su vértigo, por poco que no esté recubierto por el pisoteo de elefante del capricho del Otro. Es un capricho sin

embargo el que introduce el fantasma de la Omnipotencia no del sujeto, sino del Otro donde se instala su demanda”<sup>27</sup>

El sujeto nace con una necesidad y dependencia del Otro, esta necesidad y demanda es resulta por la madre, quien se deja tomar por su hijo como objeto y fuente de satisfacción. Convertirse en ser omnipotente y dejar tomar como objeto de deseo por el hijo, moviliza el deseo materno, deseo que vuelve al hijo, en la alienación por el Otro materno. La madre satisface la necesidad biológica del niño, y con la entrega del pecho, las caricias y la respuesta a la demanda del hijo, se incluye un significante que es el del lugar del Otro, que ya aparece en el niño, originado gracias a la demanda.

Estas experiencias primeras no podrán volver a ser recuperadas, se pierde la necesidad, pues después de ese momento, todo lo que el sujeto intente para retornar, estará atravesado por esas primeras experiencias. La intervención del otro abre un significante, a partir de allí se conoce la pérdida, lo que propicia la aparición del registro de lo real, pues a lo perdido no se podrá retornar, lo que articula la falta constitutiva de los sujetos, desde la aparición del significante del Otro.

La cuestión del deseo tiene su determinada importancia en el hecho de que el deseo no es una cuestión individual y exclusiva del sujeto, no se puede concebir el deseo como algo puramente individual, pues precisamente para saber desear y ser un sujeto de deseo se necesita del otro. El deseo atraviesa a los sujetos, pero es algo que trasciende mas allá, es lo que moviliza, pero el deseo de uno siempre es el deseo del Otro.

El gran Otro al que se dirige la demanda, es una sujeto agujereado y dividido, condición que lo hace sujeto deseante. El hecho de que la madre este castrada, que se encuentre en falta, es lo que posibilita que el hijo pueda ubicarse en el lugar de eso que falta,

---

<sup>27</sup> Lacan, J. (1966) En Escritos Tomo 2. (p. 793)

y convertirse en el falo imaginario de la madre, intentando colmar su deseo. La madre, como mujer y como sujeto se inscribe en la realidad psíquica de la falta, pues en tanto sujeto hablante, es sujeto dividido. El hijo cabe en ese lugar de la falta y puede intentar colmarla, precisamente porque la madre lo ubica allí y le transmite eso como su deseo. En palabras de Lacan:

“Porque esto de lo cual se trata reposa enteramente sobre lo que sucede en tanto digo que el sujeto tiene como tal este deseo en el Otro, en ese discurso del Otro que es el inconsciente, algo falta en el sujeto [...] es en tanto que algo, por la estructura misma que instaure la relación del sujeto al Otro, en tanto lugar de la palabra, algo al nivel del Otro falta que permite al sujeto identificarse allí”<sup>28</sup>

El sujeto se ubica en el lugar de la falta del otro. El falo vendría a designar el significante del deseo del Otro materno. Lo que la madre desea es ese significante de su falta, desea lo que necesita para ser completa, desea el falo. Se ubica al hijo en el lugar que colma el deseo, así sea parcialmente.

La mujer conoce la privación real de no poseer el órgano fálico. Pero de alguna forma debe compensar esa privación real. Al reconocer su privación, deniega la castración simbólica. Como lo explica Lemoine-Luccioni:

“Es verdad que la mujer parece escapar a la castración simbólica. Naturalmente, le es más conocida la privación real, que compensa por medio de un deseo y una fantasía de totalidad<sup>29</sup>. *Fantasía que puede cumplirse mediante la maternidad*”<sup>30</sup>.

La mujer siempre buscara volver a encontrar esa totalidad que creía poseer antes de saber privada del falo. Como lo puede lograr mediante la vía del hombre amado en la relación

<sup>28</sup> Lacan, J (1958-1959) Seminario: El deseo y su interpretación. (p.266)

<sup>29</sup> Lemoine-Luccioni, E. (2001) “La partición de las mujeres”. (p.40)

<sup>30</sup> La cursiva es propia.



sexual que la complete con su falo, o mediante la vía de la procreación cumpliendo su ideal de completud gracias al hijo. El planteamiento de Lemoine-Luccioni explica lo siguiente:

“La mujer puede elegir una u otra vía. Pero las dos son útiles. Puesto que, por un lado. Gozando al hombre como Otro –el padre-, fácilmente se vuelve histérica si no tiene hijos. Y, por el otro, si no es nada más que madre no sale de su narcisismo y permanece parapsicótica, puesto que le falta el Otro”<sup>31</sup>

La mujer siempre buscará la respuesta a su necesidad de ser completa en el Otro, en el hombre o en el hijo. Analizando el planteamiento de Lemoine-Luccioni, la mujer en su aparatosa demanda del falo, siempre puede encontrar alguna consecuencia patológica en esa búsqueda insaciable. Según la autora mencionada, puede o terminar histérica o terminar parapsicótica, una vía o la otra la pueden empujar a lo sintomático. Tanto la mujer como el hombre son sujetos gracias a la represión originaria, que los empuja a la falta, a ser sujetos escindidos, a estar siempre en la búsqueda de su satisfacción, estos avatares del inconsciente en ambos sexos son complejos, pero en la mujer, resultan algo más aparatosos. Debido a que la demanda femenina siempre exige más y busca a como dé lugar cumplir con su objetivo.

En las relaciones humanas, hay un deseo de perpetuación y continuidad del linaje familiar, la representación de la pareja esta manifiesta en la figura del hijo. Para engendrar un niño hay dos deseos, el de la madre y el del padre. El niño viene a tratar de satisfacer ambos deseos, llega a ocupar el lugar vacío imaginario de los padres. Siguiendo a Lemoine-Luccioni:

“En la medida en que el deseo de tener un niño sustituye al deseo sexual como tal (deseo del Otro), es el niño el que se convierte en el objeto (a), encargado de

---

<sup>31</sup> *Ibíd.* (p.41)

seguir siendo el Mismo y de convertirse en el Otro al mismo tiempo, para el padre portador de este deseo, o para los dos: carga imposible”<sup>32</sup>.

El hijo encarna el deseo de los padres, se ubica en el lugar de su falta, ocupa un lugar de salvación y continuidad. Recuerda la satisfacción original de la que carecen los padres, ambos ubicados en la falta. La mujer es no toda dice Lacan. Al ser no toda se ubica y se reconoce desde la falta, por lo que busca la satisfacción de su goce en el Otro, bien sea el hijo o el hombre. La mujer desea, y demanda en el Otro. Y esta demanda va más allá del falo. Es una demanda insaciable que genera un estrago. Como lo plantea Lema (2014):

“Lo femenino entonces puede en determinados momentos entrar en una errancia de lo Simbólico de una manera que lo masculino desconoce. Goce del cuerpo como totalidad. Como vemos en la experiencia del místico, pero también en el desamarre de una locura puntual, como en los celos que se viven como un extravío del sujeto, o en la maternidad, en aquellos momentos en que el hijo sacude las amarras simbólicas en las que se ubica alguien en tanto que madre”<sup>33</sup>.

Esa excesiva demanda femenina puede verse en riesgo de llegar a lo patológico como se menciono anteriormente. Pues el riesgo de desviarse y sobreponerse al otro y borrar su lugar puede ubicarla en un lugar narcisista de unidad absoluta, donde absorbe al hijo y elimina la relación con el Otro.

La gestación, el parto y la crianza, convierten a la mujer en fálica, en la madre fálica. Como lo ejemplifica Lemoine-Luccioni: “la mujer habla y se mantiene erguida, y, cuando

---

<sup>32</sup> *Ibíd.* (p.43)

<sup>33</sup> Lema, S. (2014). “La maternidad como exceso: clínica contemporánea del estrago materno. Un estudio psicoanalítico”. (p.45)

procrea, demuestra tener una función fálica”<sup>34</sup>. Lo que la madre desea y demanda del otro es el ser toda una, ser completa. El deseo de la madre está en la demanda a satisfacer lo imposible, demanda que transmite a su hijo y le exige a este que ocupe ese lugar de lo que a ella le falta. Y aunque el hijo se ubique como su falo y la satisfaga, su deseo insaciable no encontrara la completa satisfacción de su ideal, pero a pesar de esto la maternidad se vuelve la vía resolutive para intentar colmar ese deseo.

### ***3.3.1 La partición en lo femenino: entre la mujer y la madre.***

Antes de llegar a la maternidad, y antes de ser madre ha existido una mujer, se ha vivido lo femenino antes de lo maternal. La feminidad incluye a la maternidad en el desarrollo de lo femenino. Cabe preguntarse en esta investigación ¿Qué es una madre? Y ¿qué es la función materna? El DRAE define madre de la siguiente manera:

“1- Mujer o animal hembra que ha parido a otro ser de su misma especie. 2- Mujer o animal hembra que ha concebido. 3- Mujer que ejerce las funciones de madre”<sup>35</sup>.

Todas las anteriores definiciones nos remiten a las características biológicas de la maternidad, a la relación de la mujer con la procreación y la crianza. Se refiere a la maternidad como un hecho biológico propia de la mujer en la especie humana. Y si lo es, es la realidad biológica de la mujer, pues tiene la capacidad física de concebir, gestar y parir un hijo. Pero como la complejidad del ser humano esta más allá de lo biológico, aparece la maternidad como una función. Citando a Lema:

“¿Qué es una madre? Para el psicoanálisis, algo diferente de un cuerpo biológico. Algo que ha de ocurrir y no una condición ontológica. Salvo que hagamos derivar

<sup>34</sup> Lemoine-Luccioni (2001) “La partición de las mujeres” (p.50)

<sup>35</sup> Real Academia Española (2016) .23ª edición del Diccionario de la lengua española. Edición del tricentenario.

dicha ontología no de una sustancia sino de una propiedad deseante singular. Dicha especificidad justifica el hecho de que sea necesario producir el concepto de función materna”<sup>36</sup>.

Para el psicoanálisis, lo materno no es la función biológica de parir un hijo al mundo. Es la función edificante del deseo, es la función que ubica al hijo en el mundo, es la función que permite la primera vivencia de satisfacción y permite al sujeto conocer el otro, es la función en la que el niño se sostiene y busca la mirada de aprobación cuando ve su imagen en el espejo. El deseo materno es estructurante. La función materna es imprescindible para el hijo. La palabra de la madre simboliza e inscribe al hijo en lo simbólico, ubicándolo desde una posición deseante. La función materna complace la demanda del hijo ubicada desde la posición de Otro materno.

El lugar del hijo y su falta deseante promueven la aparición del Otro materno, la necesidad y la demanda abren la puerta a la función del Otro materno. El hijo preexiste en el imaginario materno, siempre está presente en su deseo, bien sea por el ideal cultural de lo femenino, que ubica como semejantes maternidad y feminidad, o bien sea porque la propia falta de la mujer la moviliza a desear ese hijo y desde antes de que exista ubicarlo en su imaginario. Como lo explica Lema:

“La puesta en juego o no (de allí su condición de variable independiente) de la falta deseante del Otro ante la necesidad es la condición necesaria para que ese Otro opere como Otro materno. Pero ese poner en juego no esperará al parto, a la presencia concreta del bebé y del llanto que anuncia la necesidad. Ni siquiera a la concepción. Se presenta como una malla que preexiste al sujeto.

---

<sup>36</sup> Lema, S. (2014). “La maternidad como exceso: clínica contemporánea del estrago materno. Un estudio psicoanalítico”. (p.48)

Un tejido hecho de expectativas, anhelos, pero también ideales o tradiciones familiares”<sup>37</sup>

Eso que preexiste al sujeto, ya se manifiesta en la madre con el deseo de tener el falo del padre, que se hace manifiesto mediante ese deseo de un hijo del padre. Cuando la mujer entiende que no puede tener ese hijo del padre, dirige esa demanda al hombre amado y espera de este le engendre el tan anhelado hijo que viene a llenar ese lugar de la falta en la mujer. La mujer desea a ese hijo, y lo añora imaginariamente, atribuyéndole características de lo que desea que sea ese hijo. Aunque no exista ese deseo de la madre ya le da forma y lugar en el mundo. Siguiendo la explicación de Lema:

“Suponerle un sexo al bebé por venir, fantasear que en el útero tiene un tipo particular de rulos o un color de ojos, hablarle y acariciarse el vientre aunque todavía él no pueda captarlo, muestra ese lugar de falta que se moviliza para la madre que pueda ubicarse como tal. Cuando este lugar falta o está gravemente perturbado, como muestra la clínica de la psicosis, cuando no está la posibilidad de suponer un sujeto a esa unidad biológica en gestación. No hay lugar deseante donde ubicarse, ni pérdida a partir de la cual advenir como sujeto dividido”<sup>38</sup>.

Así que el hijo ocupa ese lugar de la falta en el deseo de la madre, lugar que lo ubica en el mundo y le permite existir, de lo contrario se quedaría como un reducto aislado de la procreación de la pareja. Al no ocupar ese lugar de la falta, hay riesgo de que el sujeto caiga en la patología. Sería un hijo no simbolizable.

---

<sup>37</sup> *Ibíd.* (p.48-49)

<sup>38</sup> *Ibíd.* (p.49)

Volviendo a la madre, si esta tiene dudas sobre su condición de mujer y necesita definirlo, la maternidad es la vía “rápida” para afirmar su feminidad, pues cumple con el ideal del yo de su sexo. La mujer desde siempre conoce las pérdidas, en la infancia pierde a la madre fálica, pierde el falo del padre, pierde el amor en los hombres, y pierde a los hijos cuando estos ya no la necesitan imperiosamente, como si es en los primeros años de vida. Esto genera que siempre la mujer esta rodeada de particiones. En la vivencia de la maternidad, una de esas primeras particiones se experimenta con el parto.

Lemoine-Luccioni, define el embarazo como una crisis narcisista para la mujer. La autora describe cuatro fases de la crisis narcisista en la secuencia embarazo-parto, las cuales son:

“1. Una retracción de la libido (que antes se dirigía hacia el marido) y un reflujo de la misma hacia el yo [*moi*] imaginario. 2. Un delirio paranoide de grandeza: la mujer se vive como el creador. 3. Una caída de este delirio después del parto, provocada por una estasis de la libido. Consecutiva al fracaso de dicho delirio. La depresión se instala en el lugar del delirio. 4. Otro delirio, asociado al deseo de muerte, puede declararse. Entonces, como alternativa a la depresión. El hijo real es rechazado”<sup>39</sup>

La madre se hace fálica en el momento del embarazo, el hombre que desea es retirado de la escena, y todo se centra en su condición de embarazo, la mujer encinta dirige toda su energía libidinal a su propio yo imaginario. Se vive como la creadora única de vida, lo que enaltece su narcisismo. La partición y la ruptura vienen cuando se acaba el proceso de gestación y llega el parto, el parto como disrupción acaba con la ilusión imaginaria del hijo, y genera la herida narcisista de la condición fálica asumida en el embarazo. Ahora viene el hijo real y aparece para romper ese ensimismamiento en el que se sume la mujer.

<sup>39</sup> Lemoine-Luccioni (2001) “La partición de las mujeres” (p.21)

La mujer se siente llena en el embarazo, y sostiene su fantasía imaginaria del hijo, no necesita más en ese momento, pues su condición la colma con lo necesario para sentirse satisfecha. Aunque el hijo real aparezca, aun aparece como ese objeto imaginario. La aparición del hijo real la saca de lo imaginario y la inscribí en lo real. En palabras de Lemoine-Luccioni:

“Por más real que sea, por más vivo que esté, el hijo no deja de seguir funcionando como un objeto imaginario que viene a colmar un deseo muy antiguo. Funciona estrictamente como un tapón y suprime la angustia. La mujer está llena incluso está llena hasta “estallar”. Los fantasmas de estallido vienen entonces a trastornar este bello equilibrio. Pero sólo en el momento del nacimiento –cuando el hijo real toma en el exterior el lugar que ocupaba en el interior-la separación entre el objeto imaginario y el objeto real abre su inquietante hiato. No porque el hijo esté más o menos bien que el hijo soñado, ni tampoco porque sea niña o varón, sino porque es de otro registro: es real”<sup>40</sup>.

El hijo ubica a la madre en esa posición de lo real, la ubica como madre, la ubica como el Otro en el que espera respuestas. Si bien la ruptura y partición del embarazo bajan a la mujer de la nube narcisista, donde se hallaba llena, el nacimiento de lo real la ubica como una “mujer completa”, una mujer madre. La madre necesita salir del registro imaginario y ubicarse en lo real, para poder ser ese Otro materno deseante capaz de simbolizar, que ayudara a inscribirse al hijo en el registro del deseo.

El paliativo a la castración simbólica femenina, puede ser la maternidad. La mujer busca el falo paterno, el cual lo demanda al hombre que ama en el acto sexual. Más que el pene el coito la mujer quiere el falo de su padre, quiere que ese hombre se lo entregue. Si en falla en este intento buscara ese falo mediante el hijo. Como explica Lemoine-Luccioni:

---

<sup>40</sup> *Ibíd.* (p.21-22)

“La mujer busca en el hombre y en el acto sexual el falo paterno omnipotente y solo encuentra un pene, sometido al fracaso, o al menos sujeto a la detumescencia. Para preservar el falo paterno, se repliega entonces sobre la función materna y se hace fálica. Este es el proceso del cambio ¡Ya no está castrada, pues nunca lo ha estado!”<sup>41</sup>

### ***3.3.2 Sobre el deseo narcisista de perpetuación.***

Freud plantea que la correcta solución de las demandas femeninas es la maternidad. El ideal del yo femenino, ubica al ejercicio de la maternidad, desde el altruismo la entrega, el cuidado y el bienestar de los hijos como primera medida. De cómo resulte en esta función la mujer cumplirá a cabalidad o no su función ideal para la sociedad. Aunque la maternidad actualmente ya no se considere bajo estos postulados tan coercitivos, y ahora hay mas lugar para que la mujer cumpla sus logros personales; La maternidad sigue siendo una fuente de gratificación narcisista para la mujer.

Carril (2002) explica que para las mujeres que han tenido la maternidad como única opción de gratificación narcisista, los hijos son ubicados desde una dimensión narcisista, en la que representan el todo ideal en el que se identifique y realice la madre. El lugar de la mujer se reduce a los progresos y logros que obtenga como madre. En palabras de la autora:

“La maternidad como actividad exclusiva y privilegiada, promueve que el lugar psíquico de ese hijo tenga una dimensión narcisista. Para las mujeres para quienes la maternidad ha sido la mayor o única fuente de gratificación narcisista, los hijos son representados en ocasiones como productos propios, retoños de su propio deseo, hijos partogénéticos. El papel del hombre en la gestación, admitido

---

<sup>41</sup> *Ibíd.* (p. 39-40)



racionalmente, queda luego desvirtuado a través de las producciones inconscientes que develan fantasías de autogestación”<sup>42</sup>

Los seres humanos, al reproducirse, buscan dar continuidad a su linaje, lo que ubica a los sujetos a nivel social en una estructura familiar que sostiene y promueve la subjetividad. Lo biológico y lo cultural dictaminan los roles parentales de los sujetos según sea su sexo, la mujer el rol materno de cuidado y protección de los hijos, el hombre el lugar de la autoridad y el encargado de proveer los bienes para el sostenimiento familiar. Estos son los clásicos roles sociales otorgados a la paternidad. Pero para el psicoanálisis el proceso de subjetivación que puede tener un sujeto, no se reduce a lo biológico ni a los dictámenes culturales.

Desde el psicoanálisis importa el lugar psíquico que ocupan los hijos en el deseo de sus padres y como este puede beneficiar o afectar su desarrollo psíquico. Los hijos como prolongaciones narcisistas, o sucedáneos eróticos han sido y aun lo son frecuentemente observados en la intervención clínica (Carril, 2000). Si bien el narcisismo es un componente de unión entre el sujeto y el Otro en el vínculo primordial, siempre hay un ideal de esa prolongación narcisista del propio Yo se vea reflejada en los hijos, lo que genera satisfacción en el yo parental.

El deseo de hijo, está relacionado con la historia psíquica particular de cada sujeto, en la madre algunos de esos determinantes psíquicos pueden ser: el embarazo, el goce del hijo, el complejo de Edipo, la relación con los propios padres, en especial con la madre, la experiencia de la feminidad materna, entre muchos otros. El tener un hijo confronta la propia realidad psíquica deseante de la madre, esa experiencia rememora los vínculos primordiales, y abre el encuentro hacia un nuevo otro, representante simbólico de lo que puede llegar a completar a la mujer.

---

<sup>42</sup> Carril, E (2000) “El deseo parental. El ayer y hoy de una construcción compleja”(p.2-3)

El deseo de hijo viene marcado desde las características particulares de casa sujeto con ideales sociales, pero más que todo definido desde su propia historia y subjetividad. En palabras de Carril:

“En cada sujeto, el deseo de hijo depende de objetivos narcisistas y edípicos inherentes a su historia y por lo tanto independiente de las gravitaciones sociológicas de la reproducción en la sociedad o la especie. Pero no independiente, como lo hemos señalado de las determinaciones provenientes del imaginario social.”<sup>43</sup>

La construcción del deseo parental, se forma en los sujetos desde la infancia, las identificaciones y experiencias del proceso edípico, dejan como resultado un ideal del yo que se inscribe en el inconsciente de los sujetos, y moviliza su deseo, y las representaciones sobre la maternidad y paternidad que se construyen. Las identificaciones de género, la relación con el falo, la castración, y la comprensión de feminidad y masculinidad, movilizan y ubican esa función parental y su deseo.

En el complejo de Edipo, la niña va a querer tener un hijo de su padre, desde allí surge el primer deseo de hijo. Allí el deseo es de un hijo-pene, como sustituto del que le negaron, y que sería la forma en la que su padre se lo puede dar. Posterior a la etapa del complejo de Edipo, la niña volverá hacia la madre identificándose con ella desde el ideal del yo del sexo femenino, y deseando tener un hijo del hombre, instalándose la niña desde una “feminidad normal”, definida por el deseo maternal (Carril 2000).

La trama identificatoria, surge como componente importante en el vínculo primario. Dicha trama viene acompañada del narcicismo, y de un investimento endogámico, desde la madre hacia el hijo. De esa identificación e idealización surge el sujeto humano, a la

---

<sup>43</sup> *Ibíd.* (p.4)

luz de los ideales familiares, dichos ideales se imponen desde el ideal del yo cultural, y son asumidos por el sujeto para su pertenencia en la sociedad.

Como se ha mencionado en apartados anteriores, el yo es formado a partir de la alienación en el deseo del Otro primordial. Esto posibilita la aparición del yo del sujeto, a través del sesgo de una identificación narcisista con la propia imagen captada desde el otro primordial<sup>44</sup>, así confluyen el narcisismo y la identificación dos instancias imprescindibles para el desarrollo psíquico.

El narcisismo es un sostén de la trama identificatoria familiar, pero también conlleva consecuencias con el retorno al estado de fusión del yo-otro, promoviendo ilusiones de completud, desde los cuales surgen relaciones idealizantes gracias a ese vínculo narcisista.

De Gomel (1991), plantea dos vertientes del narcisismo, el narcisismo de vida, y el narcisismo de muerte. El narcisismo de vida, tiene que ver con el anclaje de corporal, la vivencia de satisfacción, tiene que ver con la función de amparo que se le brinda al bebé humano, es la vertiente narcisista que da sostén al bebé y le permite construir su yo. El narcisismo de muerte la autora lo relaciona con el exceso. En este caso hay un crecimiento del nivel imaginario especular, hay un deseo de no deseo, y está relacionado con la propia historia familiar de los padre.

Si bien el ideal del yo, y el yo ideal, son instancias psíquicas antiguas en la constitución psíquica del sujeto, ambas están presentes en los avatares de la vida, y juegan un valor esencial en la formación del sujeto. El yo ideal está relacionado con la imagen de perfección narcisista que surge en la infancia. Este yo ideal está articulado con los ideales parentales, y que tienen un lugar en lo imaginario de los padres antes de la aparición real del niño. En palabras de De Gomel:

---

<sup>44</sup> De Gomel, S. (1991) "Narcisismo, ideal e identificación en psicoanálisis de familia" En familia e inconsciente.

“El ideal se equipara al yo de placer e implica la ilusión narcisista de adecuación perfecta entre el yo como objeto de deseo del otro y el deseo mismo, De este modo se garantizaría la incondicionalidad del objeto, pues el Yo le ofrecería todo lo necesario”<sup>45</sup>.

Este yo ideal, está conectado con el ideal parental de hijo, y el deseo de hijo que se tiene, la madre ya le da un lugar ideal a ese hijo, y la abre un lugar desde el cual invertirá a su hijo con ese deseo narcisista. El vínculo primordial tiene como resultado el yo ideal, el cual siempre será un núcleo remanente en la historia del sujeto, siempre atravesara y acompañara su historia.

El ideal del yo, aparece después, y es uno de los herederos del complejo de Edipo junto al superyó. Después de la castración el niño cae de su nube narcicista del yo ideal, el sujeto conoce la falta, y se sabe un sujeto incompleto es una brecha entre el yo y el ideal: es lo que le hace falta al yo. Esto le permite instalarse en la cultura, le permite formar un proyecto en el que aspire encontrar su ideal, en el que pueda encontrar lo que va a llegar a ser y tener. El yo ideal abre paso a lo simbólico. En palabras de De Gomel:

“Se-abre así camino una dimensión simbólica a través del pasaje de un yo idealizado –y por tanto ya realizado- a aquello que el sujeto espera poder llegar a lograr. Este tránsito se ejecuta sobre el horizonte de la castración en uno de sus sentidos: siempre falta algo en el yo y en el otro para coincidir exhaustivamente con el ideal”<sup>46</sup>.

En la relación primaria, el objeto hijo, puede ser el personaje que coincida y encaje en el agujero de la falta de la madre, aunque lo haga parcialmente, puede convertirse en el falo del deseo materno, y permitir cumplir a la mujer su ideal fálico. La imagen omnipotente que

---

<sup>45</sup> *Ibíd.* (p.63)

<sup>46</sup> *Ibíd.* (p.63)

el niño ve en su madre, evoca en ella un ideal de completud, lo que rememora el yo ideal de la madre. El núcleo narcisista de la relación madre-hijo, permite a la mujer retornar a su yo ideal, y cumplir con su ideal del yo. Ambos madre e hijo como entidad narcisista cumplen un deseo. La madre perpetúa su narcisismo a través de su hijo, y consigue su meta ideal, al ser una mujer fálica completa.

Cuando existe un predominio narcisista en lo maternal, el hijo quedara perdido y será absorbido por el discurso materno, convirtiéndose solo en una extensión del cuerpo materno. Se convertirá en un repetidor de lo que quiera la madre, una perpetuación absoluta del narcisismo de la madre, pone en riesgo para el hijo, su aparición como sujeto.

La trama identificatoria, permite que el lugar simbólico de la historia parental, sea perpetuado en los hijos, y este siga de modo generacional, reproduciendo los modelos familiares, que ubican al sujeto que nace dentro de un lugar simbólico en su familia y en la sociedad. Los anhelos parentales, anclan al niño a ese yo parental; la combinación deseante de los padres es transmitida al hijo, a través de lo simbólico, el hijo viene a perpetuar los ideales identificatorios de esa familia, y viene predestinado a complacer la demanda del deseo de sus padres, esto es denominado por Alaugnier (1971) como violencia primaria, la cual impacta significativamente la estructuración del campo psíquico.

El funcionamiento narcisista, viene implícito, y siempre tenderá a existir un deseo narcisista de perpetuación desde el vínculo filial, atravesado por el deseo y el ideal. El hijo puede ser idealizado y coincidir con el deseo ideal de la madre, o puede ser un anti-ideal, siendo referencia de lo odiado y no deseado por la madre, como ideal o anti-ideal, el deseo narcisista siempre está presente en la relación primaria. De Gomel, define el funcionamiento narcisista de la siguiente forma:

“Defino esta modalidad de funcionamiento a partir de los siguientes indicadores: predominio del investimento endogámico y de las relaciones consanguíneas; altos niveles de idealización y su correlato de desvalorización, conborramiento de la instancia ideal del yo a favor de las formaciones subsidiarias del yo ideal, tanto en la trama identificatoria, como en el sistema de ideales y en la modalidad discursiva; un estilo transferencial específico”<sup>47</sup>.

Bajo esta definición, el funcionamiento narcisista, hace parte constitutiva de las relaciones parentales, y contribuye a la formación inconsciente del sujeto. En la relación primaria, existe una identificación narcisista, con un investimento endogámico. Existe una idealización de la figura del hijo, en pro de alcanzar un ideal de completud. Se cumple con el ideal del yo, y se retorna al yo ideal, mediante la maternidad como subsidiario de ese yo ideal, lo que plantea una nueva identificación para la mujer con su madre, reviviendo la experiencia primaria. El deseo narcisista de perpetuación es una forma de transferencia de los deseos culturales y familiares, pero también de los propios deseos de la madre desde el núcleo remanente de su propio narcisismo, los cuales esperan seguir inmortalizados en la figura del hijo.

---

<sup>47</sup> *Ibíd.* (p.81)



"Primeras Caricias". Mary Cassat. 1891

### 3.4 EL ESTRAGO MATERNO

Después de hablar de la condición deseante de la madre, y del narcicismo como piedra angular sobre el que se erige la relación primaria, queda por analizar las consecuencias que puede dejar un sobreinvertimiento del deseo y del narcicismo materno en el inconsciente de los hijos. Eso que queda y que puede poner en riesgo el equilibrio psíquico de un sujeto es el estrago, ese estrago materno, tan peligroso pero tan presente en todas las relaciones primarias de las madres con sus hijos, ese estrago en el que se puede perder el hijo como el falo simbólico, y ese estrago que si no se detiene o se castra puede derivar en lo sintomático.

Deseo y narcicismo hacen parte de lo que articula y sostiene la relación de la madre con sus hijos, del deseo de la madre, surge el yo del hijo, a partir de la imagen del gran Otro como sostén a la imagen del propio cuerpo del niño. La función materna es esencial, y cumple un carácter primordial en la formación del inconsciente de los sujetos, pero hay una fina línea en la que esa función puede ir mas allá, y aparecer con una cuota de exceso, allí entra el perjudicial estrago, del cual el hijo podrá liberarse con ayuda de la función paterna, desde el significante del Nombre del Padre.

Para Lacan, el papel de la función materna, es el deseo de la madre, y ese deseo en su condición es estragante, es como la boca de un cocodrilo. En palabras de Lacan:

“El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre. Entonces, traté de explicar que había algo tranquilizador. Hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra.”<sup>48</sup>

El deseo de la madre es el falo, y si bien el hijo puede aparecer como ese falo simbólico para la madre, nunca será el falo que la saciara, pues el deseo de la madre es insaciable, el falo puede proteger al hijo de sucumbir como presa del deseo materno y nunca poder escapar de este. El deseo de la madre siempre producirá estragos, pero debe aparecer en la escena el padre, que le ponga el palo y frene la inminente mordida del deseo materno. Es inevitable escapar al deseo materno, pues en una medida inicial es muy necesario para el hijo, pero debe tener un freno y un límite para evitar el síntoma.

---

<sup>48</sup> Lacan, J. (1969-70) “El Seminario 17: El Reverso del psicoanálisis” (p. 118)



Como se ha mencionado en apartados anteriores de este capítulo, que para la madre los hijos están ubicados en el lugar del objeto a. Pues permiten que la mujer hecha madre alcance ese tan anhelado lugar de completud fálica. Como lo explica Calcagnini (2003), los hijos estarían en el agujero central del nudo borromeo. En palabras de la autora:

“Tomando en cuenta que la escritura del objeto a la ubicamos en el agujero central del nudo borromeo, en cuyas cuerdas ubicamos lo simbólico, lo imaginario y lo real, para dar cuenta de la estructura desde la que una mujer aloja a sus hijos. Cuerdas en las que se ordenan, el amor, el deseo y el odio, anticipando entonces la posibilidad de que la función materna, el deseo y el estrago se anuden borromeamente<sup>49</sup>”.

El estrago se aloja, allí donde conviven el deseo y el narcicismo de la madre en la relación primaria, y siempre dejará una cuota en el inconsciente de los hijos. Pero depende de la relación con el deseo que tenga la madre, y de la relación primaria que esta haya tenido con su propia madre. Se entreteje un nudo simbólico de significaciones de las cuales el deseo, el narcicismo y el estrago siempre participaran, pero que según aparezca el padre, y de la relación de la madre con él puede salvarse al hijo de ser devorado por el estrago materno, en el cual la madre además de utilizarlo como objeto a, representante del falo simbólico, buscara incesantemente depositar sus deseos narcisistas y perpetuarlos en el hijo.

Si se cae en el estrago, se quedara detenido en el tiempo, se quedara atrapado en el primer tiempo de la relación primordial, sin poder salir de ese lugar otorgado por la madre y dependiendo de ella de forma permanente. Pero ese lugar de la necesidad de la demanda, da lugar a la omnipotencia, pero no solo de esa omnipotencia que brinda la madre a “su majestad el bebé”, sino de esa omnipotencia materna que tanto enaltece el narcicismo

---

<sup>49</sup> Calcagnini, C. (2003) “La función materna: entre el deseo y el estrago”. (p.2)

femenino. La omnipotencia está en la madre y no exclusivamente en el niño como regularmente la teoría lo ha planteado.

La madre revela la función simbólica, y sobre esa función ella tiene el poder de introducir el simbolismo a su hijo, pasando desde su propia significación. Esa omnipotencia materna, encuentra en su función un enaltecimiento narcisista que suscita un goce en la madre. Esa demanda que el hijo le manifiesta y ella gustosa satisface, pues enaltece su narcisismo dejando a la vez en su hijo una cuota de su propio deseo. Con la introducción al mundo simbólico, la madre mediante juegos y caricias suple la demanda de su hijo, lo que ante los ojos del niño la ubica como una figura de perfección y completud, la imagen de la madre que el niño le devuelve, le genera gratificaciones narcisistas, que son devueltas al hijo de forma simbólica, y que contribuyen a la construcción de un deseo e idealización presente en la relación primaria.

El niño está enajenado al significante materno, y es presa de su deseo. En la relación primaria de los primeros años de vida del sujeto, él y la madre conforman la unidad ideal, la madre lo moldea en su deseo y su palabra, el niño es presa de la madre y su deseo, y sobre este se configura como sujeto. Está atrapado en los caprichos narcisistas del deseo materno, y no tiene otra salida más que cumplir con su función de falo simbólico, responder y cumplir con los deseos del ideal materno. En ese feedback entre madre e hijo, la compensación por la satisfacción recibida y por la suplencia de la demanda, es ceder y complacer a la madre con su ideal de completud. Para el niño esa posición de falo imaginario es perfecta, pues es enaltecido por su madre, porque cumple con el ideal que ella desea, y para la madre la mirada de omnipotencia que le da su hijo la ubica en una posición ideal de superioridad.

La madre además de transmitir lo simbólico al niño, es la encargada de transmitir en primera instancia el significante del nombre del padre, es ella quien habilita y posibilita la

entrada de lo paterno en la relación primaria. La madre neurótica tiene en sí ese significante del nombre del padre, y lo transmite a su hijo. La voz de la madre da apertura a la aparición de ese significante paterno. Pero cuando la madre no permite la entrada de dicho significante en la diada madre-hijo, atrapa a su hijo en el estrago, y no lo deja surgir como sujeto, lo convierte en un esclavo de su deseo, en el eterno falo simbólico, que saciará su necesidad y le brindará su tan anhelada completud. Cuando la madre sobrepone su gratificación narcisista, y atrapa al hijo en su estrago, desaparece a su hijo y solo lo convierte en un desecho, títere de su narcisismo, un objeto para su satisfacción.

La transmisión del significante del nombre del padre, mediante la voz de la madre es parte imprescindible para la edificación del sujeto, es ella quien da el paso y permite la aparición del padre, pasando de la diada primaria, a la triada madre-padre-hijo. Esta intrusión del nombre del padre, mediante el discurso materno, es en ocasiones negada por la madre, absorbiendo a su hijo en el estrago y dejándolo súbdito de su deseo narcisista. Sobre esta vertiente narcisista del deseo materno, de Gomel (1991), explica lo siguiente:

“En cuanto a la función materna, podemos denominar función normatizada a aquella que queda enmarcada por la función paterna; la vertiente narcisista marcaría las discontinuidades o fracturas de ese marco, presentificadas en diferentes fantasías; madre devoradora, madre fálica, madre desamparante. Se trataría de una función materna desligada del contexto paterno y ligada, en cambio, a un objeto internalizado”<sup>50</sup>.

Como lo explica la autora, la vertiente narcisista de lo materno, tiende a ser estragante, a sobreinvertir al hijo, a tomarlo como suyo, como un objeto internalizado idealizado, sacando de la relación el contexto paterno, y dejando la relación diádica como

---

<sup>50</sup> De Gomel, S. (1991) “Narcisismo, ideal e identificación en psicoanálisis de familia” En familia e inconsciente. (p.65-66)

única e inseparable entre madre e hijo. La madre da el “permiso” para el ingreso de la figura del padre, la cual tendría la función de rescate para el hijo, para que no quede atrapado en las redes del estrago materno. Si la madre no da ingreso al padre, es porque no tiene un deseo hacia este, es una mujer con alta vertiente narcisista, que busca tener un hijo para satisfacer su deseo narcisista de perpetuación y ubicarlo como el objeto que sacia su deseo.

Desde la perspectiva lacaniana, se ubica la figura paterna como un salvavidas que salva al niño de caer víctima del estrago materno. Para Lacan, el primer significante introducido al sujeto, es el del Deseo-de-la-Madre, el cual debe ser sustituido por el significante del Nombre-del-Padre. La ley del padre, le posibilita el acceso a la significación fálica, con esta significación podrá separarse del deseo materno. Como lo plantea Zawady (2012):

“El significante paterno introduce una ley más allá de la madre y posibilita al niño el acceso a la significación fálica como un recurso para separarse del enigma del deseo materno. En “Posición del inconsciente”, planteará, entonces, que la metáfora paterna es el principio de separación: a través de su operación se constituye un sujeto en falta, deseante y sexuado”<sup>51</sup>.

El significante paterno está presente en la madre, pero aparece velado para el hijo. Por lo que el niño ubica como único referente lo que se encuentra en el deseo materno, por lo que se ubica en el lugar que ella lo ubica y se identifica con aquello que la colma (falo imaginario). El niño queda atrapado en el capricho de la ley del deseo materno. Con la intervención paterna, existiría la posibilidad que favorece al niño de convertirse en un sujeto de la falta, por lo tanto un sujeto de deseo, desligado del deseo materno y salvado del estrago.

---

<sup>51</sup> Zawady, M (2012) “La clínica del estrago en la relación madre-hija y la forclusión de lo femenino en la estructura”

En este sentido, Zawady, explica lo siguiente en lo referente a la importancia de la aparición del significante paterno:

“La operación estructural del significante paterno posibilita el despliegue diacrónico de los tres tiempos lógicos del complejo de Edipo. El primero concierne a un momento en donde el padre ya ha operado como símbolo, pero su presencia está velada, de modo que el niño se enfrenta al enigma del Deseo-de-la-Madre haciendo un tratamiento imaginario del mismo. Esto quiere decir que, a modo de señuelo, el niño se identifica con aquello que completaría a la madre —a saber, el falo imaginario— y a su vez, ella lo toma como el objeto que la colma. Este doble espejismo sella un pacto por el cual el niño se hace súbdito de la ley materna, una ley que al decir de Lacan es incontrolada y caprichosa”<sup>52</sup>.

El niño en el avance del complejo de Edipo, se encuentra con la privación materna, lo que derrumba la omnipotencia materna, ese quiebre de la omnipotencia materna, demuestra que hay una ley mas allá que la del deseo materno. Aparece el padre simbólico, el cual tiene la función de privar a la madre del falo simbólico, recordándole que él es el portador. El padre interviene a castrar a la madre y al niño, el niño reconoce la privación materna, y el padre lo castra del ser el falo imaginario que colma a su madre. El padre dice: “NO”, un no que para el niño es la prohibición del incesto, y un no que para la madre es no tomaras al hijo como el objeto que sacia tu deseo y lo absorberás, o lo reintegraras a tu cuerpo. Ese no del padre es lo que salva al niño del estrago; Como lo dice Zawady: “[...] poniendo un límite al descontrol irrestricto de la devoración materna. El no del padre recae sobre las consecuencias devastadoras del estrago”<sup>53</sup>.

---

<sup>52</sup> *Ibíd.* (p. 184)

<sup>53</sup> *Ibíd.* (p.184)

La función del padre debe entrar en juego y romper con la posibilidad de que la madre atrape al hijo y no lo deje salir de su deseo. La madre encuentra la respuesta a su deseo en el hijo, pero desde su narcicismo, no piensa en el más allá, en las consecuencias de su estrago, ubica al hijo como su objeto, y se enaltece narcicisticamente con su omnipotencia. El sujeto en la peripecia edípica en principio es presa del deseo materno, y objetopreciado que la colma, la salida de esto encuentra su final con la sexuación del sujeto y su ubicación desde la dialéctica del tener o no tener el falo. El superar un hito importante permite lograr la sexuación, permite ubicar al sujeto en la falta, y por lo tanto en el deseo. La significación fálica y su comprensión a partir de la aparición paterna, permite al sujeto tener un referente para la sexuación, de acuerdo a como se posicione sobre ese significante fálico, definirá su sexo y los ideales referentes al mismo.

Respecto al hito que constituye al sujeto, Zawady explica lo siguiente:

“Lo importante a resaltar es que el acceso a la posición sexuada depende en gran medida de un hito en la constitución del sujeto: el quiebre de la omnipotencia es tragante del deseo materno a partir del tope del significante paterno, cuya función es metaforizarlo, dejando el artificio de la significación fálica como referente para la sexuación”<sup>54</sup>.

La mujer también atraviesa el complejo de Edipo, y debe afrontar la privación materna, este hecho genera más impacto en su desarrollo y provoca que la hija busque esa significación fálica en la figura paterna. La mujer busca saciar su deseo, y en la maternidad encuentra una respuesta a su feminidad.

En la relación primaria, antes de la aparición paterna, siempre aparece el estrago. Siempre el deseo materno dejará mella en la formación del inconsciente de su hijo, la cuota

---

<sup>54</sup> *Ibíd.* (p.185)

de su deseo, impactara en mayor o menor forma, pero siempre aparecerá. El problema del estrago es algo que va mas allá, algo que va mas allá de lo que pone freno a ese deseo materno, el falo en ocasiones puede resultar insuficiente en el intento de detener las consecuencias del estrago.

Para Lacan, el estrago materno es concebido como algo estructural, lo más peligroso del estrago, es que a veces el falo no basta para frenarlo. Independiente de que exista una condición sexuada en el sujeto madre, el estrago forma parte estructural de la maternidad. La relación del sujeto con la madre, y ese estrago siempre acompañara al sujeto, y será el primer punto sobre el que se erige su inconsciente. La intervención del padre es imprescindible, pero cuando este no aparece o la madre no le permite su aparición, el acaparamiento materno sobre el hijo dejará un deseo de su narcisismo materno, el cual espera sea reproducido por su hijo.

Así como influye en la formación del inconsciente en el niño y en la niña, las consecuencias del estrago son más comunes y devastadoras para la mujer, pues en los avatares del complejo de Edipo, y en la demanda fálica, la mujer busca una respuesta a su feminidad, un referente que le explique y le enseñe lo que es ser una mujer, y ese referente no es otro que su propia madre. Ya se mencionaba en apartados anteriores que el reencuentro que el yo ideal que la mujer vivía con la experiencia de la maternidad, rememoraba esa relación primera con su propia madre, y de forma simbólica le ayudaba como un puente para reencontrar a su madre y volver a ser una con ella.

Ese retorno a lo materno que vive la mujer en su vivencia de la maternidad, encuentra su raíz en la búsqueda de una respuesta por lo que es la feminidad a la madre, el padre se demuestra insuficiente para suplir esta demanda. La hija busca la respuesta sobre el enigma ¿qué es ser mujer? En su propia madre, en el primer objeto de amor y en el primer referente femenino de su historia. Pero la búsqueda de esta respuesta puede ser fallida, y puede tener

como consecuencia la reproducción del estrago entre madres e hijas de generación en generación. En relación a esto, Zawady plantea lo siguiente:

“La complejidad del estrago en la relación madre-hija es que, en muchos casos, pese a contar con el recurso al padre, la niña se empeña en buscar la respuesta al ser femenino en la madre. Paradójicamente, en cuanto mujer, la madre fue estragada primero y, por ende, lejos se encuentra de proveer una respuesta satisfactoria. De este modo se produce un circuito sin salida, transmitido como un sino trágico de madre a hija, de generación en generación”<sup>55</sup>.

En el deseo materno, hay un más allá del falo, un mas allá del padre, un más allá en la que se busca un goce irrefrenable e indefinido. El falo es su deseo, pero una parte de su deseo, el hijo en la ecuación simbólica aparece como un sustituto de: FALO=HIJO. Y a pesar de que el hijo se ubique como su falo, y materialice a través del su completud fálica, no basta con ello, porque como lo plante Lacan, la mujer-es-no-toda. Y al ser no toda, así llegue a encontrar sustitutos validos del falo que enaltezcan su deseo narcisista, nunca bastará, ni será llenado por completo el agujero insaciable del deseo materno.

Lo insaciable de lo femenino, viene a ubicarse en un lugar de gran importancia, cuando de lo femenino se pasa a lo materno, y no se puede domar lo insaciable del deseo, cuando el falo no basta, ni el hombre amado, ni el hijo serán suficientes para la mujer. Para ampliar este planteamiento, Zawady concluye lo siguiente:

“Algo de lo femenino escapa al significante, y por esto Lacan afirma que La mujer es no-toda respecto a la función fálica. Puede articularse al falo en lo simbólico, pero algo en ella se desdobla y establece relación con el vacío de significante, al

---

<sup>55</sup> *Ibíd.* (p.187)



cual eventualmente puede adscribirse su goce como un suplemento —no complementario— al goce fálico. Se trata de un goce no localizado e ilimitado<sup>56</sup>”.

Esa característica del ser no toda, ubica la cuestión de lo materno en la actualidad, como una de las funciones más importante para el desarrollo psíquico de los sujetos, pero de esa importancia siempre queda algo inscrito en todos los sujetos y es esa huella del estrago del deseo materno.

### **3.4.1 Sobre las figuras de la madre y el problema del estrago.**

La función materna, abarca diversas figuras desde las que se puede asumir esta función, y la decisión sobre asumir una u otra viene marcada por la propia historia de la mujer. La historia de la relación con sus padres, sus identificaciones, sus funciones ideales, y especialmente su relación primaria con su propia madre. Todos estos eventos del desarrollo psíquico de la mujer, la ubican en una u otra postura sobre el cómo asumir esa función maternal y desde que lugar ubicará a sus hijos. Cada madre es una historia particular, y desde esa historia ubicará a sus hijos desde su vertiente narcisista con una mayor o menor envergadura. La maternidad transforma a la mujer psíquica y físicamente, su naturaleza biológica y la obligación cultural, enfrentan a la mujer a asumir la responsabilidad sobre otro ser humano. El desarrollo fetal, y la gestación dejan como consecuencia un torbellino de cambios que impactan psíquicamente a la mujer, su cuerpo se ubica psíquicamente, como un objeto narcisista, atrae la atención y los cuidados de los otros, y le presenta a la mujer una imagen de completud imaginaria. El cuerpo materno, también tiene una articulación en la cultura, lo que también impacta psíquicamente.

Aunque exista un deseo de hijo bienvenido, deseado voluntariamente, o un no deseo de hijo, siempre hay un componente narcisista de lo materno, que determina el lugar que el

---

<sup>56</sup> *Ibíd.* (p.187)

hijo vendrá a ocupar para esa madre, y si vendrá al mundo deseado como un ser que cumpla el ideal de la madre, o si vendrá al mundo siendo repudiado como representación del anti-ideal narcisista de la madre. Además de estos dos posibles casos, pueden existir muchas formas en las que la mujer asuma la maternidad, y diversas formas sobre el lugar que le dé a sus hijos, pero de cada historia queda para el hijo un entramado de consecuencias, que pueden derivar en una correcta resolución de su historia familiar, y por ende en su aparato psíquico, o bien terminar desembocando en lo patológico.

En la madre, consciente de su deseo de hijo, esa madre que aloja imaginariamente al hijo en su deseo, incluso antes de que este exista, en esta madre entregada que cumple con el ideal de lo materno que impone la sociedad, la maternidad se ubica en su inconsciente como una fuente de alta gratificación narcisista. Los hijos ocupan un lugar de objetos fálicos, ubican un lugar de perfección que se ajusta al cumplimiento de su ideal. Los hijos le retornan en compensación a sus cuidados y a su entrega, una eterna devoción, la ubican desde un lugar de omnipotencia, que enaltece narcisísticamente a la madre.

Larrahondo (2016)<sup>57</sup>, define a este tipo de madre como la “TODO MADRE”, son las madres que permanentemente se sacrifican siempre por y para sus hijos, su identidad como mujer desaparece, y solo viven en función de asumir su rol en la maternidad, son las madres que dan todo por sus hijos pero que también esperan recibir de ellos en la misma proporción el amor y la devoción que ella les brinda, son madres que encuentran satisfacción en el goce sacrificial de la entrega a la complacencia de los demás, en especial la de los hijos. Esta “Todo Madre” deposita su narcisismo en sus hijos, y espera de estos una exacta reproducción de sus deseos y sus ideales, hace que sus hijos asuman sus deseos como propios, y espera a través de estos cumplir los ideales, y llevarse el premio de la gratificación narcisista. Esta madre estraga a sus hijos y los absorbe con su deseo, imponiéndole su narcisismo. Sus hijos

---

<sup>57</sup> Larrahondo, M (2016) “La mujer y la madre, una cuestión preliminar al tratamiento con niños”.

en consecuencia reproducirían esa versión estragante de su madre, viéndose atravesados exclusivamente por el estrago del deseo materno.

Esta “Todo Madre” con una marcada estructura neurótica, es una madre insaciable, a pesar de los esfuerzos que realicen sus hijos en complacer su deseo narcisista, nunca bastará para saciarla. Como lo explica Calcagnini (2003) “El deseo de la madre está doblemente orientado hacia el niño y hacia otra cosa”<sup>58</sup>. Esa otra cosa es el objeto a, ese objeto insaciable que ni sus hijos pueden saciar.

Otro tipo de madre que menciona Larrahondo, es la “MADRE FÁLICA”, La mujer narcisista. Es una mujer de absoluta completud, no conoce la falta, es la mujer que se basta consigo mismo como fuente de gratificación narcisista. En la madre fálica no hay lugar en el deseo ni para el otro ni para su hijo. Su pretensión es borrar la falta, intentar tapar su falta a toda costa.

En su deseo solo existe lugar para el falo, considera que lo posee y que no necesita sino del falo para satisfacerlo, quieren tapar su falta con su propia omnipotencia. Su hijo en ocasiones también es sinónimo de gratificación narcisista cuando encaja con la imagen ideal de su deseo. El hijo y la apariencia estética cumplen una importante función en su pretensión de borrar la falta. Estas madres, en las relaciones con sus hijos varones, generan una ambigüedad incomprensible para el niño, pues brindan un llamado al goce en sus hijos, desde la seducción y la complicidad erótica que comparten con el niño. En estos casos, el padre aparece suprimido en su función simbólica. La madre con su atributo fálico, es cada vez más intensamente deseada y seducida por el niño, pues para el niño existen dudas sobre el lugar que el padre ocupa para ella.

---

<sup>58</sup> Calcagnini, C. (2003) “La función materna: entre el deseo y el estrago”. (p.4)

La madre burla la instancia paterna, y ubica la duda y la incertidumbre en el hijo, pues lo cautiva en la seducción materna, pero le envía el mensaje de la prohibición dándole a entender que dicho mensaje es inconsciente. La madre es seductora y completa, pero también la madre se vuelve intermediaria de la palabra simbólica del padre, siendo representada como amenazadora y prohibidora (Dor, 2006).

La madre fálica, en las relaciones con sus hijas, presentan un vínculo ambivalente de amor-odio y rivalidad, la hija representa una rival imaginaria, un espejo insoportable respecto a lo que ella misma fue alguna vez (Larrahondo, 2016). Esta madre rivaliza con su hija, pues le rememora su yo ideal, la madre narcisista no soporta la idea de que su hija pueda llegar a ser como ella. Esto genera una relación donde el estrago materno se manifiesta desde el rechazo y la rivalidad en la relación madre e hija. Esto abre paso a que la hija si alguna vez se convierte en madre, tienda a reproducir las propias conductas estragantes de su madre. En estos casos el superyó materno mantiene un fuerte impacto en el inconsciente de la hija. Es una madre todopoderosa y temida, con la cual se rivaliza y se mantiene una relación de amor-odio, y es una madre que no podrá responder satisfactoriamente a su hija la demanda que realiza sobre la pregunta de la feminidad.

En su ponencia, Larrahondo (2016), describe otra figura de lo materno, la cual denomina como la “MADRE DEVORADORA”. Esta madre, es aquella madre que atrapa a sus hijos, y los ubica como un sucedáneo de su propio yo. Esta madre aloja a sus hijos en el lugar de apéndices de su propio cuerpo. Devoran al niño, le impiden realizar las demandas necesarias. Esta madre evita que sus hijos experimenten la falta, pues le entregan todo sin que el hijo ni siquiera tenga la posibilidad de demandarlo. El hijo solo se convierte en un cuerpo, porque ella se encarga de suplir todas sus necesidades biológicas, lo que perjudica el desarrollo, físico, psíquico, cognitivo y emocional de sus hijos. Estas madres tienen la errónea

concepción que satisfaciendo a sus hijos en todo momento están cumpliendo con su función materna de forma excepcional.

Estas madres, no inscriben al niño en el lenguaje, pues significan y simbolizan por el niño. El niño pierde la posibilidad de conocer el mundo y significarlo por sus propios medios pues su madre ya lo hace por él. Esta madre devora los ideales del niño, le elimina a este la posibilidad de construir su deseo. Es la madre que al dar a luz a sus hijos lo aferran a su cuerpo como una parte más de sí mismas. Asfixian a sus hijos y les erradican la posibilidad de ser sujetos independientes y deseantes. Si estos niños no conocen la falta ni la ausencia materna, no pueden conocer la experiencia de satisfacción.

El hijo se convierte más que en un falo que la completa, es ubicado por la madre como una propia parte de ella, de la cual no desea separarte. El asfixiante estrago de esta madre, no deja en los hijos sino otra consecuencia que la patología. Todo el deseo de esta madre está dirigido única y exclusivamente a su hijo. Esta madre busca reintegrar al hijo en su cuerpo. Hijo y madre conforman una unidad exclusiva y autosuficiente, más allá del mundo, más allá de los otros. En palabras de Lacan:

"El deseo de la madre en su fundamento es insaciable, el niño toma el camino de hacerse él mismo objeto falaz, engañoso... [...] Esta madre insaciable, insatisfecha, a cuyo alrededor se constituye el narcisismo del niño es alguien real, ella está ahí como todos los seres insaciables busca devorar."<sup>59</sup>

### *Lo sintomático y el estrago.*

Lo real de lo materno, es lo insaciable de su deseo. Eso tan real que está presente en la relación con sus hijos, siempre genera un estrago, pero depende de cómo el hijo o hija asuma

---

<sup>59</sup> Lacan, J (2001) "El Seminario 4"

esa posición frente al deseo de su madre, las posibles consecuencias patológicas que se puedan derivar.

Cada madre es un caso particular, cada madre asume su feminidad de forma distinta, y tiene un deseo particular, sobre el cual sus hijos van a formar su yo. Las particularidades psíquicas de cada madre, implican una relación distinta con cada uno de sus hijos. La concepción de feminidad y maternidad, la cultura, y la propia relación que la mujer haya tenido con su propia madre se convierten en elementos fundamentales para la comprensión clínica de la función materna.

El estrago hace parte estructural de la función materna. Según como intervenga la función paterna, el niño puede o no salir de ese estrago. También según sea asumida la feminidad por la madre, el niño correrá mayor o menor riesgo de quedar atrapado en su estrago. El problema del estrago afecta de forma más contundente a las hijas, pues la hija es la heredera directa de ese estrago de la madre.

Lo patológico del estrago viene cuando el hijo queda atrapado bajo el yugo del deseo materno, y no encuentra una salida. El hijo quedaría completamente atrapado en el lugar simbólico del falo de la madre, y desconocería la castración. El hijo queda ubicado como tapón, como el encargado de cubrir la castración materna. La relación con el significante fálico tiene diversas resoluciones sintomáticas para el caso masculino y el femenino. Sobre esto Lema (2014) plantea lo siguiente:

“El hombre identificado a ese lugar, sosteniendo esa desmentida de la castración materna a través de una posición perversa (fetichista, transexual u homosexual); mientras que la mujer, al no poder sostenerse allí de la misma forma, termina detenida en ese lugar de objeto, planteándose que quedaría apresada en una relación al goce fálico materno, dificultándose acceder a una posición deseante

particular al no terminarse de inscribir la pérdida del lugar de objeto fálico que el desarrollo de los siguientes tiempos del Edipo reclamaría”.

Lo psicopatológico, puede manifestarse en cualquier estructura (psicosis, neurosis, perversión) en consecuencia al estrago materno. El estancamiento en el complejo de Edipo, con la castración irresuelta, dificulta la aparición de lo simbólico a la hora de operar con la falta, y el deseo que se derivaría de esta. Las consecuencias del estrago materno en las hijas, están relacionadas frecuentemente con las alteraciones de imagen, desordenes alimenticios, y las toxicomanías.

## 4. CONCLUSIONES

Posterior al recorrido teórico realizado en la presente monografía de investigación, se recapitularan los hallazgos brindados por la teoría psicoanalítica en torno a la temática del narcisismo y el deseo materno, para plantear como conclusión tentativa que: el deseo materno plantea un exceso, un más allá del falo. Hay una vertiente narcisista que está siempre presente en la función maternal, y que según como intervenga la función paterna y pueda ser significada por el hijo, puede generar como consecuencias psíquicas un estrago patológico.

Para llegar a dicha conclusión, se inicia con el capítulo titulado “Historia de la maternidad en occidente”. En este recorrido histórico sobre la historia de la maternidad, se muestra que el constructo social y cultural que se tiene actualmente de la maternidad y de la función materna, no siempre fue concebido bajo el ideal del amor y del “instinto maternal” supuestamente presente en todas las mujeres. La evidencia histórica demuestra, que el ideal social de la maternidad tiene un origen histórico preciso en occidente, y es a partir del siglo XVIII durante el periodo de La Ilustración. Previo a este siglo, la maternidad y la infancia eran consideradas exclusivamente como una función biológica, y el rol de la mujer estaba definido estrictamente a su naturaleza biológica por su capacidad para procrear. La infancia tampoco tuvo una importancia relevante, de hecho se consideraba a los bebés como una carga y una obligación, lo que aumentaba la tasa de mortalidad infantil. La conciencia moral de la época, según lo que explica la teoría, generaba cierta insensibilidad en los padres hacia la muerte de sus hijos, y estos podían sustituir fácilmente un hijo muerto, con el nacimiento de otro. Los hijos solo tenían una utilidad al crecer como fuerza de trabajo para la familia.

Para las madres el cuidado exclusivo de sus hijos por parte de ellas, no guardaba una particular consideración, de hecho se delegaba la función de crianza a las nodrizas, y las



madres se dedicaban exclusivamente a la gestación y el parto, por lo que la importancia del vínculo madre-hijo que conocemos hoy en día, no tenía ninguna trascendencia. Con la aparición de Rousseau y su discurso sobre la importancia de la función materna se marca una diferencia sustancial en cómo se concebía la maternidad. El discurso Rousseauiano, planteaba que las madres en exclusiva se dedicaran al cuidado de sus hijos, al amamantamiento, la crianza, y la educación. Con esto se da inicio a los pilares básicos de la maternidad que conocemos hoy en día: amor incondicional y eterno, abnegación, dedicación a los hijos, renuncia de sí entre otros. Con estos valores exigidos a las mujeres para ejercer la función materna, se inicia un cambio de mentalidad social, que viene acompañado por los avances médicos de la época, en la ginecología y la pediatría, y también cambios filosóficos y morales, que le dan a la mujer una importancia cultural a través de la maternidad.

Los discursos de Rousseau y Freud impactaron las formas de comprender la función maternal. Para Rousseau todas las mujeres tenían la responsabilidad de velar por el bienestar y desarrollo de sus hijos; además de esto el psicoanálisis promulgo la responsabilidad de la madre por un sano equilibrio psicológico y emocional para sus hijos. Durante el siglo XX el discurso hegemónico paternalista fue diezmado por las revoluciones femeninas que impulsaron a la mujer a partir en los espacios académicos, sociales y laborales de la sociedad. Con la invención de la píldora la mujer tiene la autonomía para elegir el momento de la maternidad o la decisión de ser o no madre. Estos cambios también llegan a Colombia, hacia las décadas de 1960-70, con el feminismo de la segunda ola, inicia un cambio en el rol de la mujer y la madre, promoviendo espacios de participación política y académica para la mujer, el estado también asume el compromiso creando leyes en protección para la mujer y la maternidad.

En la segunda parte de la monografía titulada: “Mujer y maternidad en psicoanálisis, un recorrido a través del inconsciente femenino”. Se inicia analizando el concepto fundamental del psicoanálisis: El complejo de Edipo. Esta etapa del desarrollo psicosexual de los sujetos, es una fase esencial, sobre la cual se construirá la vida psíquica de un sujeto. Para esta investigación el análisis de este concepto plantea un punto de inflexión, una salida de dicho complejo, que implica pérdidas, y heridas tanto para la madre como para los hijos. El complejo de Edipo para el varón es vivenciado inicialmente por el deseo a la madre, la interacción pulsional y el intercambio de un deseo entre la madre y el hijo en la relación primaria, hacen que para el niño la madre sea su primer referente de amor y deseo, para la madre también genera satisfacción. Aquí se inicia con la ecuación simbólica del hijo=falo. Para la niña hasta este punto la historia en el complejo de Edipo es la misma, una relación de amor ideal con la madre, y primer referente de deseo para la niña. El punto de separación de la madre, tanto para la niña como para el varón inicia con el complejo de castración. Aquí se pone en juego la posición fálica de lo materno, pues para ambos sexos es representada como una figura completa sin falta, al reconocer la falta fálica en el cuerpo materno, en el niño entra la angustia, y en la niña aparece la herida narcisista.

Esta distinción entre castración y privación, lleva a que en la mujer los avatares del complejo de Edipo tengan más complejidad, y que dejen una huella psíquica importante en el inconsciente femenino. La herida que otorga la madre a la hija, da inicio a la relación ambivalente que se experimenta en este vínculo filial. La demanda de la hija, sobrepasa la respuesta de lo materno, el rechazo de la hija a la privación y la negativa a dejar de ser el falo de su madre, también suscita una herida narcisista para la madre, pues el lugar de omnipotencia que le otorga su hija queda derogado, y le recuerda su privación fálica.

La niña después de conocer la privación y sufrir la herida narcisista que le dejó conocer la falta de su madre, se traslada al padre, y exige a este la entrega del tan apreciado y anhelado falo. Al conocer la negativa del padre, la hija se posiciona como un falo para este, y crea la ilusión imaginaria de que el padre le dé un hijo que pueda ser su falo. La niña entenderá las negativas del padre, aceptara su privación, pero buscará ese hijo=falo que el padre no le pudo otorgar, mediante el hombre amado. Cuando la niña sale del complejo de Edipo, se identifica nuevamente con la madre, pues pesar de la ambivalente relación y la rivalidad, es con la madre con quien la hija encuentra una identificación con la feminidad, y es su madre quien puede responder sobre el interrogante de lo que es ser una mujer.

Esta identificación de la hija con la madre, está relacionada con las funciones yo ideal – ideal del yo. La identificación con los tipos ideales de cada sexo, queda como resultado a la salida del complejo de Edipo, el niño y la niña se identifican con las insignias del nombre del padre, esto les permite ubicarse culturalmente según el ideal de su sexo. La instancia yo ideal, en la mujer deja como un ideal de su sexo, la maternidad. Como se plantea en el primer apartado de la monografía la relación entre maternidad y feminidad, viene estipulada socialmente como el ideal que debe cumplir toda mujer. La instancia yo ideal, componente arcaico del narcicismo infantil, tiene un resurgimiento, en la mujer al convertirse en madre, pues esa identificación con su propia madre, proviene de un deseo de maternidad, relacionado con el ser una con la propia madre. Un retorno al yo ideal que invita a identificarse con la madre desde el compartir la experiencia de la maternidad, para volver a ser una con la madre.

La simbología de lo maternal, abarca componentes reales, imaginarios y simbólicos. En lo imaginario de la maternidad, previo al nacimiento del hijo, están todas las

representaciones y deseos ideales que la madre atribuye al hijo no nacido. En lo simbólico la madre representa biológicamente, la fertilidad y la vida. Simbólicamente la mujer gestante hace de su cuerpo una representación fálica, en su estado gestante lleva dentro de sí lo que la completa. Ese vínculo corporal, emocional y psíquico que la madre comparte en el feto con su hijo, puede venir cargado de pulsiones de vida o de muerte, según sea el deseo de hijo y de maternidad que experimente la mujer gestante. En lo real la gestación representa la vida y la formación biológica de un cuerpo dentro de la madre, lo que produce un vínculo orgánico y emocional con el feto. El Nacimiento plantea una ruptura, una partición del cuerpo materno, es la aparición real de ese hijo con el que compartió el cuerpo, y esa ruptura siempre va a generar en la mujer parturienta una ambivalencia emocional respecto al hijo que acaba de nacer. El shock que genera el parto y el nacimiento, además del dolor físico, también plantea una renuncia, una pérdida del cuerpo completo de la mujer embarazada, que en algunas mujeres puede dejar como consecuencia patológica la denominada depresión post-parto.

Sobre la sexualidad femenina, la niña durante el complejo de Edipo, padece la envidia del pene o penisneid, la motiva a una búsqueda insaciable del falo, que vendrá a ser parcialmente resuelta cuando se tenga un hijo. En la maternidad se comprueba lo que plantea la teoría respecto al masoquismo intrínseco de la mujer. Si bien durante mucho tiempo en la historia la maternidad no tuvo relevancia, al empezar a ser una oportunidad para las mujeres tener un rol de importancia en la sociedad, se asocio a la abnegación y la dedicación absoluta a dicha función (representación social de la buena maternidad), estos valores de abnegación y sufrimiento por los hijos, contribuyeron a asociar lo femenino y lo maternal con el sacrificio, dicho sacrificio incito la normalización del masoquismo en lo femenino. En la maternidad hay un goce sacrificial, pues para la madre sobrelleva un sufrimiento en la

gestación, el parto, y la crianza, pero además de esto debe aceptar el anonimato en la impartición de la norma social, pues esta siempre debe ir bajo la figura del padre.

Pero a pesar del sacrificio que supone, la maternidad genera una gratificación narcisista, que es gozada exclusivamente por la mujer, pues es ella quien en su rol invierte a su hijo como una parte de su ser. La gratificación narcisista es la recompensa al sacrificio de la maternidad, y para muchas mujeres, puede ser esta una función de dedicación exclusiva que implique una renuncia de sí, por esto realizan incansables esfuerzos por cumplir de la mejor forma posible con la función materna, por el bien de sus hijos, pero también por el de su propia recompensa narcisista.

En la tercera parte titulada: “Del Narcisismo al deseo materno”. Se analizan el narcisismo y el deseo materno, como componentes asociados a la función materna y como estos impactan la vida psíquica de los hijos. El Narcisismo, como elemento integrador en la relación primaria, surge precisamente como fruto de dicha relación, pues la posibilidad de que exista el narcisismo viene dada la aparición de la relación con otro. El narcisismo, viene relacionado con el amor de objeto, y en la mujer una vía para obtenerlo está dada desde lo materno. En el amor maternal tan entregado, pero tan infantil, se ve reflejado ese narcisismo perdido pero vuelto a reencontrar en la función de la maternidad y representado en la figura del hijo.

El estadio del espejo, como componente esencial en la formación del yo de los sujetos, a partir de la imagen del gran Otro primordial, otorga a la madre, el lugar de ese gran Otro, que con su deseo, permite que su hijo construya la imagen de su cuerpo a través de la suya. Es decir el niño, construye su yo desde la alienación del deseo materno. Esto le permite ingresar en la función simbólica, gracias al feedback que le otorga el Otro Materno. La

significación y la atención a la demanda que realiza la madre, le permite al sujeto construir un yo y sobre este construir un narcisismo en un cuerpo libidinizado por el deseo maternal.

La madre desea el falo, desea llenar esa falta constitutiva de su condición femenina, y toma a su hijo desde la posición de falo imaginario. El hijo se convertirá en la encarnación de su deseo (su falo) y mediante la función materna la mujer cumplirá su deseo de completud fálica. Ese falo que representa el hijo, puede considerarse como un objeto a para la madre. Aunque el hijo se ubique como un falo para su madre para complacer su deseo, ese deseo nunca será plenamente satisfecho, y el hijo podría representarte como un pequeño objeto a, un objeto parcial que supla su deseo fálico. La madre “fetichiza” a su hijo como objeto pletórico de su deseo, pues lo ubica desde la posición de su ideal, a imagen y semejanza de su narcisismo.

El deseo de la madre, es un deseo ambiguo e insaciable. La madre desea tener el falo. El hijo viene a ocupar el lugar de falo imaginario. El deseo de la madre es parcialmente satisfecho, en un ideal de completud fálica. La madre ubica a sus hijos desde el lugar de objetos suyos. El deseo de la madre es un deseo narcisista, que se ve enaltecido desde la imagen de omnipotencia que el hijo le devuelve al satisfacer su demanda. La omnipotencia no se ubica exclusivamente en el hijo, sino que es el hijo quien le brinda a la madre una posición de perfección omnipotente, gracias a la posición fálica alcanzada en su función materna.

La madre, que no asume la falta como elemento constitutivo de los sujetos y que desea el atributo fálico de forma insaciable, corre el riesgo de tener un desenlace patológico. Si dirige la demanda al hombre y lo ubica como su gran Otro (representante del padre) sino

tiene hijos puede terminar incompleta con una neurosis (histérica), y si solo se queda con la maternidad, sin dirigir su deseo a un hombre, y se queda atrapada en su narcicismo, puede terminar con una psicosis.

Si el lugar del hijo desborda lo simbólico, no solo queda el riesgo de aparición de lo psicopatológico en la madre, sino que también el hijo corre el riesgo de sucumbir en lo sintomático. Esto genera el estrago materno, la boca del cocodrilo que si se cierra puede dejar al sujeto atrapado sin salida del caprichoso ambivalente e insaciable del deseo materno.

El deseo insaciable de la madre, se ubica desde la demanda de a satisfacer lo imposible. La función materna, es solo un paliativo, se ubica la demanda y la exigencia a que sea el hijo quien venga a colmar la ansiada completud de la madre. El hijo puede ubicarse como tapón para la falta de la madre, pero nunca será lo suficiente, porque el deseo de la madre es ávido y voraz. La madre desea un más allá del falo, que en muchas ocasiones ni los hijos logran sosegar.

La maternidad es una fuente de gratificación narcisista, y de esta se espera una perpetuación de ese narcicismo materno mediante los hijos. La mujer con la maternidad da cabal cumplimiento al ideal del yo de su sexo. Para las mujeres a las que se les presenta el narcicismo como única posibilidad de gratificación narcisista, o las mujeres que lo eligen como su mayor fuente de gratificación. Asumen a los hijos desde una dimensión narcisista, como objetos de su propio yo. Ejercen una maternidad desligada del contexto paterno.

El narcicismo, marca la forma en la que los hijos son ubicados para la madre, según sean semejantes a su ideal, la madre investirá a su hijo narcicisticamente mediante pulsiones

de vida, y se verá gratificada a través de la imagen ideal de su propio narcisismo que encarna su hijo. Si el caso es opuesto y el hijo resulta como un anti-ideal a su deseo, el hijo será ubicado narcisísticamente desde lo contrario a su deseo, y no será la imagen de perpetuación ideal para la madre, lo que ubicará al hijo desde el rechazo investido en el narcisismo de muerte.

La importancia de la función paterna, más que una función castradora y separadora, es una función que permita un acompañamiento, y que sirva de alerta a la madre recordándole que antes que madre es una mujer, una mujer deseante, que no puede reincorporar a su hijo a su cuerpo e integrarlo a ella eternamente. El padre cumple la función de muro sostenedor que puede poner freno a los excesos del estrago materno.

El estrago materno, plantea para la psicología un campo de análisis en la relación primaria, pues ese estrago especialmente en la relación madre-hija, tiende a mostrar una frecuente aparición, esto debido a las particulares dificultades que presenta la función fálica para la madre y para la hija, la demanda de la falta, y la ambigüedad en la relación, promueve la rivalidad, y el odio. Dejando el estrago materno como eje de la relación. La hija para la madre se ubica como una amenaza a su narcisismo, una competencia, que viene a desbancar el lugar de omnipotencia alcanzado por la madre.

La maternidad, es y seguirá siendo una función de esencial importancia para el desarrollo psíquico de los sujetos, la importancia de esta función<sup>1</sup>, podrá ser difícilmente reemplazada. Pero se plantean retos para la psicología con las nuevas construcciones familiares, los roles maternos y paternos, están cambiando y queda para la psicología un

---

<sup>1</sup> Se habla de la función materna, como la función sobre la cual el sujeto erige su Yo, y experimenta las primeras vivencias de satisfacción. No está estrictamente atribuida a la maternidad biológica femenina, pues la función puede ser asumida por un sujeto humano, que ubique al niño en el lugar de su deseo, y le permita libidinizarlo



compromiso pedagógico en la construcción de nuevos conocimientos que faciliten la comprensión de los roles parentales en la crianza de los niños y niñas del futuro.

Esta monografía de investigación hace un aporte teórico a la psicología y al campo del psicoanálisis, sobre la importancia de comprender la función materna más allá de una función biológica de procreación. La maternidad y la paternidad, plantean cada día retos en la psicología clínica con niños, pero antes de comprender el universo simbólico del niño, el psicólogo debe detenerse a analizar la relación con sus padres, y como estos significan el rol materno y paterno, pues desde el lugar que ubiquen al hijo, se podrán alcanzar a comprender como fue esa separación con el deseo de los padres.

La maternidad es una cuestión que no es solo condición de la mujer, debe involucrarse a los padres, a las instituciones educativas, a las entidades que se encargan de velar por los derechos de los niños, al estado entre otras entidades. La sociedad les exige a las madres desde el ideal de la maternidad que abandonen su condición de sujeto para dedicarse exclusivamente a la maternidad. Deben pensarse en políticas públicas que permitan a las mujeres poder conciliar su rol de mujer con su rol de maternidad. Políticas que protejan al menor, pero que también eduquen a los padres, y con educar no hablo específicamente de planificación familiar. Me refiero a políticas que permitan un acompañamiento a los padres, antes y durante la crianza. Preparación psicológica de la mujer previa a la maternidad. Enseñar a las mujeres futuras madres a pensar la maternidad como una función importante para sus hijos, pero no desde el exceso, ni desde la devoción o la entrega absoluta al rol de madre.

También enseñar a las mujeres y a los hombres, a manejar un equilibrio psíquico que permita brindar a sus hijos las mejores posibilidades de desarrollo físico, psicológico y emocional. Con una visión de la maternidad desde un más allá del bienestar biológico de los

niños, pensando en el equilibrio psicológico y emocional, las familias de todos los estratos socioeconómicos pueden alcanzar una crianza ejemplar, que evite la aparición de patologías, ni en los padres ni en los hijos.

Se sugiere como propuesta un acompañamiento psicológico a todas las madres durante el proceso de gestación y posterior al parto. Un acompañamiento que le permite a la mujer atravesar de la forma más equilibrada posible la transición de mujer a madre, y le permita entregar a su hijo un deseo y un amor sin exceso y sin carencia.

Como planteamiento para una futura investigación de maestría, o bien para otros profesionales de la psicología que tengan interés por la comprensión de la maternidad, la siguiente pregunta: *¿Las técnicas de reproducción modernas, promoverán el estrago patológico en las madres y en los hijos que nazcan de ellas? ¿La maternidad voluntaria donde la madre sea la única que asuma la crianza de los hijos, hará desaparecer la importancia de la función paterna? ¿Los hijos serán objetos fabricados, que simplemente vengan al mundo para satisfacer el capricho narcisista de una mujer o un hombre que quieren experimentar la maternidad o la paternidad?*



"Fendi". Alex Gross 2016.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Apud, I (S.a) Narcicismo en Freud y Lacan. Recuperado de: [http://letras-uruguay.espaciolatino.com/apud/narcicismo\\_en\\_freud\\_y\\_lacan.htm](http://letras-uruguay.espaciolatino.com/apud/narcicismo_en_freud_y_lacan.htm)

Badinter, E. (1991). “¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal Siglos XVII al XX”. Ed. Paidós. Barcelona, España.

Bernal, A. (1998). “Movimientos Feministas y Cristianismo”. Madrid, España. Ed. Rialp.

Berenstein, I. (1991). Familia e inconsciente. Buenos Aires Argentina: Editorial Paidós

Calcagnini, C. (2003) “*La función materna: entre el deseo y el estrago*”. Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis: Tucumán, 2003.

Carril., E (2000). “*El deseo parental. El ayer y el hoy de una construcción compleja*” Ponencia leída en el 2do. Coloquio: Los cambios en las relaciones sociales de género y su impacto en las decisiones reproductivas de mujeres y varones, organizado por la Cátedra Libre Salud Reproductiva, Sexualidad, y Género Facultad de Psicología- Universidad de la República Junio 2000.

Crochetti, S (2005). “Ser madre, ser mujer, ser humana: las mujeres en el Antiguo Israel, las políticas natalistas y la legitimación religiosa”. Recuperado de: [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1669-57042005000100010](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-57042005000100010)

Chalmeta, P, Checa, F, González, M (1995). “*Cultura y culturas en la historia*” Quintas jornadas de estudios históricos. Universidad de Salamanca.

Chatel, M-M. (1994). A falta de estrago. Una locura de la publicación. En: AA.VV. "La función del duelo". Revista del Litoral. No 17. Córdoba. Edelp.

Dolto, F. (2004). LO FEMENINO: Artículos y conferencias. Buenos Aires. Argentina: Editorial Paidós

Dor, J (2006) *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, Argentina.

Expósito, M. (2004). "La maternidad en el siglo XXI: una construcción imaginario-tecnológica. Themata Revista de Filosofía, Núm. 33 2004.

Franco, G. (2010) "Debates sobre la maternidad desde una perspectiva histórica (siglos XVI al XX)" Ed. Icaria. Recuperado por la web: <http://www.uv.es/iued/somos/bolufer-art/Debate-maternidad.pdf>

Freud, S. (1901-1905). Tres ensayos para una teoría sexual. Volumen VII, Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu. 1987.

Freud, S. (1913) Tótem y tabú. Obras Completas. Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1979.

Freud, S. (1914) Introducción al narcisismo. Obras Completas. Volumen XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores. 1986.

Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. Obras Completas. Volumen XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores. 1986.

Freud, S. (1921) Psicología de las masas y análisis del yo. Obras Completas. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1979.

Freud, S. (1923). El Yo y el Ello. Obras Completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1986.

Freud, S. (1932) Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. N° 33. La femineidad. Volumen XXII Obras Completas. Buenos aires: Amorrortu editores. 1986.

Giani, M (2007). “*Punto de Angustia y Separación*”. Recuperado por la web: <http://www.descartes.org.ar/jor2007giani.htm>.

Goyes, I. (2012). “Mujer, Maternidad y Trabajo en Colombia” Recuperado por la web: <http://ciesju.udenar.edu.co/wp-content/uploads/2012/12/Mujer-maternidad-y-trabajo-en-Colombia.pdf> (TESIS)

Haraway, D.J (2004) *Testigo\_Modesto@Segundo\_Milenio. HombreHembra©\_Conoce\_Oncorotón®: feminismo y tecnociencia*. Barcelona, España. Ed. UOC.

Kristeva, J. (1999) *Historias de Amor*. 7ª edición. Siglo XXI Editores. Mexico D.F, Mexico.

Lacan, J. (1994). El seminario de Jaques Lacan: Libro 1 la relación de objeto 1956-1957 Buenos Aires Argentina: Editorial Paidós

Lacan, J. (2003). El seminario de Jaques Lacan: Libro 5: las formacions del inconsciente 1957-1958 Buenos Aires Argentina: Editorial Paidós

Lacan, J. (2003). El seminario de Jaques Lacan: Libro 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires Argentina: Editorial Paidós

Lacan, J. (2005). Escritos 2. Vigésimo tercera ed. Siglo XXI editores S.A. México D.F. México

Lacan, J. (1983). El Yo en la teoría de Freud y en la teoría Psicoanalítica. El seminario libro 2. Buenos Aires Argentina: Editorial Paidós

Lacan, J. (1958-1959) Seminario: El deseo y su interpretación. Versión de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

Lacan, J. (1961-1962) Seminario La identificación. Buenos Aires: Paidós

Larrahondo, M. (Mayo de 2016). *La mujer y la madre, una cuestión preliminar al tratamiento con niños*. Conferencia organizada por el programa de especialización en psicología clínica con orientación psicoanalítica de la Universidad San Buenaventura. Cali, Colombia.

Laplanche, J. Pontalis, J.B. (2004). “*Diccionario de Psicoanálisis*”. Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis: bajo la dirección de Daniel Lagache.- 1ª ed. 6ª reimp.- Buenos Aires: Paidós.

Lema, S. (2014) La maternidad como exceso: clínica contemporánea del estrago materno. Un estudio psicoanalítico. Tesis de Maestría. Universidad de la República. Uruguay.

Lemoinie-Leuccioni, E. (2000). *Féminas*. Buenos Aires. Argentina: Editorial Paidós

Lemoinie-Leuccioni, E. (2001). *La partición de las mujeres*. Buenos Aires. Argentina: Amorrortu editores S.A.

Manzo, M; Vázquez, I; Jacobo, M; Tenorio. (2011). *Maternidad y Paternidad: una reflexión desde el psicoanálisis*. Uaricha Revista de Psicología, 8(16), 1-11.

Martínez-Castro, N. (2012). *El narcisismo... Freud y Lacan*. Revista de Psicología GEPU, 3 (1), 79 - 89.

Mazzuca, R. (2006) “Las identificaciones en la primera parte de la obra de lacan (1931-1959). Recuperado de: <http://www.scielo.org.ar/pdf/anuinv/v14/v14a37.pdf>

Miller, J-A. (1996). El niño, entre la mujer y la madre. En Virtualia N° 13. Revista de la Escuela de la Orientación Lacaniana. Buenos Aires. 2005.

Millot, C. (1988). NOBODADDY: La histèria en el siglo. Buenos Aires. Argentina: Ediciones Nueva Visión.

Musicante, R. (2005). De las pulsiones, del narcisisme y del goce. Córdoba. Argentina: Editorial Brujas

Muñoz, A. (2009). “*Maternidad: significante naturalizado y paradójal: desde el Psicoanálisis hasta el feminismo*”. Revista Psicología(s), (1). Recuperado de [psicologias.uprrp.edu/articulos/maternidad.pdf](http://psicologias.uprrp.edu/articulos/maternidad.pdf)

Nasio, J.-D. (2007). EL EDIPO: El Concepto crucial del psicoanàlisis. Buenos Aires. Argentina: Editorial Paidós

Oiberman, A (2004). “*Historia de las madres en occidente: repensar la maternidad*”. Psicodebate 5 Psicología, Cultura y Sociedad. Experiencias del ciclo de vida. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Palermo.

Osorio, F (2009). *¿Qué función cumplen los padres de un niño? Perspectivas psicológicas y modelos vinculares*. Buenos Aires. Centro de Publicaciones educativas y material didáctico.

Ramírez, P (2015, 27 de Febrero). “El Síndrome de la mala madre”. El País. Recuperado: [http://elpais.com/elpais/2015/02/27/eps/1425053577\\_221825.html](http://elpais.com/elpais/2015/02/27/eps/1425053577_221825.html)

Tubert, S. (1996) *Figuras de la Madre*. Madrid. Ediciones Cátedra S.A 1996.



Tubert, S. (1991) *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología. Siglo XXI*, Madrid, 1991.

Vilches, V (2003) *De(s) madres o el rastro materno en las escrituras del yo*. Santiago de Chile, Chile. Ed. Cuarto Propio. 2003

Winnicott, D. (1971) *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa. 1985.

Winnicott, D. (1998) *Los bebés y sus madres*. 1ª edición. Barcelona España. Ed. Paidós.

Zawady, M . (2012) . *La clínica del estrago en la relación madre-hija y la forclusión de lo femenino en la estructura*. Desde el Jardín de Freud [n.º 12, Enero - Diciembre 2012, Bogotá] issn: (imPreso) 1657-3986 (en línea) 2256-5477, pp. 169-189.